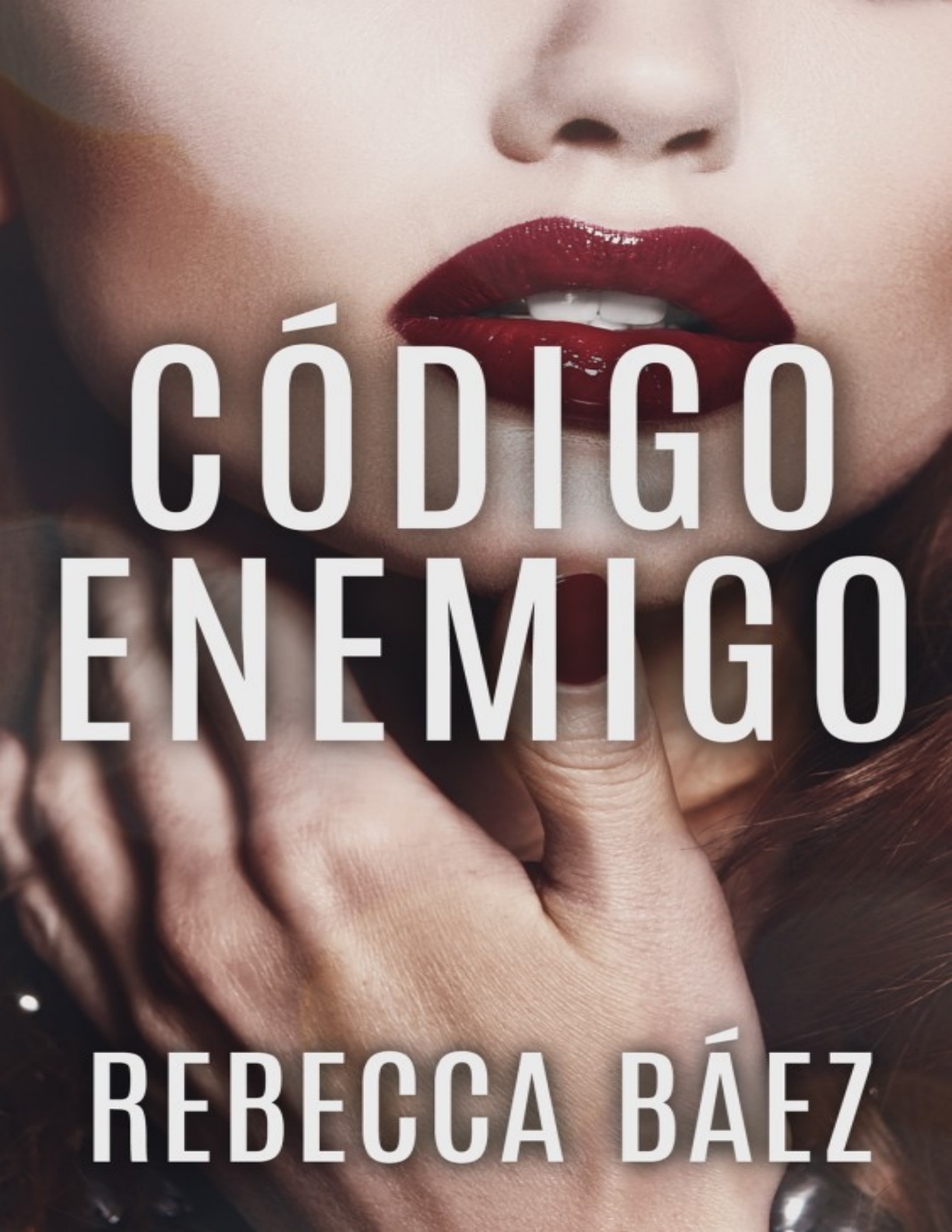

CÓDIGO
ENEMIGO
REBECCA BÁEZ

CÓDIGO ENEMIGO

Rebecca Báez

Copyright © 2025 Rebecca Báez

Todos los derechos reservados

Todos los derechos reservados. Ninguna sección de este material puede ser reproducido en ninguna forma ni medio sin la autorización expresa de su autora. Esto incluye, pero no se limita a reimpresiones, extractos, fotografías, grabación o cualquier otro medio de reproducción, incluidos medios electrónicos.

Todos los personajes, situaciones entre ellos y sucesos que aparecen en este libro son totalmente ficticios. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas o sucesos es pura coincidencia.

Safe creative: **2509273172400**

Registrado el: **27/09/2025**

Instagram: @rebeccabaezlibros

ÍNDICE

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

Epílogo

1

Irene

La pantalla de mi móvil brilló sobre el escritorio mientras me inclinaba hacia atrás en la butaca, dándome unos segundos de descanso antes de hacer una llamada —intentando desesperar un poco a mi mejor amigo. Porque no podía empezar el día sin darle un por saco un poco—. Eran las ocho y media de la mañana y ya sentía como la jornada se desplegaba por delante de mí, como una autopista infinita llena de bifurcaciones y tráfico que sortear. Marqué el número de Álex casi sin mirar, confiando en la memoria de mis dedos, y al tercer tono escuché su voz ronca y todavía adormilada.

¿Me había dicho que tenía el día libre?

—¿Ya estás en la oficina? —preguntó entre un bostezo.

—Por supuesto —respondí, girando el bolígrafo entre mis dedos como si necesitara justificar que estaba trabajando incluso mientras hablaba con él —. No todo el mundo puede permitirse un día libre o empezar más tarde la jornada, ¿sabes?

—No todo el mundo es un reloj suizo disfrazado de ser humano —se burló con una risa suave.

Cerré los ojos un instante. Álex siempre encontraba una forma de arrancarme una sonrisa, aunque yo me empeñara en mantener la compostura.

—¿Qué necesitas?

—¿Vas a venir el sábado o no? —insistí—. Te recuerdo que la comida se organiza en mi casa y no pienso aceptar excusas baratas. Ligues de última hora, vamos.

—Tranquila, que estaré allí —aseguró—. Aunque, por cómo suena tu voz, lo que realmente necesitas no es una comida, sino unas vacaciones.

—Las vacaciones son para la gente que puede dejar de pensar en lo que tiene por delante —repliqué con algo de sequedad, como si necesitara asegurarme de que él lo entendía—. Tengo que ser la mejor.

El silencio que siguió me obligó a suavizar el tono de mi voz.

—Perdona, es que… últimamente siento que si me bajo del pedestal, aunque sea un segundo, todo se derrumbará.

—Irene, llevas años diciendo lo mismo —respondió él con calma—. No puedes vivir siempre en modo emergencia.

Sonreí sin ganas, mirando las torres de carpetas y notas pegadas en mi escritorio. Para mí no era una emergencia; era la normalidad del día a día. La presión me mantenía en pie, como un motor que no podía detenerse sin apagarse para siempre.

—Nos vemos el sábado —corté la conversación antes de que pudiera sermonearme más—. Y no olvides llevar el vino.

Colgué. El silencio del despacho me envolvió de nuevo, con el zumbido constante del aire acondicionado como único acompañante. Me puse de pie, alisé la falda de mi traje oscuro y recogí la tablet. Había llegado el momento de enfrentar la primera reunión del día, una que esperaba me llevase a cerrar el contrato con uno de los clientes que llevaba tanteando desde hacía algunas semanas.

Los pasillos de TechNova eran un río de voces y pasos rápidos. El suelo pulido reflejaba las luces de neón, y los cristales que separaban algunos despachos dejaban ver retazos de la actividad frenética que había en su interior: programadores pendientes de sus pantallas, diseñadores gesticulando frente a maquetas de interfaces, comerciales hablando en inglés acelerado por teléfono. A mí ese caos me producía cierta calma; sabía que debajo de esa superficie vibrante estaba mi trabajo, cada línea de código revisada, cada funcionalidad probada hasta el cansancio para mejorar nuestros productos y presentarlos ante los clientes.

Al entrar en la sala de reuniones, el murmullo se apagó de inmediato. Martín, nuestro CEO, ya estaba sentado en la cabecera con su sonrisa imperturbable. Raúl, el director financiero, repasaba unos gráficos en su portátil. Y como era de esperar, la ecuación de la reunión se completó con Elena.

Me bastó un segundo para sentir cómo los músculos de la espalda se me tensaban. Su melena oscura caía perfectamente sobre los hombros, y la seguridad con la que ocupaba su asiento me resultaba casi ofensiva. Tenía ese brillo en la mirada que precedía a alguna de sus propuestas temerarias.

Aunque no estoy segura de si lo que me sacaba de quicio, era eso, o que la mayoría de veces las aplaudieran.

—Buenos días —saludé, sentándome frente a ella.

Elena arqueó una ceja y respondió con una sonrisa que en realidad no decoró ni un poquito su cara.

"Siempre tan simpática", pensé.

Martín abrió la sesión con palabras entusiastas sobre nuevas oportunidades en el horizonte y la necesidad de acelerar la internacionalización de nuestros productos para optimizar procesos empresariales —gestión de datos, automatización de flujos, productividad…—. Yo asentía, tomando notas, y me guardaba con nervios varios mechones tras las orejas, mientras esperaba el momento inevitable en el que ella hablara la boca y cambiara el curso de la reunión.

—He estado en contacto con el cliente de la firma alemana que busca una solución integral —comentó Elena, proyectando su voz como si se dirigiera a un auditorio mucho más grande que la sala en la que estábamos —. Quieren un software que gestione todos sus procesos de datos y que esté listo en aproximadamente un mes. Y sinceramente, creo que podemos ofrecérselo, con el que estamos desarrollando.

Un mes. Sentí un nudo en el estómago. Sabía lo que nuestro software podía hacer, pero también lo que todavía estaba en desarrollo y sin probar. Esa promesa era una bomba de relojería en potencia.

—Me parece que ese tiempo inviable —solté, antes de darme siquiera un segundo para respirar y medir mis palabras.

Elena me miró como si hubiera interrumpido el discurso más importante de su vida.

—Perdona, Irene, ¿eres tú la que sabe hasta dónde podemos llegar? —preguntó con un tono ácido que no se preocupó en ocultar.

—Quiero ser realista —repliqué—. El nuevo software todavía está en fase de pruebas con varios módulos críticos. Forzar un despliegue completo en semanas es irresponsable. No podemos arriesgar la reputación de TechNova por cerrar un trato a toda prisa, y sin saber si vamos a encontrarnos con algún fallo.

Un silencio pesado se instaló en la sala. Raúl asintió muy levemente, como si quisiera apoyarme sin exponerse en realidad su opinión. Tampoco me extrañaba que fuera así, prefería ser cauto y dejar el mando en nuestro

jefe. Martín, en cambio, mantenía esa expresión diplomática que tanto lo caracterizaba.

—La innovación siempre conlleva riesgos —aseguró Elena, apoyando los codos en la mesa y fijando sus ojos en los míos—. Lo que tú llamas irresponsabilidad, yo lo llamo visión. Y creo que ya es hora de dar el paso, o nos quedaremos estancados con respecto a los demás. La inteligencia artificial avanza incluso mientras estamos hablando.

El calor me subió por el cuello.

—Sinceramente, para mí la visión no sirve de nada si luego fallamos en la ejecución y nuestro software da problemas —respondí—. Y no pienso ser la responsable de un desastre anunciado.

El murmullo de los papeles, bolígrafos y teclados sobre portátiles se detuvo. Todos sabían que esta discusión no era algo nuevo entre nosotras, pero pocas veces se había expuesto de manera tan directa. Elena apretó los labios, como si estuviera a punto de decirme algo mucho más cruel, pero Martín levantó una mano para intervenir.

—Está bien, está bien… —intervino con voz conciliadora—. Lo que necesitamos ahora son propuestas concretas. Tomemos lo mejor de ambas perspectivas y avancemos, podemos ser un poco más abiertos con el tema de los tiempos, o intentar que esos códigos estén cuanto antes.

Su mediación cortó la tensión entre nosotras, pero no la disipó ni mucho menos. Yo bajé la mirada a mis notas, fingiendo escribir, aunque lo único que hacía era contener el impulso de decirle a Elena que su ambición acabaría jodiéndonos a todos. Sin embargo, prefería mantener silencio durante el resto de la reunión.

De regreso a mi despacho, el ruido del pasillo me pareció aún más intenso, como si cada llamada telefónica se burlara de mí. Cerré la puerta con fuerza y apoyé la espalda contra ella.

Elena siempre conseguía encender en mí una mezcla imposible de emociones. Admiración por su seguridad, desprecio por su temeridad, irritación por su carisma. Y debajo de todo eso, una corriente oscura que tenía bien controlada. O eso creía.

Me dejé caer en la silla, abrí la tablet y desplegué los documentos de la próxima presentación. El inversor que recibiríamos en pocos días necesitaba datos, certezas, demostraciones claras de que nuestro producto no solo era brillante, sino confiable.

Mientras tecleaba frenéticamente, mi mente repetía una única frase, como un mantra, una venganza íntima que pensaba llevar a cabo:

"Voy a humillarla."

La idea no me producía culpa, sino una satisfacción que me cosquilleó en los dedos y que se instaló por todo mi cuerpo. Si Elena quería jugar a prometer cosas imposibles, yo demostraría que la única que sostenía TechNova no era otra que yo. Y que, sin mí, sus palabras vacías no tendrían ningún valor.

Joder. El reloj marcaba las diez menos cuarto, y el día no había hecho más que empezar.

2

Elena

—¿Pero tú la has visto? —pregunté mientras me dejaba caer en la butaca de mi despacho, cruzando las piernas con un gesto teatral, como si estuviera representando una escena solo para mí misma.

Raúl, con la paciencia de un santo, me observaba en silencio mientras servía café generosamente en dos tazas. El aroma denso y amargo llenó la estancia al instante, envolviéndonos en esa familiaridad rutinaria que tanto apreciaba tras una mañana donde las reuniones solían dejarme sin fuerzas.

—Me refiero a Irene —añadí como si no supiera a quién me refería, sosteniendo la mirada de mi compañero de confianza mientras alzaba la taza aún humeante—. La reina del Excel. Siempre dispuesta a arruinar cualquier propuesta brillante con sus tablas y sus cálculos milimétricos de tiempos y gastos.

—Ya sé de quién me estás hablando —protestó Raúl, después esbozó una sonrisa casi imperceptible. Me conocía demasiado bien como para sorprenderse de mis comentarios.

El café me quemó los labios, pero lo agradecí. El dolor físico tenía la virtud de devolverme a tierra cuando la rabia amenazaba con alejarme de lo que debía ocupar todo mi tiempo de verdad.

—Y para tu información, sabes que no es así —respondió como si no le importaran mis argumentos, removiendo el azúcar en su propia taza antes de dejar la cucharilla a un lado—. Desde que llegó, hemos conseguido contratos que parecían imposibles. Y no lo digo yo, lo dicen los datos.

Me revolví en la butaca, incómoda con la frialdad de sus palabras. Los datos. Siempre los datos. Como si las cifras fueran lo único que contara en esta empresa.

—¿Y desde cuándo los números lo son todo? —repliqué, incapaz de ocultar el tono de desprecio que se me escapó por la boca. Esa mujer siempre me ponía de los putos nervios—. Aquí lo que importa son las ideas,

la visión, la capacidad de anticiparse al futuro. Y eso, Raúl, no se mide en hojas de cálculo. Si no me hace caso, vamos a perder una oportunidad grandísima, y alguien vendrá a comernos el terreno.

Él me miró con una mezcla de ternura y paciencia. A veces odiaba esa expresión en su rostro, como si yo fuera una niña caprichosa a la que debía recordarle las reglas básicas del juego en TechNova.

—Elena —dijo en voz baja, pronunciando mi nombre con una suavidad que me dieron ganas de tirarle una libreta a la cara. Estaba regañándome, desde luego—. No estoy diciendo que lo que tú dices no tenga valor. Al contrario, lo sabes de sobra: tus ideas han abierto puertas que parecían cerradas para nosotros. Pero Irene… ella ha hecho que esas puertas se mantengan abiertas, que nadie más nos las cierre. ¿Entiendes?

Llevé la vista hacia la ventana, donde la mañana caía lenta sobre la ciudad. El movimiento de los coches se veía con la misma rapidez que una estrella fugaz, y no sé por qué me dio por recordar los inicios de mi andadura en esta empresa.

Había cerrado contratos imposibles. Convencido a empresas gigantes de confiar en un equipo aún pequeño, cuando nuestro software principal apenas era un prototipo lleno de promesas. Yo era la voz que empujaba al resto del equipo, la que ponía la cara en cada reunión y Martín lo sabía. Llevábamos años trabajando codo con codo y nunca había dudado de mí.

Yo había sido la reina del tablero durante demasiado tiempo como para aceptar, sin más, que otra mujer viniera a repartir las cartas como le diera la gana.

—¿Sabes lo que creo yo? —dije. Alcé de nuevo la taza y bebí un sorbo largo, buscando valor en el amargor del café—. Que ella disfruta corrigiéndome en público. No importa lo que proponga, siempre encuentra un “pero” con el que joderme. Y lo hace delante de todos, como si necesitara demostrar que puede derribarme o estar por encima de mí.

Raúl se limitó a apoyar los codos en la mesa y a entrelazar los dedos, observándome con una calma analítica que siempre me había puesto de los nervios. Me miraba con ganas de meterse en mi cerebro, pero esta mañana no lo iba a conseguir.

—Quizá no sea eso —murmuró con absoluta calma—. Quizá solo intente asegurarse de que la empresa no corra riesgos innecesarios, por el bien de todos.

—¿Ah, sí? —bufé, inclinándome hacia él—. Entonces dime, ¿desde cuándo la prudencia mueve montañas? Porque yo no recuerdo haber conseguido ninguno de nuestros grandes clientes gracias a ser prudente.

La tensión se palpaba en el aire, nunca había soportado que me llevaran la contraria, pero ahora, lo que me jodía es que en parte tenía razón. Raúl respiró hondo antes de responderme.

—No se trata de elegir entre tú o ella, Elena. Esto no es una competición. Mira a tu alrededor; los inversores confían en nosotros, los clientes se interesan por nuestra inteligencia artificial, y los equipos de desarrollo trabajan motivados porque saben que sus productos empiezan a ser reconocidos. Y todo eso ocurre porque estáis las dos. Tú y ella.

Su tono era casi fraternal, muy amigable. Yo odiaba reconocerlo, pero tenía razón. Desde que Irene había llegado, las cifras habían crecido de manera casi insultante. Nuestro software de predicción de datos, el que bautizamos como *VisionTrack*, había dejado de ser una promesa para convertirse en una herramienta de referencia. Y nuestra última línea, *Neuralis*, un sistema de inteligencia artificial para optimizar procesos en tiempo real, comenzaba a abrirse paso en mercados a los que hasta entonces, no habíamos tenido la oportunidad de acceder.

Sí, era cierto. Ella había contribuido a que esto ocurriera. Pero admitirlo me sabía a una derrota que me costaba mucho aceptar. Y todavía no podía saber por qué.

—Siempre como el perro y el gato, ¿verdad? —suspiré poco después, tratando de restarle importancia a lo que en realidad me estaba carcomiendo por dentro—. No sé si alguna vez podremos llevarnos bien.

Raúl sonrió, esta vez abiertamente.

—Pues deberías intentarlo. Créeme, sería mucho más fácil para todos.

Su tono ligero escondía una verdad incómoda. Lo decía por mí, claro, pero también por el resto del equipo. Sabía que cuando Irene y yo estábamos en la misma sala, la tensión podía cortarse con un cuchillo.

Miré a Raúl fijamente, intentando leer en sus ojos algo más que esa calma inmutable. Lo admiraba, lo había hecho siempre. Era el único que lograba plantarme cara sin atacarme de verdad, sin infravalorar ni un poco mi trabajo en un mundo lleno de hombros. Tal vez por eso, al final, siempre acababa escuchándolo, aunque no quisiera.

—Está bien, lo voy a intentar —concedí, elevando la barbilla con un gesto orgulloso—. Pero no prometo nada.

Raúl asintió, satisfecho, como si hubiese conseguido un pequeño triunfo. Yo, en cambio, sentía que acababa de ceder un terreno que me pertenecía a mí sola.

El resto de la tarde transcurrió entre llamadas, correos y un par de revisiones con el equipo de desarrollo. Los chicos estaban entusiasmados con las mejoras en *Neuralis*, y yo disfrutaba de ese brillo en sus ojos cuando explicaban lo que habían logrado. En esos momentos recordaba por qué hacía todo aquello: no solo por los contratos ni por los números, sino por la sensación de estar construyendo algo que podía cambiar el mundo.

Cuando las oficinas comenzaron a vaciarse y el silencio fue ocupando los pasillos, recogí mis cosas lentamente. Guardé los documentos en la carpeta de cuero que siempre me acompañaba y me puse la chaqueta.

La noche había caído por completo al salir a la calle. El aire fresco me golpeó en la cara y, por un instante, me sentí extrañamente ligera. Caminé hacia mi coche con la determinación de alguien que sabe que mañana volverá a librar la misma batalla. Mientras arrancaba el motor, una idea se me quedó clavada como una espina: había dicho que lo intentaría. Y, aunque no lo hubiera prometido, sabía que tarde o temprano tendría que enfrentarme a Irene de una manera distinta.

No como enemigas. No como rivales. Algo estaba cambiando, y yo aún no tenía claro si estaba preparada para aceptar el rumbo que tomarían las cosas.

3

Irene

Los dos días siguientes fueron un torbellino que me trajo más de un dolor de cabeza, un torbellino de cifras, códigos y hojas de ruta que llenaron el espacio de mi escritorio en el despacho, como también en casa. El inversor alemán no era cualquier cliente; su apoyo podía marcar la diferencia entre nuestra expansión definitiva, o un claro salto al vacío. Y, en medio de este caos, mi misión se reducía a algo tan simple y tan complejo como intentar atrapar el tiempo. Tiempo de calidad para que el software alcanzara la solidez necesaria y el contrato no se nos escapara de las manos. Tiempo para que lo que habíamos prometido no se desmoronara después bajo el peso de expectativas imposibles. Un tiempo que Elena parecía empeñada en recortar, con su sonrisa segura y palabras que sonaban muy convincentes, sí… pero que a la hora de la verdad podían ser demasiado frágiles.

Sara estaba sentada delante de mí, en su zona de trabajo, con el ordenador abierto y los auriculares colgando del cuello. A veces, la miraba de reojo, con su ceño fruncido, y la concentración necesaria en cada línea del código en el que trabajaba. En varias ocasiones, mordía la tapa del bolígrafo sin darse cuenta, pero desde luego, tenía la energía de quien todavía cree que las cosas pueden resolverse con una noche más de desvelo.

—Mira esto —me dijo de repente, girando la pantalla hacia mí—. He corregido el bug que retrasaba la sincronización con el resto de información. Ahora la base de datos responde en segundos.

Me incliné hacia ella. La pantalla iluminaba sus facciones y, por un momento, me vi reflejada en su entusiasmo. Recordé mis propios inicios, cuando cada avance me parecía un descubrimiento capaz de cambiar el mundo.

—Buen trabajo —murmuré, y lo decía de verdad. Desde que entró a trabajar en la empresa había admirado mucho su trabajo—. Pero

necesitamos probarlo con el módulo completo. Si no soporta la carga, el inversor nos dejará en evidencia una vez obtenido el software.

Sara asintió, mordiéndose el labio, algo nerviosa. Era brillante, sin duda, pero aún le faltaba la prudencia de quien ha visto a clientes retirarse en el último minuto por una promesa incumplida. Y yo sabía mucho de eso.

Las horas pasaban rápidas y con una densidad que se me escurría por los dedos, como arena cayendo en un reloj de cristal. El teclado resonaba en la sala vacía, acompañado por el zumbido constante de los ordenadores y el leve olor metálico de los cables recalentados. Afuera, la ciudad seguía con su vida; dentro, solo existía ese proyecto que parecía que de un momento a otro, iba a tragarnos entera.

Al llegar el mediodía, decidimos hacer una pausa. Sara se arregló el pelo rubio en una coleta sencilla mientras cogía la bandeja para servirse la comida. El comedor del edificio estaba casi desierto, salvo por un par de empleados que hablaban en voz baja al fondo. Me serví una ensalada y un café; Sara optó por un bocadillo que devoró sin apenas respirar. La luz blanca de los fluorescentes caía sobre nosotras sin piedad, y por primera vez en toda la mañana —más bien la semana— sentí el cansancio clavarme las costillas. Si esto no iba hacia delante, no me lo perdonaría.

Saqué el móvil del bolso y entre todos los correos sin abrir y notificaciones de distintas reuniones apareció un mensaje de Alex:

> "¿Entonces el sábado a las dos? Ya tengo el vino elegido. Y, por cierto, piensa en el postre, no me hagas improvisar otra vez"

Sonreí sin querer. Esa familiaridad con la que nos tratábamos, siempre me recordaba que había un mundo más allá de los plazos y las presentaciones.

> "Perfecto. Deja el postre a mi cargo. Pero no esperes un milagro de repostería."

Guardé el teléfono y regresé a la ensalada, aunque la verdad es que apenas tenía apetito. Mi mente ya estaba de vuelta en el despacho, a los datos que corregir y los informes que debía cuadrar si quería que todo iba bien. Necesitaba hablar con todos los programadores para saber si podíamos seguir adelante.

—¿Vas a hablar con Elena? —me preguntó Sara, terminándose el bocadillo.

—Sí, más tarde me reuniré con ella.

Tras revisar con Sara la última integración, supe que no podía postergar más lo que le había dicho. Veía los tiempos muy complicados, y no iba a permitir que TechNova sufriera las consecuencias.

El pasillo estaba en silencio, lo atravesaba una calma engañosa que antecede a la tormenta justo cuando llegué a su despacho. Toqué a la puerta antes de entrar. Elena estaba de pie, apoyada contra la mesa, hojeando unos papeles como si fueran parte de ese guion que conocía de memoria.

—Necesitamos hablar del software —comenté, procurando sonar firme, aunque me era inevitable sentir nervios cada vez que hablaba con ella.

Levantó la mirada, y en sus ojos brilló esa chispa de desafío que parecía reservada únicamente para mí.

Todavía no podía descifrar si me gustaba o no.

—Claro, adelante —respondió con una sonrisa que no alcanzaba a suavizar la tensión de su postura—. Estoy deseando escuchar tu veredicto.

"Irónica, como siempre."

Me acerqué despacio, apoyando la carpeta que traía en la mesa que había entre las dos.

—El módulo principal no estará listo para la fecha que propones. Hemos mejorado la velocidad, sí, pero aún quedan pruebas que hacer y ajustes que son críticos. Si prometemos demasiado y fallamos, no habrá segundas oportunidades. Y lo sabes.

Elena dejó los papeles a un lado y se cruzó de brazos, estudiándome como si yo fuera una ecuación complicada que le encantaría resolver.

—Siempre tan cautelosa, Irene. ¿No te das cuenta de que a veces hay que arriesgar para ganar y sacar un buen contrato?

Su tono era casi seductor, lo reconozco, pero lo que escondía tras esas palabras era un reproche que para mí nunca pasaba desapercibido.

—No se trata de arriesgar —contesté, conteniendo la impaciencia que ya me ardía en la garganta—. Se trata de ser responsables. Este inversor quiere certezas, no castillos de arena que tire por tierra el trabajo que ellos también hacen. Deberías entenderlo Elena, que somos profesionales, joder.

El silencio se extendió entre nosotras. Sentí cómo mi propio pulso se aceleraba. La cercanía física era mínima, pero la distancia emocional parecía un abismo entre las dos, aunque no pude evitar caer en sus ojos, en

ese color chocolate que parecía destinado a causar algo más que un dolor de cabeza.

—Profesionales, claro. ¿Sabes lo que esto me parece? —comentó, inclinándose hacia mí con una sonrisa pícara en los labios—. Que lo que realmente te molesta es que alguien más brille por encima de ti. Es un hecho.

Sus palabras me golpearon como un látigo. Abrí la boca para replicarle, pero me contuve. Quizá porque una parte de mí temía que tuviera razón. O puede que simplemente no quisiera meterme en este juego.

—No es cuestión de protagonismo —susurré, más para mí que para ella—. Es cuestión de hacer las cosas bien.

Elena sostuvo mi mirada unos segundos que parecieron eternos. Luego se apartó con un gesto despreocupado, como si todo aquello no fuera más que un juego para ella.

—Está bien, hazlo a tu manera —concedió, aunque la ironía de su voz delataba lo contrario—. Pero no esperes que me quede de brazos cruzados viendo cómo la cagas.

"Será zorra".

Me quedé de pie, en silencio, sintiendo cómo la rabia y la frustración se mezclaban dentro de mí en una espiral difícil de controlar. Quise decir algo más, defender mi posición con la misma fuerza con la que ella defendía la suya, pero no lo hice. Sabía que cualquier palabra añadiría más leña al fuego, y Martín ya me lo había advertido. Teníamos que mirar por la empresa.

—Muy bien. —Recogí la carpeta y salí del despacho sin mirar atrás.

El pasillo me recibió con su quietud artificial, y cada paso hacia mi despacho fue como una fuga silenciosa. Al cerrar la puerta tras de mí, apoyé la espalda contra la madera y respiré hondo. La tensión seguía conmigo, flotando en el aire, pegada a la piel como una segunda sombra. Me obligué a volver al trabajo, a concentrarme en los códigos, en las gráficas y en los informes, aunque cada línea de texto me devolvía a esa mirada desafiante de Elena.

"Voy a demostrarle que tengo razón", pensé, con una seguridad que me ardía con fuerza en el pecho. Pero al mismo tiempo, un murmullo incómodo se entrometía en mis pensamientos: ¿y si lo que en realidad estaba intentando demostrar era algo distinto?

4

Elena

El despacho de Martín encerraba un delicioso olor a café recién molido, un perfume que siempre me producía una especie de calma, invitándome a trabajar aquí dentro sin descanso. En la mesa donde solíamos reunirnos ya había varias tazas servidas y sonreí dando un sorbo a la mía. Aquí dentro, hasta la decoración adquiría un matiz solemne, algo único que caracterizaba a nuestro jefe en cada rincón. Yo había estado incontables veces, pero aquella mañana sentía que me esperaba un juicio más que una reunión.

Y no sé por qué no pude sacarme la sensación.

Martín se sentó tras el escritorio, Raúl lo hizo a su derecha, e Irene se colocó enfrente, con una carpeta perfectamente colocada sobre la mesa. Yo me senté junto a ella, obligándome a no apartar la vista de sus ojos mientras me sonreía. No iba a darle la satisfacción de verme insegura, eso sin duda.

La reunión comenzó con los saludos habituales, frases cortas y educadas, hasta que Martín fue directo al grano:

—Necesito saber dónde estamos con el inversor alemán y con el software, no quiero que caminemos por tierras movedizas. —Su mirada recorrió la mesa hasta posarse en mí—. Elena, ¿puedes ponernos al día?

Sonreí, desplegando esa seguridad que tantas veces me había abierto puertas en las diferentes empresas en las que trabajé a lo largo de estos años. Aunque aquí, era donde había encontrado mi elemento.

—Por supuesto. Las conversaciones avanzan de maravilla. El cliente está interesado, quiere resultados cuanto antes y… confía en nuestra capacidad de entregarle un software que marque la diferencia.

Lo dicho era una media verdad, pero en los negocios las medias verdades podían valer más que una propuesta asegurada al cien por cien.

Irene, sin embargo, no tardó en reaccionar. Abrió su carpeta con una parsimonia que me puso nerviosa. Después, sacó unas hojas llenas de

gráficas y cifras, y habló con esa voz firme que había aprendido a detestar con el paso de los años.

—Con todo respeto, Martín, el software aún no está listo, ni de lejos. —Me lanzó una mirada rápida, como quien apunta un dardo certero—. Seguimos en una fase que no ha superado pruebas de carga ni escenarios críticos. Hablar de una entrega inmediata sería irresponsable.

Su voz pareció estar repitiendo el discurso de alguien. La palabra quedó suspendida en el aire: *irresponsable*. Sentí cómo la sangre me ardía y se instalaba en mis mejillas, como si me hubiese abofeteado delante del resto sin ningún tipo de pudor.

—Eso es discutible —repliqué, conteniendo la furia que ya me ardía por dentro. Raúl me miró de reojo, pidiéndome calma—. El cliente entiende que siempre hay riesgos, pero también sabe que la innovación exige moverse rápido, adelantarnos a nuestros próximos rivales.

—No cuando se trata de prometer lo que no podemos cumplir, Elena —insistió ella, girando las hojas hacia Martín y señalando un gráfico—. Aquí están las pruebas. Si avanzamos a ciegas, y algo sale mal, no solo vamos a comprometer el software, sino también nuestra credibilidad. Y no estoy segura de que podamos encajar el golpe.

Raúl se inclinó hacia delante, intentando suavizar el tono, mediar entre las dos. Martín ya nos había dicho algo parecido, que teníamos que encontrar un balance, pero yo sabía que era ahora, o nunca.

—Ambas tenéis razón… en parte. Elena ha logrado despertar un interés que pocas veces nos encontramos antes de lanzar un producto al mercado, pero también tenemos que ser conscientes de los datos concretos. Irene nunca falla en eso.

"¿Está de mi lado o qué?"

Martín permanecía en silencio, observándonos como si fuéramos dos piezas en un tablero que no sabían cómo moverse. Me pregunté qué veía de verdad en nosotras: ¿dos profesionales complementarias que podían dar mucho a TechNova o dos rivales incapaces de cooperar?

Al final, habló con la calma que lo caracterizaba, sin mojarse demasiado.

—Como ya os dije el otro día, vamos a trabajar en conciencia en el software. Irene tiene razón: no podemos arriesgarnos a vender humo si todavía presenta fallos —dijo, y después me miró con una sonrisa de

cordialidad—. Pero no quiero perder este cliente, así que… Elena, necesito que convenzas para que nos espere un poco más. Si realmente está interesado, aceptará.

Quise protestar, gritar que aquella decisión era un golpe directo a mi trabajo, pero me mordí la lengua, tenía que hacerlo. Sabía que cualquier objeción me haría parecer la niña caprichosa de esta historia y frente a Irene, no podía permitírmelo. Apreté los dientes hasta que me dolieron y forcé una sonrisa fingida.

—Entendido.

La reunión terminó entre apretones de manos y frases medidas. Yo apenas recuerdo cómo llegué a la puerta; solo sentía la rabia bullendo dentro de mí, un nudo ardiente que me impedía respirar con normalidad.

Cuando salí al pasillo, necesité aire. Caminé sin rumbo hasta la oficina de Paula, la única persona con la que podía descargar aquel torbellino sin temor a ser juzgada, porque estaba claro que ese día Raúl no era el elegido. La encontré inclinada sobre la maqueta de interfaz, trazando líneas en silencio, con esa responsabilidad y atino que siempre la había caracterizado. Levantó la vista en cuanto me vio.

—No traes buena cara —comentó, apartándose de la Tablet.

Cerré la puerta tras de mí y me dejé caer en la silla frente a su mesa.

—Me ha vuelto a dejar en evidencia —solté, sin rodeos, hasta hinchando las mejillas por el hastío—. En el puto despacho de Martín y con Raúl delante, como si yo no supiera de qué hablo.

Paula ladeó la cabeza, sus ojos oscuros me analizaron en silencio.

—Irene, ¿verdad?

Asentí con brusquedad.

—Sí. Les ha enseñado sus datos, sus malditas gráficas… todo para demostrar que mi propuesta era un suicidio. Y lo peor es que Martín la ha apoyado. Ahora me toca a mí convencer al inversor de que espere, como si mi trabajo se redujera a mendigar por la paciencia de nuestros clientes.

Paula me escuchaba en silencio, y buscó un bolígrafo con el que juguetear mientras meditaba una respuesta que no me alterara todavía más.

—Si yo estuviera en tu lugar, no dejaría que me pisotee —comentó, como si fuera tan sencillo—. Si la dejas ganar siempre, se acostumbrará.

Aquella frase me encendió aún más. “Pisotear” era exactamente la palabra que rondaba mi mente desde que salí del despacho.

—Eso es lo que intenta, ¿sabes? —me incliné hacia ella y apoyé los codos sobre la mesa—. Siempre tiene que corregirme, que quedar por encima… No soporta que alguien más se lleve el protagonismo en esta empresa.

Paula esbozó una sonrisa casi imperceptible.

—Tal vez le guste discutir contigo.

Fruncí el ceño.

—¿Gustarle? No, Paula, créeme. Lo hace para joder —negué rápidamente—. Esto no es un juego. Estamos hablando de contratos millonarios y de la reputación de la empresa.

Ella se encogió de hombros, pero su sonrisa permaneció intacta. No entendí a qué venía ese gesto, y tampoco quise preguntarlo, bastantes cosas tenía en la cabeza. A veces tenía la sensación de que Paula veía pájaros que yo intentaba ignorar.

—Tú eres brillante en lo que haces, desde siempre. Y nadie te quitará eso —dijo con suavidad—. Pero si quieres que Irene deje de ganarte el terreno, tendrás que aprender a mostrarle que no te vas a doblegar ante ella.

Sus palabras eran un bálsamo y un aguijón a la vez. Parte de mí quería abrazarla por recordarme quién era; otra parte temía que quizá tuviera razón, que tal vez Irene estaba ganándose un lugar que antes me pertenecía por decreto.

Suspiré, llevándome las manos a la cara.

—No sé cómo vamos a terminar sin matarnos —murmuré.

Paula no respondió enseguida. Se limitó a observarme, como si intentara descifrar algo que yo no le estaba diciendo.

—Pues terminarás como siempre, dando el callo y de pie. Solo como Elena Ríos sabe hacer.

Me hizo reír, aunque el gesto me durase poco. Pasamos un rato más hablando de trivialidades; sus diseños, el nuevo prototipo de la interfaz, las quejas de los programadores por culpa de los plazos. Pero yo ya estaba lejos, enredada en mis propios pensamientos.

Cuando salí de su oficina, el sol se estaba poniendo. El pasillo se teñía de un naranja apagado que no lograba calmar el hervor que seguía en mi interior. Sabía que no podría ir directamente a casa, porque no pegaría ojo. Necesitaba escapar, aunque fuera por unas horas, de esa tensión que me consumía. El volante de mi coche se sentía frío bajo mis manos, pero no

miré atrás cuando encendí el motor. Solo pensé en el destino que había elegido casi sin darme cuenta; mi pub favorito, el único lugar donde podía beber despacio, escuchar música en directo y dejar que la rabia se disolviera entre las voces ajenas, y alguna que otra sonrisa que llevarme a la cama.

5

Irene

Por mucho que lo estuviera deseando, no pude evitar amanecer con una extrañeza en el estómago. No estaba acostumbrada a este silencio, a quedarme en casa un sábado sin abrir el portátil y revisar informes o terminar con el trabajo pendiente de la semana —incluso adelantar el de la próxima—. Pero ese día, tenía que hacer un esfuerzo por centrarme en algo que me salvaría la vida; dicho literalmente por Álex. La noche anterior me habían confirmado todos los invitados, y ya no podía romper la promesa de hacer un postre que tenía esperanza de que le gustasen a todos.

La cocina estaba impregnada del aroma a chocolate negro que seguía saliendo del horno a pesar de que llevaba un rato apagado. La tarta Sacher, impecablemente glaseada, reposaba sobre la rejilla como un trofeo brillante. Había seguido cada paso de la receta; los gramos, tiempos de cocción, temperatura… y el resultado me sacó una sonrisa mientras sonreía con los brazos en jarras.

A pesar de que no lo hacía mucho, cocinar se parecía un poco a la programación en TechNova; todo era cuestión de métodos.

La lasaña esperaba su turno. Capas de pasta, bechamel, carne y queso dispuestas con una precisión que incluso a mí me resultaba desconocida. *"Tenías ganas de esta comida, admítelo"*, me dije. Mientras tanto, sobre la encimera, cortaba los tomates y mezclaba las hojas de la lechuga para la ensalada. Mis manos se movían solas, obedientes, pero mi mente vagaba de nuevo hacia la oficina sin poder evitarlo.

Por mucho que quise, no podía apartar a Elena de mi cabeza. Su ceño fruncido, su tono desafiante en cada reunión, su forma de prometer al mundo lo imposible… se había convertido en una especie de sombra que me perseguía a todas partes. Y lo que más me jodía era que, por más que intentara racionalizarlo, la rabia no era lo único que sentía. Sentía una

especie de cosquilleo, algo más, que no conseguía definir y que me estaba poniendo de los nervios.

El timbre sonó y me sacó de golpe de mis pensamientos.

—Ya voy —murmuré, secándome las manos con un paño.

Abrí la puerta y allí estaba Álex, con su sonrisa despreocupada, sosteniendo un par de cervezas frías y el vino que había prometido traer.

—¿El festín está listo? —preguntó, entrando sin esperar invitación.

—Casi —informé mientras atravesaba el pasillo principal—. Pero necesito un pinche de cocina, no me fio de que vengan antes.

Nos dirigimos a la cocina. Él dejó las botellas sobre la encimera y las abrió en un abrir y cerrar de ojos, pasándome una. Brindamos sin palabras, y el primer sorbo me supo a un descanso que no tenía idea de que necesitara tanto.

—Huele de maravilla —comentó, acercándose al horno—. Me vas a malacostumbrar, hasta el nivel de querer venir cada fin de semana. Porque espero que este no sea el único día de descanso que te tomes a partir de ahora.

Movió las cejas con gracia.

—Eso ya lo veremos —dije, bebiendo de mi cerveza—. Por ahora, ayúdame con la ensalada.

Mientras lavaba la lechuga, comenzó el inevitable tema de conversación que había inundado nuestro WhatsApps en los últimos días.

—Amplíame el lío que habéis tenido con ese inversor alemán —comentó, en tono neutro.

Álex, que era conocedor del mundillo, me ofreció una sonrisa para que no dudase en contarle todo lo que quisiera.

—Más que lío, ha sido como una batalla campal —ironicé, cortando un pepino en rodajas—. Elena insiste en que el software está listo para venderse, cuando todos sabemos que aún necesita, por lo menos, un par de semanas de pruebas para no pillarnos los dedos.

Él levantó la vista hacia mí, con esa mezcla de paciencia y escepticismo que tanto me irritaba y me tranquilizaba a la vez.

—Irene, tienes razón en ser cauta. He visto empresas venirse abajo por prometer demasiado —confirmó, pero esta vez no sonrió—. A veces no es el fallo técnico lo que mata un proyecto, sino la pérdida de confianza que

ese cliente tiene contigo. Pero también debo entender su parte. Es normal que quiera tomar riesgos.

Ya conocía esa advertencia, y sabía que no lo decía con mala intención, ni mucho menos. No obstante, yo también necesitaba velar por la empresa.

—Lo sé. Pero ella… —dudé un segundo, buscando la manera de decirlo sin que sonara infantil en una guerra que, sinceramente, me parecía absurda—. Ella tiene esa forma de convencer a todos, incluso cuando no hay pruebas suficientes. Y me toca a mí quedar como la aguafiestas que dice "no" constantemente. Martín le ha pedido que intente hablar con el cliente, pero ya veremos si no sale con alguna tontería.

Álex me observó en silencio, como si intuyera que había algo más en mis palabras. Desvié la mirada, centrándome en los tomates mientras carraspeaba. No iba a permitir que entrara así en mi cabeza.

—Eso no tiene por qué ser malo —respondió, encogiéndose de hombros—. Tú mantienes la estructura y ella pone la chispa. Si consiguierais trabajar juntas, haríais un equipo imparable. El dúo dinámico.

Reí sin ningún tipo de humor.

—Eso nunca va a pasar.

No dije nada más, pero el calor me recorrió el cuerpo como un incendio. Imparable… sí, esa era la palabra que me aterraba. No por la empresa, sino por lo que podía significar para mí.

El timbre sonó de nuevo, y prácticamente corrí a abrir. Los invitados llegaron casi al mismo tiempo: Marta, la novia de Álex, con su energía cálida; Sara, acompañada de Rebecca, su pareja; y Marina, mi vecina, siempre dispuesta a animar cualquier reunión, aunque saliera siempre tarde del trabajo.

De pronto el piso se llenó de voces, de risas, del aroma de la comida mezclándose con perfumes distintos. Me descubrí sonriendo sin esfuerzo, cosa rara en mí últimamente.

Nos sentamos en la mesa, y el primer brindis inauguró la tarde. La lasaña desapareció en cuestión de minutos, la ensalada se mezcló con comentarios sobre películas, viajes y anécdotas absurdas. El vino circulaba y yo, por primera vez en semanas, conseguí relajar los hombros, y no pensar en el trabajo.

Sara hablaba con entusiasmo de una nueva función que había imaginado para el software, y Rebecca la miraba con un orgullo contagioso. Marta contaba historias de su trabajo en la editorial, mientras Marina intervenía con esa ironía que siempre nos hacía reír. Yo me sentía parte de algo sencillo y humano, un espacio donde no existían gráficas ni contratos.

Hasta que alguien pronunció su nombre.

—¿Y cómo va tu guerra con Elena? —preguntó Marta, con una sonrisa traviesa.

La mesa estalló en risas cómplices. Yo intenté sonreír, pero el nudo regresó con fuerza a mi garganta.

—Complicada, como siempre —respondí, intentando no darle importancia, porque si lo hacía, todo giraría en torno a ella.

—Tiene que ser agotador —añadió Marina, y levantó su copa de vino. Aunque no podía deducir muy bien qué se veía en su mirada—. Esa mujer parece hecha para discutir contigo.

Quise asentir y cerrar el tema, pero sentí cómo mis mejillas se encendían, un calor que no tenía que ver con el vino. La sola mención de su nombre me removía por dentro, como si alguien hubiera tocado una fibra especial.

Álex me miró de reojo, quizá notando mi incomodidad.

—Bueno —intervino—, hoy nada de hablar de trabajo. Estamos aquí para comer, no para revivir las reuniones de la semana.

Agradecí el gesto en silencio. La conversación giró hacia viajes pendientes, planes de verano y series recomendadas. Poco a poco, la tensión se disipó y volví a reír. La tarde avanzó entre brindis y sobremesas eternas. El aroma del café se mezcló con el dulzor del chocolate de la tarta, que arrancó aplausos cuando la corté con precisión quirúrgica. Yo fingí humildad, pero en el fondo sentí un orgullo casi infantil.

Al ver a todos disfrutando, me di cuenta de cuánto necesitaba aquello. Un respiro. Una tregua.

Y, sin embargo, cada vez que el nombre de Elena volvía a aparecer —a veces de forma inocente, en un comentario suelto de Sara—, el calor regresaba, quemándome desde dentro. Era un fuego que no se apagaba por mucho que lo intentara.

Cuando la última copa se vació y el piso volvió a quedarse en silencio, recogí los platos con movimientos lentos. La soledad me envolvió de

nuevo, pero esta vez estaba cargada de un eco inquietante, un recuerdo persistente. No podía dejar de pensar en ella. En sus ojos brillantes al desafiarme, en la fuerza de su voz, en esa manera suya de estar siempre al borde del precipicio. Me apoyé contra la encimera, cerré los ojos y respiré hondo. Lo odiaba. O al menos eso intentaba repetirme. Pero lo que ardía dentro de mí tenía otro nombre. Una sensación que, por mucho que intentase ocultar, llevaba conmigo desde el primer día que discutimos.

6

Elena

La cabeza me seguía zumbando. El dolor se había instalado en mis sienes como si fuera un huésped que no deseaba marcharse, indeseado, recordándome cada vez que cerraba los ojos que este trabajo —y algunas rivales— no daba tregua. Colgué el teléfono y di un suspiro de alivio. Después de una larga charla, conseguí que el inversor alemán nos concediera dos semanas, ni un día más, ni un día menos. Y lo digerí como un triunfo mayor después de cálculos improvisados y una larga charla por teléfono.

Dos semanas. Ese era el plazo. Lo suficiente para demostrar que el software no solo funcionaba sin errores, sino que podía convertirse en un negocio rentable. Sabía que era un compromiso arriesgado, pero también era la única opción para no perder un trato que podía elevar nuestro estatus por toda Europa. Y no me creía exagerando.

Me recosté en la butaca de mi despacho y cerré los ojos unos segundos, disfrutando de esa pequeña sensación de victoria. Pero como siempre, la paz duró poco, después del recordatorio en mi agenda en el teléfono, recordándome que en diez minutos comenzaba la reunión general. Lisboa estaba a tres días de distancia y teníamos que trazar la estrategia definitiva para la feria tecnológica a la que TechNova había sido invitada.

Me levanté con desgana, agarré la carpeta con mis notas y crucé el pasillo iluminado por las luces frías de la oficina. El murmullo de teclados y conversaciones apagadas me envolvió, ese rumor constante que me recordaba que todo seguía en marcha, aunque yo me sintiera desgastada mentalmente. Pero así era este trabajo y no podía quejarme en absoluto.

La sala de reuniones estaba ya casi llena. Martín revisaba unos papeles con gesto de concentración mientras Raúl preparaba la pantalla para la proyección y varios compañeros hablaban en voz baja. Irene estaba allí, impecable como siempre, con ese aire de control absoluto que me sacaba de

quicio. Cuando nuestras miradas se cruzaron, me dedicó una sonrisa apenas perceptible, pero delatora. Parecía como si ya supiera lo que yo iba a anunciar en un rato.

Me senté delante de ella, junto a Martín, y carraspeé para captar la atención del equipo.

—He hablado esta mañana con el inversor —anuncié, guardándome un mechón suelto de mi recogido tras la oreja—. Tenemos dos semanas para presentar una versión funcional del software, libre de errores y con pruebas claras de su rentabilidad. Si no lo hacemos, se irá con la competencia. No he podido alargar más los plazos.

Un murmullo de alivio recorrió la mesa, aunque pude reconocer en sus miradas la presión que eso también significaba. Yo observaba sus rostros y me repetía que era un logro, aunque en el fondo supiera que lo difícil apenas había comenzado.

—¿Dos semanas? —preguntó Sara, con una mueca nerviosa—. Es un plazo muy justo, tendríamos que hacer horas extra. Y más con la feria de por medio.

—Lo sé —admití—. Pero es lo que tenemos. Estoy segura de que, si el equipo va al unísono, podremos conseguirlo.

Fue entonces cuando me percaté de la sonrisa de Irene. Amplia, satisfecha, casi condescendiente, un segundo antes de que se pusiera recta, lista para intervenir.

—Eso es una buena noticia, Elena. Me alegra de que hayas dado tu brazo a torcer para que el producto pueda presentarse como dios manda.

Me ardieron las mejillas y sentí cómo el calor me subía por el cuello. Estaba claro que adoraba dejarme en evidencia.

—Lo importante… —repuse sin perder la compostura—, es que ahora tenemos una oportunidad. No se trata de quién tenía razón, sino de aprovechar el tiempo que nos han dado.

Martín levantó la mano para cortar la tensión que empezaba a hacerse visible.

—Dejemos eso de lado. Tenemos que hablar de Lisboa. La feria es en tres días y será crucial para mostrar lo que TechNova puede ofrecer a futuros clientes.

Ese era mi terreno. Enderecé la espalda y sonreí.

—Puedo ser yo quien lidere la presentación que ya teníamos avanzada —dije, entrelazando los dedos sobre la mesa—. He llevado la negociación con este inversor, conozco de primera mano lo que esperan otros como él y cómo deberíamos plantear la estrategia.

No había terminado de decirlo cuando Irene intervino de nuevo, con ese tono de voz desesperante que siempre me hacía suspirar.

—Con todo el respeto, creo que sería más conveniente que la presentación técnica la haga alguien que pueda explicar el funcionamiento con detalle de cada producto. Para algo soy la directora ¿no? Los presentes sabemos que los clientes que se encuentran en estas ferias, son muy exigentes.

Era mi turno de sonreír, aunque me costara.

—No olvidemos que no se trata solo de mostrar un código o los algoritmos de funcionamiento, sino de vender un producto. Y eso, Irene, también requiere persuasión, y a una directora en el desarrollo del negocio.

Las chispas ardían.

Podía sentir las miradas del resto clavadas en nosotras. El ambiente se tensó rapidísimo, como si la sala se hubiera quedado sin oxígeno. Raúl evitaba intervenir, consciente de que cualquier palabra podía encender aún más la llama.

Martín fue quien nos miró, tomando una decisión que nadie esperaba.

—Por eso he estado pensando en ello —comentó como si nada—. Y lo mejor será que hagáis esa presentación juntas.

BOOM.

Un silencio helado rasgó las paredes de la sala.

—¿Perdón? —pregunté, sin disimular la incredulidad.

—Las dos. Juntas —repitió Martín, esta vez más despacio, como si quisiera asegurarse de que la había escuchado—. Compartiréis la presentación en Lisboa. Es una oportunidad para demostrar que sabéis trabajar en equipo, para dar una imagen de cohesión. Antes lo has dicho, si se trabaja al unísono, podréis conseguirlo.

El silencio que siguió fue tan largo que podía escucharse el zumbido de la pantalla encendida al fondo de la sala. Sentí cómo mi estómago se contraía, como si alguien lo hubiese estrujado entre sus manos.

Mi primera reacción fue buscar a Raúl con la mirada. Lo encontré serio, sin moverse, con esa expresión de neutralidad forzada que solía poner

en esta clase de reuniones. ¿Le habría comentado algo a Martín después de nuestra conversación del otro día? ¿Era este su plan para obligarnos a acercarnos, para forzar un entendimiento que yo no había pedido? La sospecha me irritaba más que la decisión en sí.

Irene, mientras tanto, parecía disfrutar del momento. Inclinó la cabeza y me miró fijamente. No hacía falta que hablara. Esa sonrisa suya, así de mordaz, me dejó claro lo que pensaba: que la balanza se había inclinado a su favor.

—Me parece una buena idea —dijo, con calma absoluta.

Parecía un mar en paz mientras yo estaba a punto de explotar.

La frase retumbó en mi mente con fuerza, a modo de desafío. Era la forma más educada que tenía de decir: *"Te he ganado"*.

Pero desde luego, esta sería la primera batalla.

El resto del equipo asintió en silencio. Podía leer en sus rostros el alivio de no tener que implicarse demasiado después de las instrucciones del jefe. Nadie quería elegir entre Irene y yo, y lo entendía. Pero ese silencio cómplice, ese evitar mirarme directamente, me resultaba insoportable.

Yo, en cambio, lo viví como una declaración de guerra. No era un intento de cohesión. Era una imposición, un golpe directo a mi independencia, una forma de ponerme una cadena invisible atada a Irene.

La reunión terminó y el sonido de las sillas arrastrándose contra el suelo de madera resonó como un eco del cabreo que llevaba por dentro. Recogí mis papeles con movimientos bruscos, cada golpe de carpeta contra la mesa me servía de válvula de escape para no gritar.

Irene pasó por mi lado, sin prisas, como si saboreara cada segundo de la situación. No se detuvo, pero al girar la cabeza me dedicó esa mirada triunfal que me atravesó como un dardo envenenado. Era un gesto mínimo, casi imperceptible para los demás, pero yo lo recibí como una provocación personal. En sus ojos brillaba algo que no supe descifrar: ¿soberbia? ¿placer? ¿o acaso una chispa de curiosidad por ver hasta dónde podía jugar conmigo?

Sentí cómo me ardían las mejillas y tuve que apretar los labios para no decir nada en voz alta y poner las cosas peor. El dolor de cabeza, que había amainado durante unos minutos, regresó con fuerza renovada, martilleándome las sienes.

Respiré hondo y salí de la sala con pasos firmes, como si el suelo fuese un campo de batalla y yo marchara hacia el frente. Cada paso resonaba en mis oídos como un tambor de guerra. No iba a permitir que Irene me arrinconara, no iba a cederle el control.

Mientras caminaba por el pasillo, noté la presión acumulada en mi pecho. Quise convencerme de que aquello no era personal, de que solo era trabajo, de estrategias opuestas. Pero la verdad era claramente muy distinta, porque lo personal y lo profesional se mezclaban en un torbellino del que no sabía cómo escapar. Su sonrisa, su manera de mirarme, el modo en que conseguía sacarme de quicio con una simple frase… todo en Irene se había convertido en una amenaza directa a mi equilibrio.

Apreté los dientes. Si Martín quería guerra, la tendría. Y si Irene pensaba que podía ganarla, era muy ignorante, porque aún no conocía todas mis armas.

7

Irene

Después de la comida del sábado había rechazado ir a cenar dos veces, una con mi madre y otra con Álex, quien me había insistido en que debía salir a despejarme. Me dolió decirles que no, pero no podía permitirme distracciones. El software seguía necesitando de estos ajustes, de ultimar detalles que para la mayoría pasarían inadvertidos pero que para mí representaban el límite entre conseguir ese contrato y un fracaso descomunal. Fracaso que no quería tener frente a Elena, deseosa de que todo estuviese listo para impresionar al inversor alemán y llevarse el aplauso de TechNova. Sara había sido clara, no podíamos jugárnosla, y esto me había quitado el sueño. Tenía que —además de no dejar ni un cabo suelto— dejarle claro a "mi compañera" que no podía actuar antes de saber si las cosas saldrían bien.

Sara llevaba horas conmigo, en el mismo estado de concentración obsesiva. Ella proponía ideas arriesgadas, algunas impracticables, otras tan brillantes que me obligaban a reconsiderar mis propios criterios, tras años de experiencia. Dos días antes de viajar a la feria, trabajamos codo con codo durante casi diez horas, afinando el algoritmo, reescribiendo algunos fragmentos del código y verificando la estabilidad del sistema.

—Creo que si ajustamos esta variable —me dijo, señalando su pantalla con entusiasmo—, podemos reducir el tiempo de respuesta un veintitrés por ciento. Y no creo que en el mercado haya nada igual. Al menos Álex no te ha informado de nada ¿no?

Me salió una sonrisa traviesa, tener a tu mejor amigo en el sector, aunque en parte fuera un rival, también traía algunas ventajas.

—Sí, pero corres el riesgo de que el sistema se sobrecargue cuando haya muchos usuarios a la vez, o eso creo —respondí, dándome varios toques en la barbilla—. Necesitamos encontrar un equilibrio.

Sara suspiró, pero sonrió al mismo tiempo. Su entusiasmo era contagioso, aunque yo rara vez me permitiera reconocerlo. Siempre había sido muy obsesiva con el trabajo, y me temo que eso no estaba fácil de cambiar.

—Eres imposible, Irene. Nunca das un sí rotundo.

—Y por eso seguimos funcionando juntas ¿no crees? —le respondí, sin mirarla, mientras revisaba la última línea que había escrito.

Mis pies se movieron para girar la silla y me detuve en seco cuando escuché el sonido de la alarma de mi móvil, dándome el banal recordatorio de que debía beber agua —sí, yo era de esas—. Lo ignoré, hasta que Sara me miró con los ojos entrecerrados.

—Vamos a parar un momento —me dijo—. O tu cerebro va a explotar.

—Más bien el de las dos —intenté bromear, aunque no me salió.

Suspiré y acepté sin rechistar. Fuimos juntas a la cafetería del edificio, y mientras me pedía un café bien cargado, vi a Raúl sentado en una mesa apartada con su portátil abierto. Me saludó con la mano y me invitó a acompañarle. Sara se quedó pidiendo algo de comer, y yo me acerqué con mi taza aún humeante.

—¿Cómo lo llevas? —preguntó con su tono neutro, aunque sus ojos me estudiaban con atención.

—A contrarreloj, como siempre —respondí, dando un sorbo al café—. Pero no pienso permitir que ese software se presente sin estar bien pulido. Tenemos que dar la cara, marcar la diferencia, y con esto de la feria… no puedo dejar que ningún detalle se nos escape.

Raúl asintió lentamente, como si esperara justo esa respuesta.

—Mira, Irene —comentó, y puso una sonrisa agradable mientras entrelazaba los dedos sobre la mesa. No es que nos ignorábamos, pero nunca habíamos logrado ser amigos de verdad—. Sé que con Elena las cosas pueden volverse muy tensas, pero de verdad creo que podéis complementaros. Tú eres la parte sólida de TechNova, y ella tiene el lado más audaz.

Fruncí el ceño.

—Complementarnos… —repetí, como si no lo hubiera escuchado de verdad—. Eso suena muy bien, pero la realidad es que me arrastra a un

terreno en el que no quiero estar. Promete cosas cuando no debe hacer, y después, soy yo quien tiene que lidiar con las consecuencias.

Raúl sonrió apenas, inclinándose hacia delante.

—Y aun así, consigues que todo salga de maravilla, incluso mejor que al principio. ¿Lo has pensado? Tal vez ese choque constante sea precisamente lo que hace que TechNova funcione —me hizo un guiño al decirlo—. No dejes que te saque de quicio.

Me revolví en la silla. No me gustaba admitirlo, pero había algo de verdad en sus palabras. Aun así, la sola idea de tener que "colaborar" en cada proyecto con Elena me erizaba la piel.

—Si ella se moderara un poco… —empecé a decir, pero me detuve. No iba a darle el placer de que escuchar mis quejas. No teniendo en cuenta que después le iría a ella con el cuento.

Raúl se encogió de hombros.

—Lo único que te digo es que, si conseguís encontrar un punto intermedio, vais a ser imparables.

No respondí. Tomé otro sorbo de mi café, dejando que el calor amargo se extendiera por mi pecho, y después regresé con Sara.

Un rato después, y de vuelta en mi despacho, me sorprendí mirando hacia la sala común de esta planta. A través de la pared de cristal, vi a Elena con el resto de su equipo de desarrollo, y aquello parecía una fiesta… Reían, hablaban con gestos amplios, como si la tensión en esa parte del equipo no existiera, como si el mundo fuese un escenario y ella la protagonista natural de este.

Sentí un regusto amargo en la boca. Yo jamás había sabido generar esa cercanía con mi equipo —a excepción de Sara y parte del equipo comercial —. Mi lugar era el control, la exactitud, los plazos cumplidos, que los códigos funcionaran a la perfección. Elena, en cambio, lograba que todos se sintieran parte de algo vibrante y emocionante. Y lo peor era que esa energía me atraía al mismo tiempo que me exasperaba.

La observé durante largo tiempo sin deber hacerlo. El movimiento de sus manos al explicar algo, la forma en que inclinaba la cabeza para escuchar al resto, su risa atravesando el cristal y llegando hasta mí… Sentí una punzada extraña en el pecho, mitad envidia, mitad…

"Concéntrate, Irene", me dije, obligándome a volver a la pantalla. Pero su imagen permaneció en mi mente incluso cuando cerré el portátil a

última hora de la tarde.

Al llegar a casa, el silencio me envolvió de una forma muy fría. Dejé la bolsa en el suelo y me dirigí directamente al dormitorio para abrir el armario y buscar la ropa. Tenía que empezar a preparar la maleta para Lisboa. Abrí los cajones y poco a poco ordené varios montones con lo que usaría cada día.

Estaba acariciando un vestido cuando la imagen de ella se vino a mi cabeza. Pensé en qué ropa podría llamar su atención. En qué colores harían que sus ojos se detuvieran un segundo más de lo necesario sobre mi cuerpo. Me odié por ello. Yo, que siempre había despreciado las frivolidades, estaba considerando qué vestido me haría ver más espectacular ante Elena.

Me detuve con una blusa en la mano, paralizada. El corazón me había empezado a ir a mil por hora. No podía seguir por ese camino, y sin embargo la idea se me incrustó con mucha fuerza en la cabeza. ¿Qué diablos me estaba pasando?

Suspiré, cerré el cajón con brusquedad y me obligué a continuar. Lisboa sería un campo de batalla profesional. No un lugar para pensamientos ridículos. Y, sin embargo, mientras colocaba los zapatos en la maleta, una imagen de Elena sonriéndome se coló en mi cabeza y me dejó inquieta, incapaz de encontrar descanso por el resto de la noche.

8

Elena

Colgué la llamada con mi padre, una charla que terminó con un silencio prolongado en la línea. Con él siempre era así; solía escuchar más que hablar, y aunque yo me solía desesperar fácilmente con esa actitud, aquella noche agradecí que no se alargara de más. Le había puesto al día de lo de Lisboa, la presión del inversor y, por supuesto, la eterna guerra con Irene. No soltó ningún sermón ni consejos innecesario, solo un "confío en ti" antes de despedirse que me sacó una sonrisa. Era suficiente para recordarme que, pese a todo, nunca estaba del todo sola.

Guardé el teléfono en el bolso y respiré hondo. El bar donde había quedado con Raúl estaba a un paso. Reconocí su silueta junto a la barra, sonriente, con la camisa oscura perfectamente planchada y ese aire de perfeccionismo que no abandonaba ni en su tiempo libre —por algo nos teníamos que llevar bien—. Al verme, levantó una mano y me sonrió de manera casi imperceptible.

—Qué raro que hayas tardado tanto —bromeó, mientras me ofrecía la copa que ya había pedido para mí.

—Negociaciones familiares —bromeé, tomando un sorbo del gin-tonic que siempre me sabía a gloria—. ¿Qué tal el resto del día?

Raúl se acomodó en el taburete, entrelazando los dedos como hacía siempre que quería decirme algo importante.

—He hablado con Irene —soltó sin ningún rodeo.

Me quedé con la copa suspendida en el aire, a unos centímetros de mi boca. Estuve a punto de dejarla con un movimiento brusco, pero para evitar miradas ajenas, me contuve.

—¿Y qué tenías tú que hablar con ella? —pregunté, no estaba celosa. Para nada.

—Tranquila, que no te he puesto los cuernos. —Se rio y me miró fijamente, levantando su copa—. Solo está obsesionada con que todo salga

perfecto. Ya sabes cómo es.

Quise reprochárselo, preguntarle por qué se sentía en la obligación de ser su confidente, de escucharla como si fuese la voz de su conciencia y tuviera que ayudarle en algo. Pero me mordí la lengua. No iba a darle el gusto de verme alterada. No por Irene.

—Supongo que te dijo que soy una inconsciente, que me paso la vida prometiendo cosas imposibles a nuestros clientes —ironicé, girando la copa entre mis dedos.

Raúl no sonrió.

—En realidad no fue tanto así… —respondió, encogiéndose de hombros—, solo está preocupada por los posibles riesgos. Y ya te lo dije, tiene parte de razón. A veces prometes las cosas demasiado pronto.

Lo miré con frialdad, no había venido a tomarme un rato libre para escuchar más el nombre de Irene.

—Y como buen director financiero, le das tu apoyo.

—No se trata de apoyarla a ella o a ti. —Su voz se suavizó, pero su mirada no perdió esa fuerza que lo caracterizaba. “Menudo sermón me está echando”—. Se trata de que entendáis que, si trabajáis juntas, el resultado puede ser mucho mayor que la suma de vuestras partes por separado.

Guardé silencio un instante, bebiendo un trago más largo. El amargor de la ginebra me ardió en la garganta.

—¿Sabes lo fácil que sería para mí? —murmuré, inclinándome hacia él para que me escuchara sin ningún problema—. Podría dejarla en evidencia, Raúl. Bastaría con que le recordara que podríamos perder a un montón de inversores por estar siempre en fase beta, por ejemplo. Que cada vez que vamos a firmar un contrato importante tenemos que retrasarlo porque ella insiste en que no está listo. Bastaría con girar las palabras para que pareciera que Irene es la que frena el crecimiento de TechNova.

Raúl arqueó una ceja.

—¿De verdad serías capaz de hacerlo?

Me quedé pensativa. Podía hacerlo, por supuesto. El discurso ya se formaba en mi cabeza con nitidez, tan real que podía escucharlo mientras lo pronunciaba delante de Martín y todo el equpo. Pero no. Eso no era lo que quería.

—No —respondí y solté un suspiro—. Porque no necesito humillarla para demostrar que yo tengo razón. Prefiero verla caer por sus propios

errores. Esa máscara de perfección terminará por romperse sola.

Raúl puso los ojos en blanco y me observó en silencio, como si buscara algo en mi expresión. Finalmente, bebió un sorbo de su copa y habló.

—Eres más lista de lo que a veces dejas ver, Elena.

—Y más paciente —añadí, aunque en mi interior sabía que la paciencia no era precisamente una de mis virtudes.

Después de convencerlo de que no haría nada, la conversación se desvió hacia temas más triviales, pero la imagen de Irene no me abandonó ni un segundo. Su mirada calculadora, sus correcciones frías, esa manera de hacerme sentir que siempre estaba equivocada… Todo ello se mezclaba con otra sensación, mucho más visceral, que no iba a reconocer en voz alta.

Me pregunté que estaría haciendo este momento, si también estaría preparando su maleta.

El silencio de casa me envolvió de inmediato al regresar a casa. Encendí una lámpara de pie y me descalcé, dejando los tacones en el pasillo. El olor del perfume de casa envolvió las paredes. Me serví una copa de vino y me dejé caer en el sofá.

La maleta esperaba junto a la pared, perfectamente cerrada y preparada. La miré durante un largo rato, sonriendo sin darme cuenta. Lisboa iba a ser decisivo, lo sabía. No solo para TechNova, sino también para nosotras dos. Sobre todo por esa maldita presentación en la que tendríamos que trabajar en cuanto llegáramos.

—No vas a olvidarlo, Irene —murmuré en voz baja, haciéndome ese juramento—. Haré que esta feria se te quede grabada en la cabeza para siempre.

El eco de mis palabras me devolvió una certeza que no esperaba. Más allá de la rivalidad, de los contratos, de los inversores…, había algo en mí que necesitaba desafiarla en otro nivel. Algo que ni siquiera yo era capaz de explicar del todo.

Apagué la luz del salón y me dirigí al dormitorio. El reflejo de la ciudad se filtraba por la ventana. Me tumbé en la cama con una sonrisa obstinada en los labios, consciente de que, pasara lo que pasara, Lisboa iba a marcar un antes y un después.

9

Irene

Tras una larga noche de insomnio, llegué a Lisboa con el cansancio pintado en los ojos y el bullicio de la feria impregnado en cada esquina del hotel donde nos alojábamos una gran parte de las empresas. Las maletas rodaban sobre el mármol pulido, y el murmullo de los idiomas distintos se entrelazaba como un tejido incesante con saludos, risas y el ruido de las herramientas mientras se preparaban los demás stands. Mi habitación estaba justo al lado de la de Elena. Lo descubrí al meterla llave, cerrar la puerta y escuchar su risa cristalina tras la pared, seguida de una conversación telefónica que parecía casi íntima, como si parte de nuestro trabajo y credibilidad no estuvieran en juego.

—Concéntrate, no tienes por qué estar pendiente de ella —me dije en voz baja, abriendo la maleta sobre la cama.

Doblé con cuidado la blusa blanca que había elegido para la presentación, la colgué en una percha y la observé con detenimiento, como si aquel gesto tan simple, pudiera mantenerme a salvo de la agitación que me provocaba estar tan cerca de ella. De saber que teníamos que trabajar codo con codo como si nada. Elena reía de nuevo, una carcajada que atravesó la pared con fuerza, dándome ganas de aporrear mi lado para que se callara. Sin embargo, apreté los labios y decidí ignorarla. Tenía demasiadas cosas en la cabeza: el software, los inversores, las palabras que debía elegir para llamar su atención…

Poco después, vestida con un impecable traje de pantalón y chaqueta, bajé al restaurante del hotel. El ambiente era cálido, impregnado del olor del vino mezclado con el pan recién horneado. Raúl, Martín y parte del equipo ya estaban instalados en una mesa apartada, charlando animadamente con copas de tinto en la mano. Desde mi lugar los veía gesticular, reír, trazar planes sobre servilletas. Yo, en cambio, escogí una mesa junto a la ventana, en un rincón discreto. Necesitaba silencio, un

espacio donde mis pensamientos no fueran interrumpidos por estrategias de última hora, que solo me añadirían más y más nervios.

Me serví un vaso de agua y hojeé distraída el menú, aunque en realidad mi estómago estaba cerrado por culpa de la incertidumbre. Entonces, sin pedir permiso, Elena apareció con su seguridad habitual. Traía en la mano una carpeta gruesa, repleta de papeles que parecían recién salidos de la impresora.

—Aquí estás —dijo con una sonrisa que me sonó demasiado calculada. ¿Me había estado siguiendo o algo?

Se sentó frente a mí antes de que pudiera objetar, dejando la carpeta sobre la mesa con un golpe seco.

—Tenemos que repasar la presentación. He preparado una estructura que nos hará ganar puntos de cara a los clientes potenciales —añadió, como si su plan fuese incuestionable.

La miré en silencio unos segundos, tratando de no dejarme arrastrar por el impulso de responder con sarcasmo. Su perfume, una mezcla de vainilla y cítricos, me envolvió antes de que pudiera apartar la mirada. Igual que ese fuego en sus ojos claros.

—¿De verdad? —repliqué, alzando una ceja—. ¿Te has atrevido a preparar tu sola todo sin contar conmigo?

Elena se recostó en la silla, cruzando las piernas con una naturalidad aplastante. La odiaba.

—Alguien tenía que adelantarse, Irene —comentó, cruzándose de brazos—. No podemos perder el tiempo con improvisaciones, nuestra conferencia es a primera hora de la tarde.

Abrí la carpeta y pasé las hojas con rapidez. Cada gráfico, cada frase, llevaba su sello personal, sin duda alguna. Apenas había espacio para mí, para las ideas que también había preparado estos días conforme el software iba completándose. Aquello no era una colaboración; era una imposición envuelta en su entusiasmo.

—No pienso aceptar un papel secundario en esto —dije, cerrando la carpeta sin más.

Elena frunció el ceño, fingiendo sorpresa.

—Nadie te está dando un papel secundario, Irene. Solo intento que vayamos en la misma dirección.

El cabreo se me instaló en la garganta como un fuego ardiente. Dejé el vaso intacto y me levanté, sin ni siquiera pedir algo para comer.

—No soy una sombra que adorne tu discurso. Si quieres que esto funcione, tendrás que entenderlo de una vez. Y trabajar conmigo.

Me giré hacia la salida, ignorando las miradas curiosas de los camareros y de un par de turistas en la mesa contigua. Apenas había salido del restuarante cuando sentí un tirón suave pero firme en mi muñeca. Elena me había seguido y, con un gesto rápido, me obligó a mirarla.

Nuestros ojos se encontraron de golpe. Su rostro estaba a pocos centímetros del mío, tan cerca que pude distinguir el brillo dorado de sus iris bajo la luz tenue del pasillo. Su mano en mi piel era cálida, segura, como si siempre hubiera estado destinada a estar ahí.

—Irene… —murmuró, con un tono de voz que no era habitual en ella. Sonaba más… íntimo.

No supe qué contestar. El corazón me latía con fuerza, cada latigazo retumbaba en mis sienes como un tambor. Mi mente me gritaba que debía apartarme, dar un paso atrás, recuperar el aire y la distancia, pero mi cuerpo permaneció quieto, prisionero de esa mirada que seguía pareciéndome como el fuego. Un peligroso fuego en el que podría acabar quemándome.

Sentí cómo el mundo alrededor se desdibujaba poco a poco. Las conversaciones del hotel se transformaron en un murmullo lejano, como olas que rompían contra una orilla invisible. El tintinear de las copas y el arrastrar de sillas se apagaron hasta convertirse en un eco difuso. Incluso el aroma de las tostadas y diferentes platos, tan presentes un instante antes, se volvieron irrelevantes. Todo lo que existía era la presión de su mano en mi muñeca, firme, cálida, y el calor que se expandía en oleadas por mi pecho hasta instalarse en la boca del estómago.

Mis dedos temblaban levemente, aunque intentaba que no se notara. Y, aun así, no podía apartar la vista de los suyos. Había en ellos un brillo extraño, una chispa que no era simple provocación. En esa mirada había algo más: una curiosidad peligrosa, una invitación velada que rozaba la línea de lo prohibido.

—Suéltame —gruñí, apretando los dientes. Sin embargo, no era la voz segura que utilizaba en las reuniones, ni la firmeza con la que defendía mis ideas. Era un ruego casi ahogado. Vulnerable.

Elena obedeció despacio, como si aquel gesto le costara un esfuerzo monumental, como si disfrutara de prolongar un segundo más ese contacto. La ausencia de su tacto me dejó una sensación de vacío inmediato, un frío repentino en la piel que aún conservaba su calor. No apartó la mirada. Permaneció frente a mí, erguida, con la barbilla ligeramente levantada, parecía que ya hubiera ganado una batalla. Sus labios apenas se curvaron en una sonrisa contenida, ambigua, como si hubiese descubierto algo que prefería guardarse para sí, un secreto que ahora compartíamos. Por mucho que yo no hubiera dado el consentimiento.

El silencio entre nosotras se volvió insoportable. Sentía mi respiración agitada, la sangre corriendo demasiado rápido bajo la piel. Todo mi cuerpo parecía haberse tensado en una cuerda que estaba a punto de romperse. Quise decir algo, cualquier cosa que me devolviera el control de la situación, pero las palabras no llegaron. Me giré de nuevo y caminé hacia el ascensor, con pasos firmes que intentaban esconder la turbulencia que me hacía temblar las piernas. Sabía que Elena me seguía con la mirada, lo sentía como una corriente invisible recorriéndome la espalda.

En el ascensor, apoyé la frente contra el espejo frío. Mis mejillas estaban encendidas, y el eco de aquella mirada aún palpitaba en mi interior. Cuando entré en mi habitación, el silencio me recibió como un bálsamo. Me dejé caer en la cama, con la carpeta de Elena aún en mis manos. La abrí de nuevo, obligándome a mirar las páginas que antes había despreciado. Tal vez su plan tenía lógica, tal vez su obsesión por liderar no era solo ambición, sino miedo a perder el control. Un sentimiento que yo conocía muy bien.

Cerré los ojos y recordé la presión de sus dedos. La calidez de su piel seguía grabada en la mía como una marca invisible. Y aunque intenté convencerme de que solo era un roce accidental, una chispa pasajera, en lo más hondo de mí, tenía muy claro que no lo era.

10

Elena

Después de verla marchar, caminé con paso firme, aunque en mi interior, el corazón me seguía bombeando a toda prisa, llevando la sangre por mis venas como si fuera una descarga eléctrica. El "desencuentro" con Irene había sido breve, un pequeño instante en comparación con el resto del mundo, pero lo suficiente como para dejarme con la piel erizada y una sonrisa que tuve que ocultar cuando escuché a Raúl llamarme desde el otro extremo del pasillo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó en cuanto me alcanzó, con una mirada que me decía que no iba a engañarlo tan fácil.

—Nada —contesté sin más. No iba a darle explicaciones, ni mucho menos admitir que lo que había ocurrido no había sido un problema, sino una chispa deliciosa que todavía me recorría el cuerpo.

—¿Segura? —insistió, ladeando la cabeza.

—Segurísima —repliqué, bajando la voz y encogiéndome de hombros —. No hay nada que contar.

Y era verdad. Nada que él pudiera entender, al menos. La tensión entre Irene y yo no era un asunto que pudiera reducirse a cifras, estrategias o planes de expansión. Era otra cosa. Una fuerza que me atraía, aunque me negara a reconocerlo. Algo que de vez en cuando él me había insinuado, aunque no pensara admitirlo en voz alta.

Me despedí de Raúl con un gesto rápido y continué hacia el ascensor. Al cerrarse las puertas frente a mí, me vi reflejada en el metal, con los labios ligeramente curvados y la mirada encendida. No pude evitar sonreír a solas. Lo que estaba pasando con Irene no era un obstáculo, era un juego, y yo pensaba disfrutarlo.

Llegué a la planta de nuestras habitaciones, pero caminé directa hacia la de Irene. Toqué una vez. Silencio. Dos veces. Nada. A la tercera, escuché

unos pasos contenidos al otro lado, y finalmente la puerta se abrió apenas unos centímetros.

Irene apareció con el cabello algo revuelto y un gesto de incomodidad en el rostro.

—¿Vas a trabajar conmigo o no? —pregunté, sin darle tiempo a hablar.

Su mirada osciló entre la sorpresa y el fastidio. Dudó un instante, como si estuviera considerando cerrarme la puerta en la cara. Pero, para mi alivio, se apartó.

—Pasa.

Entré con la seguridad de quien sabe que, en el fondo, no iba a ser rechazada, porque de esto, dependían muchas cosas. La habitación era amplia, con una cama de matrimonio perfectamente hecha y un pequeño espacio de ocio junto a la ventana: una mesa baja, un par de sillones y un mueble-bar discreto. Irene se movió hacia allí con paso decidido.

—¿Quieres vino? —preguntó sin mirarme, mientras descorchaba una botella que seguro había pedido que le trajeran para disfrutar a solas.

"Le he jodido el plan".

—Por supuesto —respondí, dejándome caer en uno de los sillones como si aquella fuese mi propia habitación.

Me sirvió una copa y otra para ella. Luego se sentó frente a mí, abriendo la carpeta con los documentos de la presentación. Durante un rato hablamos de TechNova, del software, de los detalles técnicos que debíamos recalcar y de los puntos en los que no podíamos fallar. Irene hablaba con la precisión de un reloj suizo, midiendo cada palabra, cada explicación acompañada de un gesto firme de la mano.

Yo asentía, a veces fingiendo estar más concentrada de lo que realmente estaba. Porque lo cierto era que lo que más disfrutaba no eran sus argumentos, sino la forma en que sus ojos se entornaban al pensar, el modo en que pasaba la lengua por sus labios cuando dudaba o cómo sus dedos rozaban de vez en cuando los míos al señalar una línea concreta del documento. Pequeños detalles que se colaban bajo mi piel, multiplicando la tensión con cada minuto que pasaba.

—El problema es que no podemos mostrar más de lo que realmente tenemos listo —decía ella, con esa seriedad que parecía su segunda piel.

Yo apenas podía escucharla. Me quedé enganchada en la forma en que la luz del hotel resaltaba el brillo de su cabello oscuro, o en cómo sus labios se fruncían al pronunciar ciertas palabras.

—¿Me estás escuchando, Elena? —preguntó de pronto, arqueando una ceja.

—Claro que sí —respondí con una sonrisa que buscaba un efecto que no debería ni de estar buscando—. Solo que me parece fascinante lo apasionada que te pones con todo esto.

Ella rodó los ojos y bebió un sorbo de vino, como si necesitara armarse de paciencia para soportarme. Pero yo vi el leve rubor que le coloreaba las mejillas. No lo admitiría jamás, pero algo de mi juego le afectaba.

Seguimos revisando la presentación, aunque el aire se volvía cada vez más espeso, cargado de algo que no tenía nada que ver con gráficos ni cifras. En un momento, nuestras manos se encontraron sobre el mismo folio. Ninguna de las dos se apartó al instante. El contacto fue breve, sí, pero suficiente para encender una llama muy potente dentro de mí.

El silencio que siguió se llenó de respiraciones contenidas. Me incliné un poco hacia adelante, con la excusa de alcanzar otro papel. Ella hizo lo mismo. Nuestras miradas se cruzaron en mitad del movimiento y, por un segundo, tuve la certeza de que estábamos a punto de borrar la distancia.

Un golpe seco en la puerta rompió la tensión como un cristal al hacerse añicos.

—Irene —la voz de Martín sonó clara al otro lado—. Necesito que bajes un momento. El equipo se reúne ahora en la sala pequeña del hotel.

Noté cómo el cuerpo de Irene se tensaba. Sus ojos se apartaron de los míos, y el hechizo se rompió.

—Claro —respondió, alzando la voz sin moverse de su sitio—. Enseguida bajo.

Yo sonreí, recuperando de golpe la ligereza que había perdido segundos antes.

—Muy bien, Raúl ya está buscando a Elena. Os esperamos abajo.

Nuestras miradas seguían ancladas.

—Tendremos que ir, ¿no? —dije, levantándome con calma y dejando la copa de vino medio vacía sobre la mesa.

Irene me lanzó una mirada fugaz, como si quisiera leer en mí alguna pista de lo que estaba pensando. Pero no dije nada más. Me limité a coger mis papeles, dispuesta a seguirla. Mientras caminábamos hacia la puerta, mi mente bullía. Lo que había ocurrido —o lo que casi había ocurrido— no era un simple accidente. El destino nos estaba empujando a un terreno que ninguna de las dos había planeado, pero que yo, en el fondo, deseaba explorar.

Justo cuando iba a abrir la puerta, Irene se detuvo un instante.

—Elena… —dijo, sin mirarme directamente—. Mejor que no comentemos lo del vino. No quiero que piensen que hemos estado aquí bebiendo en lugar de trabajar. Podría parecer… poco profesional.

Claro, era la excusa perfecta. Ese parecía siempre su refugio; la profesionalidad, la imagen, las normas… Me giré hacia ella despacio, y no pude evitar que una sonrisa se me escapara. No porque me molestara tener que fingir, sino porque yo sabía lo que de verdad estaba intentando esconder.

—Tranquila —respondí, disfrutando de cada palabra—. No pienso decir nada.

Y era cierto. No porque temiera la opinión del resto, sino porque lo último que quería era que compartieran lo que, para mí, había sido un momento íntimo. Ese secreto me pertenecía, y pensaba guardarlo como un tesoro.

Mientras ella abría la puerta y salíamos al pasillo, todavía llevaba esa sonrisa en los labios. Una sonrisa que Irene no alcanzó a interpretar, pero que yo entendía perfectamente. No estaba encantada de ocultar que habíamos compartido una copa. Estaba encantada de ocultar que habíamos compartido algo mucho más peligroso: un deseo que, poco a poco, se nos escapaba de las manos.

11

Irene

Otra vez no había pegado ojo. Me giré de un lado a otro de la cama incontables veces, incapaz de vaciar la cabeza. Por un lado, sentía la presión latente de la feria, la presentación que debíamos hacer, la sensación de que un solo error podía arruinar semanas de esfuerzo. Por otro lado, la cercanía de Elena el día de antes se quedó metida en mi memoria. Esa copa compartida, sus miradas insistentes, la forma en que parecía disfrutar colmando los límites de mi paciencia. Cada vez que cerraba los ojos, revivía ese instante, y el calor había recorrido mi cuerpo sin remedio.

Cuando por fin amaneció, ya estaba agotada. Me duché y me quedé bajo el agua un buen rato, como si esta pudiera arrastrar la inquietud que tenía dentro. Pero no funcionó. Al salir al pasillo, me encontré con parte del equipo; el plan era recorrer juntos los pabellones de la feria antes de la presentación que teníamos por la tarde.

Teníamos que saber contra quienes trabajábamos.

Lisboa bullía de actividad. Los pasillos de la feria eran un mar de voces en distintos idiomas, pantallas que proyectaban colores eléctricos y stands donde los competidores exhibían sus últimas innovaciones. Avanzábamos en grupo, tomando notas mentales, comentando estrategias, observando a los rivales con la atención de quien está a punto de hacer un movimiento de ajedrez.

Elena estaba demasiado cerca de mí. Cada vez que nos deteníamos frente a un expositor, encontraba la manera de colocarse a mi lado. Sus dedos rozaban los míos, como por descuido, y más de una vez dejó su mano descansar al lado de la mía durante un buen rato, como si no se diera cuenta. Pero lo hacía. Lo sabía. Y yo también.

—¿Has visto cómo integran la seguridad en tiempo real? —me susurró durante una de las conferencias, inclinándose hacia mí más de lo necesario.

Sentí su aliento rozar mi oído, un cosquilleo eléctrico que me obligó a tensar la mandíbula.

—Sí —contesté con sequedad, aunque la frialdad era solo una máscara. Dentro de mí, todo era un caos.

Cada vez que me sonreía suponía un reto. Me repetía que debía concentrarme en el trabajo, que lo esencial era demostrar la solidez de TechNova, de nuestro software, incluso de nuestro equipo. Pero Elena parecía empeñada en recordarme a cada instante que había algo más, algo que yo intentaba evitar por todos los medios.

La tarde llegó demasiado pronto. Nos esperaba la sala de presentaciones, repleta de asistentes; posibles inversores y competidores que nos observarían con ojo crítico. Respiré hondo y me preparé para salir al escenario.

Cuando las luces se encendieron sobre nosotras, el murmullo del público se volvió un zumbido lejano. Solo existía la certeza de que no podíamos fallar. Sentí la tensión en los músculos de mi espalda, el aire cargado de expectación, y, a pesar de todo, el miedo se mezclaba con una euforia que me hizo sonreír más de una vez.

Elena tomó la palabra primero. Su voz llenó la sala con esa seguridad que siempre viajaba con ella. Presentó a TechNova como una empresa joven, pero con una visión muy clara, la de transformar la manera en que los datos se procesaban para tomar decisiones en tiempo real. Desafió a empresas que ya habíamos visto. Su tono era firme, seductor, calculado para atrapar incluso al más escéptico de los presentes.

—Aquí no estamos para presentar un simple código —decía, moviéndose por el escenario con un dominio que parecía natural—, sino una forma distinta de pensar en la tecnología, en el futuro. Queremos enseñaros cómo la inteligencia puede anticiparse a los problemas, cómo la innovación no es un lujo, sino una necesidad para las empresas que quieren sobrevivir.

Yo recogí el testigo con el bloque técnico, con el software mismamente dicho. Respiré hondo antes de hablar, consciente de que mi terreno era menos brillante que el suyo, pero también más sólido. Conecté mi discurso a las gráficas que aparecían en la pantalla gigante.

—Nuestro software integra un motor de análisis predictivo capaz de procesar miles de variables en segundos. Eso significa que no solo mostrará

qué ha ocurrido en vuestros sistemas, sino que anticipa lo que puede ocurrir y os ofrece escenarios posibles para actuar antes de que el error se produzca realmente.

Mostré un ejemplo de simulación: un panel en el que los datos fluían a velocidad vertiginosa, y cómo, en cuestión de milisegundos, el software detectaba patrones anómalos en el tráfico de información.

—En un entorno corporativo, esto evita pérdidas millonarias por fallos en los servidores o ciberataques. En un hospital, puede significar detectar en tiempo real una anomalía en un equipo médico antes de que se ponga en riesgo una vida.

Algunos asistentes asentían, otros escribían con rapidez en sus portátiles. El murmullo se había extinguido; teníamos por completo su atención.

Elena me interrumpió con naturalidad, para subrayar lo que yo acababa de exponer.

—Lo que la señorita Salvat explica no es teoría abstracta. Imaginad una cadena de suministro internacional. Nuestro sistema puede anticipar retrasos logísticos, reconfigurar rutas de distribución y mantener las operaciones sin pérdidas. Hablamos de una ventaja competitiva real, no de promesas a futuro.

Me mordí el labio, conteniendo una sonrisa. Esa era su especialidad, la de traducir lo técnico a un lenguaje que cualquiera pudiera entender.

—En cuanto al resto —intervine—, hemos diseñado un sistema modular que permite integrarse sin choques con herramientas existentes. No requiere desmontar lo que ya tenéis; se adapta y aprende. Lo que hoy veis en pantalla es una versión funcional, con capacidad de escalar a medida que crece vuestra empresa.

Una nueva gráfica mostró el tiempo medio de respuesta del software: apenas unos segundos frente a los minutos —incluso horas en el peor de los casos— de otros competidores. La comparación fue un golpe certero, y lo supe porque varios inversores se inclinaron hacia adelante, interesados.

Elena retomó la palabra, dando ejemplos de cómo un banco podía detectar patrones inusuales en operaciones internacionales. Su voz transmitía confianza; yo la acompañaba con cifras, porcentajes de reducción de errores, gráficos comparativos con *benchmarks* de la industria.

Nos pasábamos el turno de habla con una fluidez que parecía ensayada, aunque en realidad era pura improvisación. Fue un baile perfectamente sincronizado, y lo supe en el instante en que nuestras miradas se cruzaron un par de veces sobre el escenario. Su brillo desafiante me mantenía alerta, pero también, contra mi voluntad, me empujaba a seguir hablando sin ningún temor.

Finalmente, activé la demo. La pantalla proyectó un flujo de datos reales simulando un ataque informático a gran escala. El software detectó la anomalía en segundos, aisló el nodo conflictivo y propuso tres soluciones automáticas. Todo ante los ojos del público. Hubo un silencio expectante, seguido de un murmullo que creció como una ola. Elena aprovechó el efecto dramático.

—Ya lo han visto. No hablamos de evitar errores después de que ocurran. Hablamos de predecir lo que pueda pasar. De ahorrar dinero, de ganar seguridad, de adelantarse al futuro.

Los aplausos comenzaron tímidos y luego estallaron con fuerza. La sala se llenó de asentimientos, de rostros atentos, de sonrisas de satisfacción. El corazón me golpeaba en el pecho con una euforia increíble.

Elena me lanzó una mirada en medio de los aplausos: una mirada triunfal, sí, pero también cómplice. Por un segundo, me pareció que todo el caos y “odio” que había entre nosotras desaparecía, y que solo quedaba esa extraña conexión que el mundo exterior interpretaba como profesionalidad.

Nos fuimos del escenario con el eco de los aplausos aún resonando. Raúl me palmeó el hombro, Martín estrechó mi mano con entusiasmo.

—Habéis estado impecables —dijo, con el orgullo poniendo una sonrisa en su cara—. Esto es lo que TechNova necesitaba. Deberíais trabajar más veces juntas —añadió.

Sentí cómo se me helaba la sangre. Antes de que pudiera contestar, Elena se adelantó.

—Estoy completamente de acuerdo —respondió con una sonrisa amplia, segura, que parecía brillar aún más bajo la luz del auditorio.

Yo me quedé sin palabras. La escuché marcharse con el resto, conversando animada, mientras yo permanecía en la puerta de la sala, atrapada en una maraña de emociones.

¿Acaso ella no veía lo que estaba pasando? ¿O lo veía demasiado bien, y disfrutaba de ese juego cruel? Me quedé allí, con el murmullo del

público apagándose en el fondo, y la seguridad de que algo dentro de mí estaba cambiando. No sabía si era miedo o deseo, quizá los dos. Lo único que tenía claro era que Elena se había convertido en un problema imposible de ignorar. La feria continuaba su bullicio más allá de esas puertas, pero para mí todo se había reducido a una sola pregunta que no podía encerrar tras una puerta: ¿cuánto tiempo más podría resistir antes de rendirme a sus encantos?

12

Elena

La música del pub nos envolvía de una forma particular, como si quisiera alejarnos del mundo que existía ahí fuera. Estábamos en un local estrecho, de techos bajos y paredes cubiertas con carteles descoloridos de conciertos pasados. Pero me gustó. Me gustó el perfume dulzón que acariciaba mi piel, como ese aroma a alcohol que era capaz de llenar tus sentidos. Afuera, Lisboa se extendía iluminada y vibrante, pero dentro parecía que el tiempo se había detenido en una noche eterna.

El equipo y yo llegamos felices, animados después de la conferencia, con esa euforia que se expande dentro de ti al saber que has hecho un buen trabajo y que esto te va a traer contratos futuros. Martín, sentado a un extremo de la mesa, bromeaba con Raúl sobre algunos fallos que habían tenido otras empresas. Sara, risueña, enseñaba en su móvil algunos vídeos cortos que había grabado del escenario. Yo, en cambio, tenía los ojos fijos en Irene.

Ella se mantuvo un poco apartada, al menos al principio. Estaba sentada, con la espalda recta y una cerveza en la mano. No sonreía mucho —por alguna razón parecía fuera de su elemento—, pero cuando lo hacía conectaba conmigo de una manera que no sabía explicar. Una manera en la que me daban ganas de empujarla a un abismo solo para verla perder ese control constante que formaba parte de ella.

Las copas comenzaron a multiplicarse en la mesa. Cerveza para unos, vino para otros, un par de cócteles que aparecieron sin que nadie los pidiera. Yo bebía deprisa, quizá demasiado, pero no me importaba, estaba aquí para disfrutar del éxito. Había una adrenalina distinta a la de los negocios recorriéndome las venas, un pulso eléctrico que me empujaba a provocar a esta mujer, una y otra vez.

—Brindemos por nuestra primera victoria conjunta —dije, alzando mi copa y mirando directamente a Irene.

Ella dudó un segundo antes de chocar el cristal de su copa con la mía.

—Por TechNova —respondió, con una corrección y serenidad que parecía incrustada en su ADN.

Pero en ese momento, yo vi otra cosa; sus labios curvados en esa sonrisa que se le escapó sin pedir ningún permiso.

—Pues no te queda mal… —murmuré, me incliné hacia ella, lo bastante como para que solo me oyera a mí, y dejé que el aliento impregnado de cerveza llegase hasta ella—. Lo de sonreír cuando estás tranquila.

Irene frunció el ceño, y sus ojos buscaron los míos como si dentro de ellos pudiera ver algo. En los suyos, vi desconcierto. Y eso me divertía. Mucho.

—Estás bebiendo demasiado, Elena.

—Tal vez. O tal vez necesito desinhibirme un poco para soportar esa rigidez que no te quitas ni después de haber triunfado.

Noté cómo los músculos de su mandíbula se tensaban, pero esta vez no se apartó. Y eso, en ella, era un signo de rendición parcial. Un pequeño resquicio por el que me había colado sin que Irene se diera cuenta.

El bullicio a nuestro alrededor crecía; había risas, golpes de vasos contra la mesa, la música elevándose y acariciando las paredes por todas partes. Sin embargo, yo solo la veía a ella, con esa blusa clara que parecía iluminar la penumbra del local, con ese mechón rebelde que guardaba de vez en cuando detrás de la oreja.

Me atreví a rozarle la mano en más de una ocasión. Fingí que había sido casual, aunque ambas teníamos claro que no era así. Sentí un escalofrío recorrerme el brazo, y en ese momento, me di cuenta de que quería más.

—Deberías dejarte llevar de vez en cuando —murmuré, casi como una confidencia.

—¿Y acabar como tú? —replicó, con un destello de ironía que me arrancó una carcajada.

La carcajada se transformó en una risa sincera, una risa que hacía tiempo no se escapaba de mis labios con tanta naturalidad. Irene me miró sorprendida, y entonces ocurrió lo que jamás habría pensado: se echó a reír también. Fue breve, pero suficiente para que yo la viera diferente. No como la jefa rígida, no como la rival que me quitaba el honor de cerrar los contratos a mi manera. Sino una mujer, con los labios curvados en un gesto

que podía volverse adictivo. Y que quería borrarle a base de unos cuantos besos.

Las horas se deslizaron sin que me diera cuenta. Íbamos de copa en copa, de comentario en comentario, con frases que oscilaban entre el reproche disfrazado y la complicidad inesperada. Me descubrí observando la forma en que se pasaba la lengua por los labios al beber, el modo en que sus dedos acariciaban distraídos el cristal de su copa, los destellos dorados de sus ojos cuando reía.

De pronto, el resto del equipo parecía disolverse. Martín seguía allí, Raúl hablaba con Sara, pero para mí no eran más que un murmullo de fondo. Todo giraba alrededor de Irene.

—Nunca pensé que fueras capaz de esto —le dije en un momento, cuando nuestras cabezas quedaron demasiado cerca como para respirar de su propio aliento.

—¿De qué? —su voz era más… delicada, como si el alcohol hubiera aflojado sus defensas.

—De compartir una copa conmigo sin lanzarme un reproche.

—No cantes victoria todavía. —Sonrió, pero en su sonrisa había un gesto que me atrajo todavía más.

Un gesto que me hizo temblar, incluso más que nuestras pasadas discusiones. Por un instante me vi tentada a decirle lo sexy que estaba, lo bien que me hacía sentir ese atisbo de complicidad. Pero me tragué las palabras, porque sabía que si las soltaba, no habría marcha atrás.

El pub se fue vaciando poco a poco. Las luces se volvieron más tenues, la música empezó a apagarse, mientras yo estaba con la barbilla apoyada en la mano, mirándola, buscando cualquier excusa para retenerla allí.

—Mañana tenemos otro día largo —me recordó, levantándose despacio.

La seguí con la mirada, sintiendo un vértigo extraño.

—Lo sé. Pero no digas que no lo has pasado bien.

Ella se detuvo, me miró con los labios entreabiertos, como si quisiera negarlo, pero la verdad brillaba en sus ojos.

—Ha estado… bien —admitió, bajando la voz como si temiera que alguien más la oyera.

Ese “bien” fue un triunfo. Pequeño, pero mío.

Caminamos de regreso al hotel con el resto del equipo, aunque yo apenas escuchaba sus conversaciones. Lo único que recordaba era la imagen de Irene riendo conmigo, el calor de su mano cuando la había rozado, el brillo suave de su mirada cuando se permitió bajar la guardia. Mientras subíamos en el ascensor, nuestras miradas se cruzaron otra vez. Y comprendí que algo había cambiado. Que ya no podía verla solo como mi rival. Que, aunque no lo admitiera ni ante mí misma, empezaba a verla como una mujer. Peligrosa, aditivita, tan tentadora que me hizo sonreír en silencio mientras las puertas se volvían a abrir frente a nosotras.

13

Irene

El pasillo estaba en silencio, iluminado solo por la luz amarillenta de las lámparas que colgaban del techo. Caminaba despacio, moviendo la tarjeta de mi habitación entre mis dedos, intentando que el eco de las risas en el pub, de su mirada en el ascensor, no me persiguieran. Había bebido lo suficiente como para sentir el calor recorriéndome las mejillas, pero no tanto como para perder el control de mis pensamientos. O al menos eso quería creer.

Al llegar frente a mi puerta, introduje la tarjeta, lista para encerrarme en mi propio mundo y olvidar por unas horas la tensión que había ido creciendo entre nosotras. Pero entonces escuché su voz.

—¿Ya te vas a dormir?

Me giré y la miré, apoyada contra la pared del pasillo, con la chaqueta desabrochada, la piel perlada por una fina capa de sudor, los ojos brillantes por el alcohol y esa sonrisa ladeada que me había hecho temblar más de una vez.

No pensaba reconocerlo, por supuesto.

—Es tarde —respondí, intentando que mi voz no delatara los nervios que me estaba provocando.

Ella dio un paso hacia mí, lo justo para ver cómo el abismo que nos separaba se reducía poco a poco. La distancia se volvió peligrosa, y yo, que había jurado no dejarme arrastrar, cometí la estupidez más grande del universo. La insensatez que iba a cambiarlo todo.

La besé.

No encontré explicación, ni hubo preámbulos. Simplemente pasó. Nuestros labios se encontraron con una urgencia que parecía haber estado esperando el momento exacto para liberarse. Elena me correspondió con una intensidad inesperada, con su boca buscando la mía, atrapándola, profundizando el beso con un hambre que me ardió por todo el cuerpo.

El sonido leve de nuestras respiraciones llenó el pasillo vacío. Cuando sus manos se apoyaron en mi cintura, temblé, y no precisamente por el frío, sino por el calor súbito que me empezó a recorrer entera, el mismo que me empujó a olvidar mi alrededor, absolutamente todo, salvo el roce de su cuerpo contra el mío.

Abrí la puerta casi a ciegas, sin apartarme de sus labios, y la arrastré conmigo hacia el interior de la habitación. La puerta se cerró de golpe, aislándonos del resto del mundo.

Elena se rio, acariciándome con ese sonido la piel.

—No pensé que fueras tú la que daría el primer paso.

—Cállate —gruñí de buena gana, y volví a besarla, más profundamente, como si quisiera borrar cualquier palabra entre nosotras.

La empujé contra la pared y sus manos se aferraron a mis hombros. Sentí la dureza de su cuerpo contra el mío, su respiración acelerada rozando mi cuello cuando se apartó apenas un instante para mirarme a los ojos. Había algo en esa mirada, un brillo entre reto y deseo, que me hizo perder el poco control que todavía conservaba.

Sus dedos recorrieron mi brazo, subieron lentamente hasta mi mejilla y me obligaron a sostenerle la mirada. Luego se inclinó y me besó con una dulzura que contrastaba con la fiereza de segundos antes. Una dulzura que me hizo suspirar, incluso más que cualquier provocación.

Comenzamos a movernos torpemente hacia la cama, entrelazadas, sin querer separarnos ni un segundo. Mis manos se aferraron a su blusa, tirando de ella hasta sentir cómo el botón de mi pantalón se habría ante mi impaciencia.

Elena movió sus labios por mi mandíbula, bajando hasta mi cuello. Un gemido se escapó de mi garganta, breve, involuntario, y me odié por no poder contenerlo. Pero al mismo tiempo, la sensación de su boca recorriéndome la piel era tan intensa que supe que no quería resistirme.

Caímos sobre la cama, primero ella, luego yo encima, y nuestras risas nerviosas se mezclaron con la urgencia de querer devorarnos. Sus manos se colaron bajo mi ropa, acariciando mi espalda desnuda con movimientos lentos, deliciosamente calculados. Era como si supiera exactamente dónde hacerlo, dónde presionar, dónde dejar que el calor creciera hasta volverse insoportable.

Me incorporé lo justo para mirarla, para contemplar el desorden de su cabello, la forma en que sus labios húmedos me buscaban incluso cuando se paraba de vez en cuando. Joder, era preciosa, y me dolía admitirlo porque había pasado meses convenciéndome de lo contrario.

Elena sonrió al verme tan cerca, sin la necesidad de pronunciar una sola palabra para decir lo que pensaba. Entonces me atrajo hacia ella y nuestras bocas volvieron a encontrarse, hambrientas.

Sentí sus manos recorriendo mis costados, deslizándose hasta atrapar la tela de mis bragas. Con un gesto decidido, se coló entre mis muslos. El contacto de sus dedos me arrancó un estremecimiento. No era solo el deseo físico; este se había mezclado con miedo, al saber que estábamos cruzando una frontera que ya no tenía vuelta atrás.

Mis dedos se movieron rápido para desnudarla. La besé en el hombro, en el pecho, en cada espacio que se ofrecía a mis labios. Ella respondió con caricias más firmes, con un murmullo de placer que encendió aún más la atmósfera. El cuarto se llenó del sonido de nuestras respiraciones, de los suspiros que se escapaban entre beso y beso.

Cuando finalmente nuestras pieles se encontraron sin barreras, y tomó mi sexo, entrando dentro de mí, un escalofrío me recorrió entera. La calidez de su cuerpo contra el mío, la manera en que me sostuvo como si yo fuera a romperme… todo me hizo olvidar cualquier rastro de cordura.

Me entregué. La besé con furia, con la certeza de que ya no había marcha atrás. Sus labios recorrieron mi cuello, mis clavículas, bajando con lentitud provocadora. Cerré los ojos y dejé que las sensaciones me arrastraran mientras me follaba, que el tiempo dejara de existir.

Sentía cada caricia como el mismo fuego. Cada beso, pareció recordarme lo mucho que me había negado al deseo de que me devorara. Y cuando supe que ya no podía contener más la tensión acumulada, un gemido profundo escapó de mi pecho, liberando todo lo que había guardado durante demasiado tiempo.

Perdí la noción del tiempo. Podrían haber pasado minutos o una eternidad. Solo sé que, cuando finalmente me dejé caer a su lado, con el pecho aún agitado y la piel ardiendo, supe que algo irreversible había sucedido.

Elena se giró hacia mí, todavía sonriendo, y me acarició suavemente la mejilla.

—Así que era esto lo que escondías detrás de tanta frialdad —susurró.

La miré, sin saber qué responder. Parte de mí quería negarlo, poner distancia, inventarme cualquier excusa. Pero otra parte —la más honesta— solo quería quedarse así, sintiendo su calor junto al mío.

—Cállate —le pedí.

Me acerqué y la besé una vez más, despacio, como si ese beso fuera la firma de un pacto silencioso. No había palabras suficientes para explicar lo que había pasado. Ni tampoco para negar que lo volvería a repetir. En ese instante, mientras la noche de Lisboa se filtraba por la ventana y el mundo quedaba reducido a la intimidad de aquella cama, entendí que ya no éramos rivales. Éramos algo mucho más complicado, mucho más peligroso… y quizá mucho más hermoso.

14

Elena

El tren avanzaba con un traqueteo monótono que no hacía sino acrecentar mi dolor de cabeza. Había inventado una excusa absurda para el equipo —una reunión con un cliente de última hora, urgente, imposible de delegar en alguien o cambiarla para otro día— solo para escapar antes de tiempo de la feria. Necesitaba silencio, distancia, aire. Aunque en realidad nada de eso me lo iba a dar un viaje a toda prisa de vuelta a la ciudad.

La resaca me martilleaba en las sienes, pero no era el alcohol que pudiera quedar en mi sistema lo que me tenía de los nervios. Era ella. Irene. Todavía tenía fresco el sabor de su boca, su piel pegada contra la mía, la forma en la que había sido ella, no yo, quien rompió las distancias primero. Una insensatez por su parte que me había dejado sin defensa alguna

"Como si tú no lo estuvieras deseando", me reproché.

Cerré los ojos y apoyé la frente contra el cristal frío de la ventanilla. No quería pensar, pero mi mente volvía una y otra vez al mismo instante; el beso antes de entrar en su habitación, el temblor de su voz cuando me habló entre susurros, la manera en la que me arrastró hasta su cama y me devoró entera.

Una parte de mí se alegraba, lo tomaba como una victoria en un juego de dos; pero la otra, la más peligrosa, lo sentía como un punto de no retorno que podría afectar a los próximos contratos de TechNova.

El móvil me sonó en el bolso. lo saqué con desgana, esperanzada porque no fuera Raúl o alguien del equipo, y al ver el nombre de mi tía Martina en la pantalla, suspiré de alivio. Me llegaron tres mensajes, todos con esa simpatía y urgencia que tanto la caracterizaba.

Martina:
Sobrina perdida, ¿todavía estas viva o te has encerrado en tu castillo empresarial?
Tengo una exposición en dos semanas, ¿quieres venir a Valencia? Te necesito para darme tu opinión sincera.
Y dime de una vez cómo estás, que no me vale el 'todo va bien' de siempre.

—Si le digo lo que hice anoche, me mata —susurré para mí.

Mi tía era así: intensa, directa, imposible de ignorar. Pero yo no tenía fuerzas para contestar más de lo justo en este momento.

Me anoté mentalmente llamarla por la noche —seguro que luego no lo haría—.

Yo:
Estoy bien, tía. Ha sido una semana dura. Te llamo pronto para contarte las últimas novedades.

Mentí a medias, y lo envié sin pensar demasiado antes de guardar el teléfono otra vez. No quería hablar con ella en este momento. La única persona con la que necesitaba desahogarme era Paula.

Las horas siguientes se me hicieron eternas, hasta que llegué a la ciudad y pedí un taxi que me llevó a nuestra cafetería de siempre. El local estaba tranquilo, con el murmullo constante de las tazas y el aroma a café recién molido impregnando el aire. Me quedé observando las mesas de madera clara, las lámparas colgantes, los ventanales amplios que dejaban entrar la luz de la tarde…

Paula ya estaba allí, con su portátil abierto y una carpeta llena de bocetos a su lado. Me levantó la mano en cuanto me vio y su sonrisa me dio un respiro que no sabía que necesitaba.

—¡Menos mal! —exclamó, cerrando de golpe el ordenador—. Pensaba que me ibas a dejar tirada.

—No se me habría ocurrido —respondí, dejándome caer en la silla frente a ella—. Necesitaba verte.

Pidió dos cafés sin preguntarme, como siempre. Yo la observé mientras hablaba con el camarero, tenía la melena corta desordenada de tanto pasarse los dedos mientras trabajaba. Era mi amiga desde hacía años, y aún me sorprendía lo fácil que era estar a su lado. Como si fuera la hermana que nunca llegué a tener.

—¿Cómo ha ido la feria? Has vuelto pronto. Pensé que lo haríais mañana —dijo en cuanto volvió a mirarme, entusiasmada—. Me muero de rabia por no haber podido ir, pero los retoques del diseño de la interfaz me han tenido secuestrada.

—Fue bien, la verdad. No me quejo —contesté, demasiado rápido, sin poner mucho interés en mis palabras—. Tampoco tenía mucho que hacer

después de la conferencia. Hay trabajo que adelantar.

—¿Bien? —Paula frunció el ceño—. Elena, lleváis semanas deseando estar en esa feria. No me vengas con un "bien" como si hubieras ido al supermercado.

Sonreí con nerviosismo, jugueteando con la cucharilla del café. No quería hablar de clientes, ni de contratos, ni siquiera del éxito de la demo del software. Lo único de lo que quería pronunciarme era de otra cosa. Aunque me estaba costando un mundo encontrar las palabras justas.

—Es que… pasó algo —solté, y después carraspeé.

Paula me miró en silencio, expectante.

—Con Irene —adivinó. Joder ¿tanto se me veía en la cara?

No había necesitado añadir más para que pronto dedujera lo que había pasado de verdad. Sus ojos se abrieron de par en par, y enseguida se inclinó hacia mí, casi derramando su café.

—No. No puede ser. —Se llevó la mano a la boca, pero la risa le brotó igual. Se descojonó en mi cara—. ¡Al final has caído en sus encantos!

—No lo digas así… —murmuré, incómoda.

—¡Claro que sí! —golpeó suavemente la mesa—. ¿Cuánto tiempo llevaba viéndote gruñir cada vez que la mencionabas? Ya sabía yo que detrás de tanta rabia había otra cosa. Y tú me decías que no, que era imposible, que no había química entre vosotras, bla, bla bla…

—No fue planeado ¿vale? —la interrumpí, notando el ardor subir por toda mi piel—. No era eso precisamente lo que quería cuando esta guerra empezó. Pero anoche bebí demasiado y… pasó.

Paula me sostuvo la mirada, se puso seria y me apuntó con el dedo.

—Pasó, y te gustó. ¿A que sí?

Me quedé callada. No podía negarlo. Sí, me había gustado. Me había gustado demasiado. El problema era que no tenía idea de lo que eso significaba, o pudiera llegar a significar.

—Vale, vale. Irene me atrae —confesé intentando que no se me oyera más de lo que quería—. Mucho más de lo que pensaba. Pero no estoy segura de que sea buena idea.

—¿Por qué? —Paula apoyó la barbilla en la mano, analizando mis gestos como si fuera a leerme entre líneas—. ¿Porque es tu compañera de trabajo? ¿Porque compite contigo? ¿O porque tienes miedo de lo que pueda pasar si te dejas llevar?

Suspiré.

—Porque esto empezó como una rivalidad. Una puñetera guerra de egos, para demostrar quién es más lista, más rápida, más imprescindible. Y ahora… —Me froté la frente, como si eso pudiera ordenar mis pensamientos—, ahora siento que he perdido el control.

—Eso no te lo voy a discutir. Habéis tirado una buena jugada. —Paula sonrió con ternura, aunque sus ojos tenían un brillo cómplice—. Aunque yo soy de pensar que, a veces, perder el control es justo lo que necesitas en la vida.

—No hables como mi tía Martina, por favor —repliqué, esbozando una media sonrisa.

—Tu tía sabe mucho de la vida —respondió entre risas—. Pero, hablando en serio, ¿qué vas a hacer?

Me encogí de hombros, porque no tenía respuesta para eso. Y ese silencio fue más elocuente que cualquier explicación.

****

La conversación derivó hacia otros temas, el diseño que Paula estaba ultimando, las pequeñas cosas cotidianas que siempre logran restarle peso a lo importante. Pero, incluso mientras reíamos, la imagen de Irene volvía una y otra vez a mi cabeza. Su piel. Su risa nerviosa… La forma en que me había mirado justo antes de besarme, como si hubiera tomado una decisión que llevaba meses gestándose en silencio.

Al despedirme de Paula, ella me abrazó con fuerza y susurró:

—No lo pienses tanto, Elena. Lo peor que puede pasar es que descubras algo de ti que no esperabas.

Caminé de regreso a casa con esas palabras rebotando contra las paredes de mi mente. El aire de la ciudad era húmedo, cargado de promesas y advertencias. Y aunque trataba de convencerme de que aquello había sido un error, de que lo mejor sería enterrarlo bajo la profesionalidad y el silencio de los pasillos de TechNova, una parte de mí sonreía. Porque había algo que no podía negar: Irene me había hecho sentir viva de un modo que no recordaba en mucho tiempo.

Y quizá, solo quizá, nuestra rivalidad era una guerra que ya no me interesaba ganar.

15

Irene

Desperté con la claridad del día filtrándose por las cortinas del hotel. La primera sensación fue extrañeza: la habitación estaba en silencio, demasiado vacía, demasiado fría para lo que recordaba de la noche anterior. Me giré hacia el otro lado de la cama, esperando encontrar la silueta de Elena mientras dormía, con el cabello revuelto sobre la almohada, una leve señal de que todo aquello no había sido un espejismo. Pero no había nada. Ni rastro de eso, ni tampoco de ella.

El corazón me dio un vuelco, como si hubiera esperado algo distinto y, al no hallarlo, me sentí ingenua. Busqué sobre la mesilla, entre los papeles, incluso en el suelo, por si hubiera dejado una nota. Nada. Ni un gesto, ni un recuerdo material que probara que lo que habíamos compartido también había significado algo para ella.

Una punzada de decepción me atravesó el pecho. Me senté en la cama, con la sábana aún enredada en mis piernas, intentando asimilarlo. Tal vez había sido un error. Tal vez para ella no fue más que un desliz provocado por el alcohol y la tensión del momento. Me mordí el labio con fuerza. No quería darle vueltas, pero no pude evitarlo.

Ni siquiera sabía por qué me lo tomaba así.

El sonido del móvil vibrando en la mesita de noche me sacó del ensimismamiento. Era un mensaje de Martín:

> **Martín**:
> Elena ha regresado antes a la ciudad. Tenía una reunión de última hora con un cliente importante. ¿Desayunamos? El resto del equipo ya está en la cafetería del hotel.

Lo releí varias veces. La explicación era lógica, incluso previsible, pero no me la creí del todo. Había algo en la manera abrupta en que se había esfumado que no me cuadraba. Y, sin embargo, no fui capaz de responderle. Guardé el teléfono, me duché, y traté de recomponerme para pasar el día con el equipo como si nada hubiera ocurrido.

Al día siguiente regresé a la oficina. El bullicio de siempre me recibió, con el sonido de los teclados repiqueteando, las conversaciones cruzadas, el murmullo de las impresoras y el zumbido de los servidores en la sala contigua. No había nada fuera de sitio, como si Lisboa hubiera sido solo un paréntesis.

Me encerré en mi despacho con Sara, que me puso al día de los avances en el software. Había pulido parte de los detalles que habíamos discutido y mejorado la estabilidad de la última versión. La escuché con atención, agradecida de tener un punto de apoyo firme, algo que se mantuviera inalterable. Y al parecer, llegaríamos a los plazos.

Lo cuál era una gran victoria.

—He ajustado los tiempos de respuesta del algoritmo predictivo —me explicó, con ese entusiasmo especial que siempre la acompañaba—. Ahora es capaz de procesar series más largas sin caer en errores de cálculo.

—Perfecto —asentí, revisando sus gráficos—. Esto nos dará más margen a la hora de terminar con el resto.

Conversamos sobre detalles técnicos, probamos algunas simulaciones en su ordenador, incluso compartimos una sonrisa cómplice al comprobar que la nueva interfaz, diseñada por Paula, se integraba con fluidez. TechNova tenía un equipo impecable, un equipo del que nunca había dudado. Salvo de una mujer.

Durante unas horas conseguí olvidarme de lo que había sucedido. Hasta que escuché sus pasos.

La puerta de mi despacho se abrió con un golpe suave y Elena apareció. Llevaba entre manos unos documentos, que dejó sobre mi mesa sin preámbulos, ni dedicarme un saludo, algo en su mirada que me hiciera pensar que compartíamos un secreto.

—Estos son los datos contrastados de que la interfaz va rodada —dijo, con la voz neutra, casi impersonal.

Me quedé mirándola, intentando descifrar algo en sus gestos. Pero su rostro era una máscara impecable, profesional, como si la noche en Lisboa jamás hubiera existido. Me habló con una frialdad que me chocó y, ¿por qué no admitirlo?, me dolió bastante.

—¿Eso es todo? —pregunté, sin poder evitar la dureza en mi tono.

Elena alzó una ceja, desconcertada por mi reacción.

—¿Qué más esperabas?

Las palabras salieron de mi boca antes de que pudiera detenerlas.

—Esperaba que no te fueras como si nada. Que no desaparecieras del hotel sin decir una sola palabra.

Vi cómo sus ojos se estrechaban, cómo su postura cambiaba apenas un milímetro, lista para defenderse en mitad de este silencio frío.

—Así que eso es lo que querías —añadí, con un nudo en la garganta —. Meterme en la cama y volver como si nada a esta absurda guerra que tú empezaste.

Su risa, seca y breve, me atravesó como un latigazo.

—En la cama me metiste tú, Irene —replicó, inclinándose hacia mí—. ¿O ya te has olvidado?

El calor me subió por el cuerpo. Y no por culpa de la vergüenza. Más bien era una rabia incontenible, mezclada con confusión, un remolino de emociones que no podía controlar.

—No te atrevas a darle la vuelta —le espeté, poniéndome de pie—. Fuiste tú quien lo buscó desde el principio, con tus provocaciones, con esa sonrisa que no sabes disimular.

—¿Provocaciones? —alzó la voz, y por un instante temí que alguien al otro lado de la puerta pudiera escucharnos—. No te hagas la víctima, Irene. Lo que pasó fue porque las dos quisimos.

Sus palabras me golpearon de lleno. Sí, las dos lo quisimos. Y quizá por eso me jodía tanto su indiferencia de ahora.

—Entonces dime, Elena —pregunté, mirándola fijamente—, ¿qué significó para ti? ¿Nada? ¿Un simple capricho?

Ella apretó la mandíbula, como si la pregunta la incomodara, entreví algo en su expresión, pero no fui capaz de deducir el qué. Era una experta en mostrar frialdad, eso desde luego. Sus ojos se clavaron en los míos, desafiantes, pero había un destello en su mirada que no conseguía esconder: duda, vulnerabilidad, tal vez incluso miedo.

—No busques darle un sentido que no tiene —replicó con frialdad—. Fue una noche, nada más. Lo pasamos bien, y punto.

Su tono pretendía ser seguro y firme, pero la vacilación en la última palabra me reveló lo contrario. Yo di un paso hacia ella, incapaz de contener la oleada de confusión que me recorría.

—¿Y punto? —repetí, con un sabor amargo en la boca—. ¿A eso vas a reducirlo todo? ¿Crees que puedes acostarte con alguien después de jugar

con esa persona, y dejarlo estar?

Elena apretó los labios, se sentía juzgada y me di cuenta enseguida. Bajó la vista durante un segundo, apenas un parpadeo de fragilidad, y luego volvió a ponerse recta y dejar un mechón tras su oreja, como si con esa pose recuperara el control.

—No podemos permitirnos mezclar las cosas —respondió, tragó saliva y apenas se inmutó—. Te recuerdo lo que está en juego.

—Claro… supongo que esa es tu especialidad… —sentí la risa amarga querer escaparse de entre mis labios. Pero pude retenerla sentí una risa amarga escapar de mis labios—. Me había olvidado lo mucho que te gusta jugar con la gente —añadí, y volví a mi butaca—. Pero te recuerdo, que ya hemos mezclado las cosas.

Afuera, en el pasillo, alguien pasó hablando por teléfono, ajeno a la tormenta que se libraba dentro de mi despacho. Yo apenas podía respirar.

Durante unos segundos interminables, nos quedamos frente a frente, midiendo nuestras fuerzas como tantas otras veces, pero con un trasfondo distinto, más íntimo, más vulnerable. Quise gritarle que me había hecho sentir viva, que no podía borrarlo con un simple gesto de indiferencia. Pero no lo hice.

Fue ella quien rompió la tensión. Recogió los documentos con brusquedad y, sin mirarme, dijo:

—No pienso seguir esta discusión.

Se dio media vuelta y salió de mi despacho, cerrando la puerta con un golpe seco. Yo me eché hacia atrás, con el pecho ardiendo y las manos temblorosas.

La frustración me dejó sin aire. Porque lo que más me dolía no era la discusión en sí, ni siquiera sus palabras. Lo que más me dolía era haber descubierto que la guerra que manteníamos tenía un campo de batalla mucho más amplio, uno en el que no estaba segura de querer pelear.

Me quedé allí, sola, escuchando el eco de mis propios pensamientos. Y comprendí que, por mucho que intentara ignorarlo, ya nada sería igual.

16

Elena

Después de la discusión con Irene, supe que necesitaba aire. No solo espacio físico, sino distancia mental, una pausa que me permitiera ordenar las ideas antes de que todo se escapara a mi control. La oficina se había vuelto una especie de lleno de minas. Cada mirada, cada cruce de palabras, llevaba una carga explosiva que yo misma había contribuido a crear. Y lo peor de todo era que, por más que intentara disimularlo, la imagen de Irene en su despacho, con la decepción clavada en su mirada, no dejaba de perseguirme.

Así que tomé una decisión precipitada —más por instinto que otra cosa— y me subí a un tren rumbo a Valencia. Ni siquiera avisé a mi tía Martina, aunque sabía que aquello significaba arriesgarme a llegar y encontrarme con la puerta cerrada. Pero la idea de verla, de refugiarme en su mundo libre de etiquetas, me resultaba más que necesaria. Además, seguro que agradecía que hubiera aparecido por allí para ayudarla con el tema de la galería.

Cuando llamé al timbre de su taller, la sorpresa en su rostro fue una recompensa instantánea. Mi tía, con las manos manchadas de pintura y el cabello recogido de cualquier manera, me abrazó con la intensidad de todos los meses que habíamos pasado sin vernos.

—¡Pero mira quién aparece sin avisar! —exclamó, apartándose apenas para mirarme de arriba abajo—. Has adelgazado, Elena. ¿Qué coño te están haciendo en esa empresa?

Sonreí, sin fuerzas para negarlo. Había perdido peso, horas de sueño y, lo que más me preocupaba, claridad mental.

—Nada que no pueda arreglar con tu cocina, tu arte y un poco de vino —respondí, intentando que el cansancio sobre mis hombros, apenas se notara.

Martina rio y me hizo pasar. El taller estaba, como siempre, invadido por lienzos a medio terminar, pinceles en vasos de cristal y un olor a trementina que se mezclaba con el de las flores frescas que siempre tenía en un rincón. Me sentí en casa. Tal y como me había sentido desde que mis padres murieron y ella me cuidó.

No tardamos en ponernos a trabajar en lo que me había pedido. Ella tenía que elegir qué cuadros ocuparían la zona principal de la galería en la próxima inauguración, y aunque fingía tenerlo todo bajo control, la conocía lo suficiente para saber que la indecisión la estaba devorando. Pasamos horas moviendo lienzos de un lado a otro, discutiendo colores, luces, atmósferas. Era agotador y revitalizante a la vez. Meterme de lleno en un mundo diferente al mío, y que a la vez, tenía algunas similitudes.

Mientras ella hablaba de la fuerza de un trazo o de cómo la luz podía guiar al espectador hacia un punto concreto del cuadro, yo me dejaba llevar por su pasión. Martina tenía esa capacidad de hacerte olvidar el mundo exterior, como si en aquel espacio no existieran relojes ni obligaciones, solo la urgencia de crear y compartir.

Al final, logramos decidirnos por cinco obras. Las miramos alineadas contra la pared, iluminadas por el sol de la tarde que entraba a raudales por los ventanales, y sentimos al mismo tiempo una satisfacción que nos hizo sonreír de oreja a oreja.

—¿Ves? —dijo mi tía, limpiándose las manos con un trapo—. Ya me parecía imposible, y al final, lo hemos conseguido gracias a que has venido tú. Como siempre.

Asentí, aunque en el fondo sabía que no todo en mi vida estaba destinado a fluir con esa facilidad.

Salimos a pasear por la ciudad, dejando que la brisa marina nos despejara la cabeza después de cambiarnos de ropa. Valencia tenía un ritmo distinto al de Madrid. Menos frenético y más natural. Caminamos entre calles llenas de vida, con el aroma a horchata y fartons escapando de las cafeterías y la música de los músicos callejeros envolviendo las plazas. Por unas horas, logré que la imagen de Irene se difuminara en mi mente.

Pero cuando nos sentamos en el restaurante favorito de mi tía, con una mesa junto a la ventana y una botella de vino tinto esperando a ser descorchada, supe que ya no podía evitarlo más. La conversación derivó inevitablemente hacia mí, hacia mi vida más allá del trabajo.

—Llevas todo el día con esa mirada ausente —me dijo, llenando nuestras copas—. ¿Vas a contarme qué pasa o voy a tener que sonsacarte?

Bajé la mirada hacia el mantel, jugueteando con el borde de la servilleta. Parte de mí quería seguir fingiendo, pero otra necesitaba hablar, aunque tuviese que confesar algo que ni yo misma lograba entender.

—He cometido una locura —admití, casi obligándome a hablar.

Ella arqueó una ceja, con suma diversión.

—¿De las que acaban en los titulares o de las que solo quedará entre nosotras?

—De las que deberían quedar entre nosotras —respondí, dejando escapar una risa breve, nerviosa.

Tomé un sorbo de vino, buscando valor.

—Me acosté con Irene.

El nombre flotó entre nosotras y Martina tardó unos segundos en procesarlo, luego estalló en una carcajada que atrajo las miradas de la mesa de al lado.

—¡Con la Irene esa de la que siempre hablas como si fuera tu peor enemiga! —exclamó, llevándose una mano al pecho—. Ay, sobrina… la línea entre el odio y la atracción siempre ha sido demasiado delgada para ti.

Me encogí de hombros, porque no le faltaba razón.

—No lo planeé, de verdad. Ni siquiera pensé que pudiera pasar. Pero pasó. Y… me gustó.

Martina me observó en silencio, apoyando el codo en la mesa y la barbilla en la mano. Su expresión cambió de la diversión a la seriedad, una seriedad que imponía mucho respeto, aunque rara vez la había usado conmigo.

—Entonces, ¿cuál es el problema? —preguntó con calma.

—El problema es que no quiero que afecte a la empresa —respondí sin dudar—. Tenemos demasiado en juego, y no pienso dejar que un… desliz cambie la dinámica del equipo.

—¿Un desliz? —repitió, como si saboreara la palabra—. No suenas como alguien que habla de un simple error, Elena. Suenas como alguien que se está intentando convencer de que lo fue.

Sus palabras me dolieron porque eran ciertas. Me revolví en la silla, incómoda, incapaz de seguir mirándola, porque estaba segura de que en mis ojos se podía descubrir lo que sentía de verdad.

—Lo que tengo claro —suspiré— es que no quiero que Irene piense que me ha ganado. Que esto… significa algo más de lo que tendría que ser.

Martina apoyó la copa sobre la mesa con un golpecito suave, como si quisiera marcar un compás invisible. Me miró con esa mezcla de ternura y severidad que solo ella sabía conjugar.

—"Ganar"… —repitió, enfatizando la palabra como si le resultara extraña—. Siempre reduces todo a una competición, Elena. ¿No te cansa vivir así, con esa armadura puesta incluso cuando nadie te ataca?

Fruncí el ceño, incómoda.

—No es una competición —protesté, aunque incluso en mis propios oídos sonó estúpido—. Es… saber mantener el control. Que no piense que puede manipularme o llevarme dónde ella quiera.

Martina sonrió con ironía y bebió otro trago de vino.

—¿Y no crees que, al esforzarte tanto en que no te controle, ya lo está haciendo?

Abrí la boca para responder, pero me quedé en silencio. Ella tenía esa capacidad irritante de poner en palabras lo que yo misma no podía admitir.

—A veces es mejor equivocarse en el trabajo —añadió después, con esa serenidad que tanto admiraba en ella—, porque eso siempre tendrá remedio. Se corrige, se reestructura, se empieza de nuevo. Pero las relaciones personales… esas no siempre se pueden salvar si uno deja pasar la oportunidad.

Me quedé callada, observando el reflejo de las luces en mi copa. El vino se movía lentamente con mi respiración, como si fuera un pequeño mar rojo atrapado en el cristal. Sentí un nudo en el estómago.

—¿Y si estoy confundida? —pregunté, casi hablando conmigo misma —. ¿Y si esto solo es parte de esa rivalidad absurda que hemos alimentado durante meses?

Martina se inclinó hacia mí, con los codos sobre la mesa y las manos entrelazadas.

—Entonces lo descubrirás tarde o temprano —respondió con una sonrisa tranquila—. Pero no lo sabrás jamás si te empeñas en fingir que nada ha pasado.

—No se trata solo de mí. Está la empresa, el equipo, la presión constante por no perder a nuestros clientes… No puedo permitir que mis emociones jodan todo el trabajo.

—Elena —me interrumpió—, deja de usar el trabajo como excusa. Ya lo hiciste con tus anteriores relaciones… y ahora lo haces con Irene. ¿De verdad crees que vas a encontrar un momento en el que no haya responsabilidades, presión o miedo?

Bajé la mirada al mantel, reprimiendo un gesto de fastidio.

—No entiendes que… —susurré.

—Sí que lo entiendo —me corrigió ella—. Entiendo que te asusta perder el control. Te gusta tener siempre la última palabra, que el mundo se mueva a tu ritmo. Pero cuando alguien entra en tu vida de verdad, no puedes coreografiar cada paso. A veces tendrás que dejar que te lleven.

Me quedé inmóvil, escuchando esas palabras que parecían dibujar con exactitud el vértigo que había sentido en Lisboa, cuando Irene me había besado sin que yo pudiera preverlo.

—Es que Irene me desespera —confesé, dejando que parte de esa verdad saliera de labios—. Me saca de quicio con cada comentario, con cada sonrisa irónica. Me hace sentir pequeña y furiosa. Y al mismo tiempo… —me callé, consciente de lo que estaba a punto de decir.

—Al mismo tiempo te atrae —concluyó ella por mí, sin dejar de mirarme a los ojos y acariciando mi mano—. Te importa muchísimo.

Asentí, derrotada.

—Es absurdo, ¿no? Desear a alguien que te vuelve loca, alguien que se supone que es tu rival.

—El corazón nunca ha entendido de lógica, cariño. —Martina retiró la mano y se recostó en la silla, pensativa—. Quizá por eso es tan peligroso y tan maravilloso al mismo tiempo.

Me mordí el labio, atrapada entre el miedo y la necesidad de ser honesta conmigo misma.

—Lo peor —susurré— es que cuando discutimos en su despacho la última vez, podía ver en sus ojos… algo más. Como si ella también estuviera atrapada en este mismo caos.

Martina sonrió con complicidad.

—Entonces, ¿a qué demonios estás esperando?

—Tal vez a que todo se aclare solo, sin que yo tenga que hacer nada.

Ella negó con la cabeza. Estuvo a punto de reír.

—Típico de ti. Siempre esperando que la vida se ordene por sí sola mientras tú te concentras en los negocios. Pero el amor, Elena, no entiende de organigramas ni de juntas de accionistas.

Intenté disfrutar de la cena, saborear los platos que tanto me gustaban de aquel lugar, del arroz meloso que siempre pedíamos, el pescado fresco que Martina adoraba. Fingí normalidad, sonreí, hablé de trivialidades. Pero lo cierto era que mi mente regresaba una y otra vez a Irene, a sus labios firmes sobre los míos, a su piel contra la mía, al modo en que su voz tembló cuando me reprochó que me marchara sin decir nada.

Podía estar en Valencia, rodeada de arte y del cariño de mi tía, pero la verdad era innegable: Irene se había convertido en el epicentro de mi caos, y no sabía si estaba preparada para enfrentarlo.

17

Irene

El sábado amanecí con la sensación de que mi cabeza iba a estallar. El dolor era punzante, casi insoportable, como si todas las horas que había pasado frente a la pantalla con Sara, revisando hasta el más mínimo detalle del software, hubiesen decidido cobrarse su deuda al mismo tiempo. Cerré los ojos unos segundos más, hundida en la almohada, pero era inútil. Ni siquiera el silencio del apartamento lograba calmarme.

Me repetí que me lo había ganado, que después de semanas de tensión merecía un descanso, aunque mi cuerpo pareciera empeñado en recordarme que descansar no significaba dejar de pensar en Elena. Y, sin embargo, había conseguido sacar las fuerzas necesarias para quedar con Álex en El Retiro, para dar una vuelta en bicicleta, como solíamos hacer desde la universidad, cuando lo más difícil que enfrentábamos era decidir a qué clase saltarnos.

El parque vibraba, estaba lleno de vida. Los primeros rayos de sol atravesaban las copas de los árboles y dibujaban destellos en el asfalto húmedo. El aire fresco me despejó un poco mientras pedaleaba, y poco a poco sentí cómo la tensión de mis hombros iba a menos. A cada pedaleo, me liberaba de algo, como si la brisa se llevara pedazos de la ansiedad acumulada durante tantos días. Sobre todo, desde que había vuelto de Lisboa.

—Ya era hora de que nos viéramos —me reprochó Álex con diversión, pedaleando a mi lado—. Desapareces y luego me entero por otros de lo que pasa contigo.

—He estado… ocupada —contesté, consciente de lo insuficiente que sonaba esa excusa.

—Ocupada es una cosa, Irene, pero lo tuyo parece una clausura voluntaria. Vas del trabajo a casa y de casa al trabajo.

No le podía reprochar que me regañase. En parte porque tenía razón, en parte porque el esfuerzo de pedalear me permitía fingir que la

conversación no necesitaba de una palabra más si quería sobrevivir. Durante unos minutos nos concentramos en el ritmo de la bicicleta, en el ruido de las ruedas levantando la tierra del parque.

Cuando por fin bajamos de las bicicletas y decidimos caminar un poco, noté cómo el murmullo del parque se mezclaba con las risas de niños y el olor dulce de las flores que nos rodeaban. Fue entonces cuando vi a varias parejas caminando de la mano. Algunas reían, otras hablaban del día a día, disfrutando de su tiempo. Y sentí un nudo en el estómago que me obligó a apartar la mirada.

—Vale, ahora dime qué pasa de verdad —comentó Álex, deteniéndose a mi lado—. Y no me vengas con que es solo por el trabajo, porque ya me sé esa excusa.

Lo miré de reojo, intentando ganar tiempo para encontrar las palabras correctas. Pero su mirada insistente, cargada de afecto y paciencia, me dejó sin excusa, ni la posibilidad de mentir. En nuestro mundo las noticias solían volar y por su gesto, adiviné enseguida que ya sabía parte de la historia.

—Te has enterado de algo, ¿no? —murmuré.

—Rumores —admitió, encogiéndose de hombros—. Lisboa, la feria, tú y Elena… ¿Tengo que adivinar el resto o me lo vas a contar tú?

Me mordí el labio. Me había prometido a mí misma no hablar de ello, no darle más importancia de la necesaria, porque estaba claro que solo yo se la daba. Pero Álex no era cualquiera persona; era mi mejor amigo, mi refugio en los momentos más oscuros. Si alguien podía escucharme sin juzgarme, era él.

—Pasó lo que tenía que pasar —confesé al fin—. Algo que debí evitar a toda costa.

—Con Elena —pronunció, como si no lo supiera ya.

Asentí.

—La besé y luego… Bueno… fue más que eso… —me detuve, buscando las palabras adecuadas—. Fue intenso. Y completamente insensato. Al menos por mi parte, claro.

Álex me observó en silencio durante unos segundos, como si evaluara la gravedad del asunto.

—Sabes que siempre lo sospeché, ¿verdad? —dijo después, despreocupado, incluso con una sonrisa en los labios.

—¿Sospechaste… qué exactamente?

—Que esa rivalidad vuestra tenía un tinte… romántico, por llamarlo de alguna forma. Nadie discute con tanta pasión con alguien que le resulta indiferente.

Sentí que la sangre me ardía al atravesar mis venas.

—No digas tonterías.

—No son tonterías, Irene —replicó, firme, pero sin perder esa sonrisa —. Desde fuera es evidente. Al menos en las pocas veces que hemos coincidido. La forma en que la miras, el modo en que ella te busca incluso cuando parece que os odiáis… Es un baile extraño, pero un baile al fin y al cabo.

Guardé silencio, incapaz de rebatirlo. Siempre pareciendo la voz de mi conciencia.

—Pero no hay posibilidades de nada —añadí con un hilo de voz—. Elena me lo dejó muy claro.

—¿Qué te dijo exactamente?

—Que no significó nada. Que fue… lo que fue. Y que volvamos a lo nuestro, a esta absurda guerra por ver quien llega más lejos en TechNova.

No pensé que fuera a dolerme tanto recordar el hecho de que teníamos que centrarnos en el trabajo y nada más. Era como si al darle voz, la herida se hiciera más real. Y, por supuesto, dolorosa.

Álex frunció el ceño, como si necesitara procesar mis sentimientos.

—¿Y tú? ¿De verdad crees que no significó nada?

Lo miré, sorprendida por la pregunta.

—No lo sé —admití con sinceridad—. Una parte de mí quiere creer que sí, que fue solo un error. Un impulso por el alcohol y la atmósfera de la noche. Pero la otra… la otra no deja de recordarme el tacto de su piel, su mirada, lo mucho que me perdí en ella, más de una vez. Y a mí, eso no me parece un error, Álex.

Nos sentamos en un banco bajo la sombra de un olmo. El murmullo del parque nos envolvía, pero dentro de mí yacía una tormenta imposible de controlar.

—Escucha —dijo él, girándose hacia mí—. No soy quién para decirte qué hacer, pero lo que sí sé es que no puedes seguir dejarlo estar sin más. Si fue un error, supéralo y sigue adelante. Y si no lo fue… tendrás que enfrentarte a ello. Hablar con ella.

Me pasé las manos por la cara, agotada, y me eché hacia atrás.

—El problema es que ella no quiere que lo haga. Ya me lo dejó claro el otro día en mi despacho. Para Elena esto es un juego, una batalla más que ganar. Y yo no estoy hecha para jugar estas guerras.

—No sé, yo creo que también está confusa —dijo él, encogiéndose de hombros—. Elena también es humana, aunque lo disimule bien.

Solté una carcajada. El robot andante la habíamos llamado alguna vez.

—Quizá.

Álex sonrió, pero enseguida adoptó un tono más serio.

—Mira, lo único que te voy a pedir es que seas honesta contigo misma. No con Elena, ni con tu trabajo, o conmigo. Contigo. Si sientes algo, reconócelo, y haz algo con ello, porque si te lo niegas, vas a acabar haciéndote mucho daño.

Sus palabras me calaron hondo. Cerré los ojos unos segundos, respirando hondo. La brisa traía consigo el olor a la tierra húmeda y la naturaleza. Por un instante deseé que todo fuera tan sencillo como ese paseo, como reírme de las bromas de Álex sin pensar en nada más.

Pero la verdad me golpeaba con la fuerza de lo inevitable: Elena estaba ahí, clavada en mi mente, en mi piel, en cada latido que intentaba apagar.

Me giré hacia Álex, forzando una sonrisa.

—Gracias por escucharme.

—De gracias nada —respondió él, dándome un pequeño empujón en el hombro—. Y recuerda, no hay nada más agotador que luchar contra lo que uno siente.

Afirmé con la cabeza, aunque en el fondo no sabía si sería capaz de seguir su consejo.

El Retiro siguió vivo cuando volvimos a subir a las bicicletas, lleno de gente que caminaba, reía y amaba sin miedo. Yo, en cambio, me sentía atrapada en un laberinto del que no encontraba salida. Y lo peor de todo era que, pese a todo mi empeño en olvidarla, cada pensamiento, cada recuerdo, me llevaba de nuevo a Elena.

18

Elena

El lunes por la mañana, la oficina estaba impregnada de esa aura de expectación que siempre acompañaba los días importantes. El viaje a Lisboa había sido agotador, pero también un éxito. Habíamos conseguido visibilidad, nuevos contactos y una proyección que TechNova necesitaba con urgencia. Habíamos prometido mucho, y ahora tocaba demostrarlo. Yo estaba dispuesta a hacerlo, aunque el recuerdo de Irene, con su reproche clavado en mi mente, amenazaba con desestabilizarme por mucho que me hubiera despejado durante el fin de semana con mi tía Martina.

La sala de reuniones estaba repleta. Martín, en la cabecera, mantenía la espalda recta y la expresión grave, como si quisiera recordarnos a todos que en ese instante no había margen de error. Sara proyectaba la última versión del software, y mientras Paula seguía cada detalle de la interfaz, yo observaba cómo todo parecía funcionar con una precisión impecable. Era hasta casi demasiado perfecto.

Hasta que no lo fue.

—Un momento —intervino Irene, señalando hacia la pantalla—. El sistema está duplicando alguno de los registros en la base de datos.

Martín se giró hacia Sara, que tecleaba frenéticamente, confirmando en segundos lo que Irene había dicho, y la tensión me apretó la garganta.

—Tiene razón —admitió Sara, con el ceño fruncido—. A partir de los quinientos mil registros, el algoritmo de depuración parece colapsar. En lugar de eliminar duplicados, los multiplica.

Sentí un golpe seco en el estómago debido a la frustración. Apoyé las manos en la mesa y respiré hondo para mantener la calma.

—Eso puede corregirse —afirmé con firmeza—. Es un simple ajuste de parámetros.

—Depende —replicó Sara, inquieta—. Tendría que pasar por varios ajustes antes de entregarlo, porque podría hacer que el cliente perdiera

información sensible.

Martín se llevó una mano a la frente, agotado.

—Esto significa retrasar la entrega. No podemos arriesgarnos.

Me giré hacia él, incrédula.

—¿Retrasar la entrega? —La frase me salió con un filo peligroso en la voz—. ¡Eso sería admitir que no estamos preparados! Tenemos al cliente alemán pendiente desde hace semanas y si ahora decimos que necesitamos más tiempo, perderemos su confianza. Por no hablar del contrato.

—Si lo entregamos con un fallo crítico, perderemos algo mucho peor —me cortó Irene—; perderemos nuestra credibilidad.

Nuestros ojos se encontraron. Era como si el resto de la sala hubiera desaparecido. Nadie más respiraba. Nadie se atrevía a interponerse entre nosotras.

Martín terminó la reunión con un suspiro resignado, decretando que revisaríamos el fallo durante el día y que, si no había solución, el retraso sería inevitable. Yo recogí mis cosas en silencio y salí de la sala sin mirar atrás. Tenía el corazón latiendo a toda prisa, no solo por el fallo, ni por Martín, sino por Irene. Siempre Irene, con esa manía de subrayar lo que no funcionaba, de poner en evidencia lo que yo intentaba mantener a flote.

Crucé el pasillo como una exhalación y me metí en el ascensor. Quería llegar a mi despacho, cerrar la puerta y descargar mi furia contra la primera carpeta que encontrara. Pero justo cuando las puertas estaban a punto de cerrarse, Irene apareció y se coló dentro.

El espacio se volvió irrespirable al instante. Podía sentirla demasiado cerca, aunque no me mirara. Mantuve los ojos fijos en los números luminosos, fingiendo que su presencia no me afectaba, que era solo otro trayecto rutinario.

—No puedes seguir actuando así —ella rompió el silencio con un tono que no me gustó nada.

Giré la cabeza lo justo para lanzarle la mirada más fría que pude fingir.

—¿Así cómo?

—Como si el orgullo fuera más importante que lo que está pasando. —Su tono subió, vibrante, cargado de una rabia que me contagió al instante —. Te niegas a aceptar que hay un fallo, que necesitamos tiempo, que no

todo se resuelve con una sonrisa convincente en una presentación, ni con promesas de que terminaremos por hacerlo genial.

Su acusación me hizo apretar la mandíbula hasta que los dientes me rechinaron.

—Tú que vas a entender —le solté, sin miedo alguno—. No solo está en juego la credibilidad de la empresa, ¿sabes cuántos futuros clientes no querrán reunirse conmigo si se corre la voz?

Ella avanzó un paso y su cercanía me hizo contener el aliento.

—No, no lo sé. Pero lo que tú no entiendes es que, si seguimos a ciegas, lo que perderemos será la empresa entera. Y ya no habrá futuros clientes que puedan decidir si trabajar contigo o no.

El zumbido del ascensor acompañaba nuestras respiraciones aceleradas, cada vez más intensas.

—Me tienes harta —espeté al fin, girándome hacia ella con brusquedad—. Siempre buscando una grieta, siempre subrayando el error. ¿No te cansas de estar en contra de mí?

Sus ojos ardieron, y durante un instante tuve miedo de lo que pudiera decir, porque sabía que cualquier palabra suya tendría el poder de calarme muy hondo.

—¿Y tú no te cansas de fingir que puedes con todo? —gruñó, avanzando otro paso más—. De creerte invulnerable, cuando en realidad lo único que haces es esconderte detrás de esa maldita soberbia.

El aire se volvió insoportable. Mi respiración ya no obedecía, y sentía un calor feroz subir por mi cuello hasta instalarse por todas partes. Estaba atrapada entre la espada y la pared, metida de lleno en el peligro.

No lo soporté más.

—¡Me sacas de quicio, Irene! —grité, y mi propia voz retumbó contra las paredes metálicas del ascensor.

Ella me devolvió la mirada con el mismo fuego que me consumía.

—¡Pues aprende a soportarlo, porque no pienso cambiar!

Ese segundo fue eterno. Todo se detuvo; el ruido del ascensor, mi respiración, incluso el hilo de pensamientos que me mantenía a salvo. Y entonces, sin previo aviso, Irene avanzó de golpe, me sujetó por los hombros y me estampó contra la pared.

El metal frío me atravesó la espalda, y antes de que pudiera protestar, su boca estaba sobre la mía. El beso fue un choque intenso, un incendio,

una declaración brutal de todo lo que habíamos intentado negar. Un beso que sabía a rabia, a desafío, a deseo.

Lo peor —o lo mejor— fue que no dudé ni un segundo en responder.

Mis manos se aferraron a su cintura, tirando de ella hacia mí, borrando cualquier distancia. Su sabor me enloquecía, sus labios eran furia y fuego, y cada embestida contra mi boca era una batalla perdida que no me importaba rendir. El ascensor continuó ascendiendo, indiferente a nuestra guerra. Y yo, atrapada entre el frío de la pared y el calor abrasador de Irene, supe con una certeza devastadora que me gustaba.

Que estábamos completamente perdidas.

19

Irene

El murmullo de la oficina quedaba atrás con cada paso que dábamos, pero no lo suficiente como para apagar el latido furioso que me golpeaba en las sienes. Sentía la mano de Elena atrapada entre la mía, cálida, inquieta, casi temblorosa, y aquella mínima resistencia en sus dedos no hacía más que encenderme. La arrastraba por el pasillo como si cada metro fuera una declaración de intenciones, sin darle tiempo a pensar, sin permitirme a mí misma flaquear.

Sus tacones resonaban contra el suelo brillante, acompasados al sonido de mis propios pasos. Sabía que cualquiera podía vernos, que en cualquier momento alguien podría doblar la esquina y sorprendernos, pero había un punto en el que el riesgo se volvía parte de la excitación. Y yo había cruzado esa línea hacía rato.

Empujé la puerta de los aseos de esa planta y entramos juntas. El eco de la puerta hizo eco por todas las paredes. No solté su mano hasta tenerla dentro de uno de los cubículos, y cuando cerré el pestillo, sentí que nos metimos en un universo aparte.

Elena me miraba con los labios entreabiertos. Llevaba un traje de chaqueta azul marino que le sentaba como un guante; la americana realzaba la firmeza de sus hombros y la falda recta apenas rozaba sus rodillas. Había dejado la blusa ligeramente desabotonada, y aquel detalle, tan mínimo, me resultó insoportable.

Pasé las manos por mi conjunto gris perla, con pantalón entallado y una camisa blanca de seda que hasta ese momento había permanecido perfectamente metida dentro de mis pantalones. Pero, con cada bocanada de aire, más ganas tenía de que ella me arrancara la ropa.

No esperé un segundo más. La acorralé contra la pared fría del cubículo y devoré sus labios con un hambre que había reprimido demasiado

tiempo. Ella respondió con la misma violencia, un choque de bocas que se convirtió en un baile perfecto entre ambas.

El perfume de su piel, me envolvió como una droga. Sentí sus uñas aferrarse a mi cintura, arrastrándome hacia ella, y un gemido contenido escapó de su garganta cuando mis manos comenzaron a deslizarse por debajo de su blusa. La seda se elevó con facilidad, y al rozar su piel desnuda bajo el tejido, me recorrió un escalofrío que me incendió de arriba abajo.

—Irene… —susurró, como si aún quisiera detenerme, aunque sus dedos hundidos en mi espalda dijeran lo contrario.

—Calla —le pedí contra sus labios, con la voz totalmente perdida al momento.

Mis manos siguieron su recorrido, trepando por el costado de su torso hasta abarcar la curva perfecta de su pecho. Su respiración se rompió en un jadeo, y esa rendija de vulnerabilidad me enloqueció. Su falda se arrugó bajo mis dedos, subiéndola apenas unos centímetros, lo suficiente para sentir la firmeza de sus muslos contra los míos.

Ella me mordió el labio con rabia, arrancándome un gemido áspero que se perdió en el eco del cubículo. El sonido del roce de nuestra ropa se mezclaba con los besos húmedos, con nuestras respiraciones alocadas.

Elena dejó que mi lengua explorara su boca con una urgencia desesperada. Su cuerpo se pegó contra el mío, buscando más, siempre más. Yo deslicé la mano por su cintura hasta el borde de su falda, colándome con descaro bajo la tela. Su piel ardía, vibraba, y cuando mis dedos se encontraron con la lencería fina que escondía, ella soltó un suspiro ahogado que me encendió de forma salvaje.

—Estás loca… —murmuró, pero su tono no era de reproche, sino de ganas porque siguiera.

—Por ti, sí —confesé sin pensar, y mis labios volvieron a reclamar los suyos antes de que pudiera arrepentirme.

La empujé aún más contra la pared, atrapando su cuerpo con el mío. El roce de su pierna contra la mía encendió cada fibra de mi ser. Era como si ese espacio minúsculo no pudiera contener todo lo que necesitábamos expresar, como si el mundo entero se hubiese reducido a la presión de nuestros cuerpos, al calor de nuestras bocas, a las manos explorando sin pudor lo que siempre habíamos fingido ignorar.

Me dejé arrastrar por la vorágine de sensaciones, por el sonido apagado de su respiración contra mi oído, el temblor de sus dedos aferrando la tela de mi camisa, la humedad creciente en el ambiente que nada tenía que ver con el lugar en el que estábamos.

Elena me apartó un instante. Sus ojos, brillantes, me taladraban con una intensidad que me robó el aire.

—Esto… no puede… —intentó decir, aunque sus labios volvieron a buscar los míos en cuanto se apartaron una fracción de segundo.

La sentí temblar bajo mis manos, ese temblor contradictorio que muestra alguien que quiere resistirse pero no puede. Sus dedos se aferraban a la tela de mi camisa como si estuviera a punto de arrancármela, y un gemido escapó de su garganta cuando mi mano volvió a descender, firme, reclamando lo que llevaba demasiado tiempo conteniéndome. Era gasolina ardiendo en un fuego que ya no iba a apagarse allí dentro.

La besé con una pasión renovada, desesperada, como si quisiéramos borrar todos los insultos que nos habíamos dicho, las discusiones y las heridas, con la violencia de nuestras bocas. Nuestros labios se encontraron una y otra vez, húmedos, hambrientos, sin darnos tregua.

La presión del cubículo nos obligaba a estar más juntas de lo que jamás habíamos estado nunca, y esa cercanía era insoportable y deliciosa. Su falda se había subido varios centímetros por mis manos, y al acariciar la piel desnuda de sus muslos sentí cómo se estremecía. Su calor me envolvía, me llamaba, y no hubo lugar para más dudas.

—Dios, Irene… —jadeó, intentando apartarse, aunque sus caderas se movieron contra mí como contradicción perfecta de sus palabras.

—Lo quieres tanto como yo —murmuré contra su oído, lamiendo su cuello.

La oí jadear de nuevo, un sonido que me hizo perder la poca contención que me quedaba. Mi boca descendió hacia su piel, besándola con avidez. El perfume de su perfume se mezclaba con el sabor salado de su sudor reciente, y esa mezcla me embriagó. Hundí mis labios en el hueco de su clavícula, mordiéndola apenas, y ella arqueó el cuerpo hacia mí, empujándome más, exigiendo más.

Su respiración se volvió irregular, cada vez más rápida. Mis manos se deslizaron con descaro bajo su falda, rozando el borde de su ropa interior. Al sentirla tensarse bajo mi tacto, me invadió una oleada de poder y ternura

a la vez. Cuando rocé su clítoris, su cuerpo se estremeció de forma violenta, y yo no pude evitar sonreír contra sus labios. Empecé a acariciarla con movimientos circulares, primero suaves, luego más firmes, siguiendo el ritmo de su respiración acelerada.

Ella se mordía el labio inferior intentando contener los gemidos, pero cada vez que mis dedos la penetraban, un gemido se le escapaba inevitable, como un secreto demasiado grande para guardarlo. La sentí temblar, húmeda, entregada, incapaz de mantener la farsa de que podía resistirse. Jugué un poco con ella, aminorando el ritmo. Introduje un dedo lentamente en su interior, y su reacción fue inmediata: su espalda se arqueó, sus uñas se clavaron en mi espalda, y un jadeo ahogado llenó el cubículo.

—Mírame —le ordené, ardiendo tanto como ella.

Obedeció. Sus ojos estaban oscurecidos por el deseo, brillantes, perdidos… Y no pude resistirlo más. Moví mi dedo en su interior, despacio, acompañándolo de caricias en su clítoris, y la vi morderse el labio con fuerza para no gritar.

—Estás temblando… —murmuré pegada a sus labios, besándola de nuevo con avidez—. Y me encanta.

Ella no contestó. No podía. Solo podía dejarse llevar por lo que yo le estaba dando, por ese placer que la hizo gemir por fin. Un gemido que derribó cualquier muro que intentara mantener en pie.

Aceleré el ritmo de mis dedos sobre su clítoris, alternando caricias suaves con una presión que buscaba cada espasmo de su cuerpo. Elena intentaba contenerse, pero no podía. Sus labios se entreabrían en jadeos cada vez más profundos, y el calor de su piel ardía bajo mis manos como una llama imposible de apagar.

—No… aquí… —murmuró, pero su cuerpo decía lo contrario, empujando sus caderas hacia mis caricias, exigiendo más.

Introduje otro dedo en su interior y la sentí apretarse alrededor de mí, mojada, ardiente. Sus uñas arañaron mi nuca y un gemido más fuerte escapó de sus labios, rebotando en las paredes estrechas del cubículo.

—Joder, Irene… —jadeó, perdida.

Sus piernas temblaban y tuve que sostenerla con fuerza para que no se derrumbara. Seguí acariciándola con insistencia, sintiendo cómo su cuerpo respondía, cómo se agitaba más y más rápido hasta que, con un grito

ahogado contra mi boca, se estremeció por completo, corriéndose y empapando mi mano.

La besé con furia mientras la miraba rota de placer. Me separé apenas, lamiéndome los labios con lentitud y mirándola a los ojos.

—Ahora dime que no significo nada para ti.

20

Elena

Me quedé quieta, con la espalda aún apoyada en la pared del aseo. Hacía un rato que Irene se había ido, dejándome encerrada en un silencio espeso, húmedo, impregnado todavía de su respiración. Sentía las piernas débiles, incapaces de sostenerme sin temblar, y el calor de su piel continuaba ardiendo en mis manos como un rescoldo imposible de extinguir.

Me pasé los dedos por los labios, hinchados, palpitantes, y supe que todavía tenía el sabor de su boca impregnado en los míos. Al bajar la mirada, vi que mi blusa estaba arrugada, la falda torcida, y dentro de la ropa interior la humedad era inconfundible. Me había follado sin dejarme un segundo de reacción, sin darme tiempo a decidir nada, y lo más devastador era admitir que lo había deseado, desde el primer instante que nos miramos.

Cerré los ojos con fuerza. La imagen de su rostro, concentrado, hambriento, volvía una y otra vez como un latigazo. El modo en que jadeaba mi nombre, la presión de sus dedos explorándome con una precisión feroz, la sensación de perder el control en sus manos. Sentía aún el eco de mi propio clímax, latiendo entre mis piernas con la obstinación de un recuerdo reciente que no quería desaparecer.

Caminé hasta el lavabo y abrí el grifo. El agua fría golpeó mis muñecas, luego me la eché en la nuca, intentando sofocar el fuego que me consumía. Respiré hondo, una, dos, tres veces, buscando recomponerme. Pero cuando levanté la cabeza y me miré al espejo, no vi a la ejecutiva impecable que se paseaba por TechNova, siendo un huracán para los demás. Vi a una mujer deshecha, con las mejillas encendidas, los ojos brillantes y un deseo indomable ardiéndole por dentro.

Deseaba a Irene. No había otra forma de nombrarlo. La odiaba, discutía con ella, la desafiaba… pero la deseaba como no había deseado nunca a nadie.

Me arreglé la blusa, me subí la falda, e intenté devolver algo de orden a mi aspecto, y cuando estuve más o menos recompuesta, salí del aseo con la intención de volver al trabajo como si nada hubiese pasado.

No llegué a dar dos pasos en el pasillo cuando me encontré con Raúl.

Se quedó plantado frente a mí, sosteniendo unos papeles en la mano, aunque estaba claro que no era eso lo que de verdad le importaba. Sus ojos me recorrieron de arriba abajo con un gesto que me incomodó; inquisitivo, como si tratara de leer lo que había ocurrido entre esas paredes.

—¿Va todo bien? —preguntó, con voz casual, pero su mirada iba a hacer que me delatara.

Me tensé, sonreí lo justo y le quité importancia.

—Sí. Solo necesitaba despejarme un momento. —Le arrebaté los papeles de las manos y pasé de largo—. Vamos, tenemos que volver al trabajo.

Raúl asintió, aunque no parecía convencido. No insistió, sin embargo, y agradecí en silencio que su discreción me evitara tener que inventar una excusa que quedaría todavía peor que la anterior.

Regresé a mi despacho y cerré la puerta tras de mí con un suspiro de alivio. El silencio de la estancia me envolvió, pero lejos de calmarme, solo avivó los recuerdos que había tratado de sofocar.

Me dejé caer en la butaca, apoyando la cabeza en el respaldo. Cerré los ojos y entonces regresaron con violencia las imágenes de Irene arrastrándome hasta el cubículo, sus labios devorándome, sus manos colándose bajo mi falda con una decisión que me había paralizado y excitado al mismo tiempo. El modo en que había pronunciado mi nombre entre susurros y gemidos… La manera en que me había llevado al límite hasta hacerme estallar.

Me mordí el labio, impotente ante la oleada de calor que volvía a recorrerme. Había caído. Esa era la palabra exacta. Había pasado meses construyendo murallas, defendiéndome tras un muro de arrogancia y distancia, y en cuestión de minutos Irene lo había derribado todo. Había empezado en Lisboa —quizá antes—, y lo más perturbador era que no me sentía derrotada, sino expuesta. Y también, vulnerable.

Abrí los ojos y miré la mesa. Los documentos del proyecto estaban allí, perfectamente ordenados, esperándome, recordándome quién se

suponía que debía ser. La profesional intachable, la mujer que mantenía a raya las emociones para no perder nunca la batalla.

Pero ahora, ¿cuál era la batalla que tenía que luchar de verdad?

Sus palabras volvieron a resonar en mi memoria: *"Ahora dime que no significo nada para ti."*

Me había dejado sin respuesta. Porque no podía decirlo. No después de lo que había sentido en ese aseo, no después de reconocer en mi propio cuerpo la evidencia del deseo.

Me incorporé lentamente, caminé hasta la ventana y me apoyé en el alféizar, mirando hacia la ciudad que se desplegaba con indiferencia bajo mis pies. Coches, transeúntes, edificios… todo seguía su curso, mientras yo me sentía atrapada en una tormenta íntima, incapaz de distinguir si aquello era el principio de algo nuevo o la ruina de todo lo que había construido.

Elena Ríos, directora de desarrollo de negocios de TechNova, mujer de control absoluto, había sucumbido a Irene. Y aunque lo negara mil veces en voz alta, aunque intentara fingir que nada había cambiado, en el fondo lo sabía: algo irreversible había ocurrido.

—Y ya no hay vuelta atrás —murmuré.

Golpearon a la puerta, y me giré con brusquedad, temiendo que fuese Irene. Pero no, era Martín, que asomó la cabeza con gesto serio.

—¿Todo bien? —preguntó.

—Sí —respondí demasiado rápido, volviendo a mi mesa y fingiendo que revisaba los documentos.

Martín me observó un instante más, como si no terminara de fiarse, y luego asintió.

—En cualquier caso, pronto fijaré otra reunión para revisar el software. Necesitamos asegurarnos de que el fallo está resuelto antes de mover algo más.

—De acuerdo —dije sin mirarlo, centrando mis ojos en las hojas frente a mí.

Él cerró la puerta con suavidad tras de sí. Me dejó sola de nuevo, y yo agradecí el respiro. Pero la verdad era que no estaba bien. No lo estaba en absoluto.

Pasé el resto de la tarde intentando concentrarme en el software, en los informes, en cualquier cosa que no fueran los labios de Irene en mi

cuello. Pero cada vez que bajaba la guardia, su imagen reaparecía, dominando mis pensamientos.

Cuando por fin salí de la oficina, la noche se había adueñado de la ciudad. Caminé hasta el coche con paso rápido, como si huir de aquel edificio pudiera alejarme también de la tormenta que me consumía. Pero al sentarme al volante y cerrar los ojos un instante, fue su rostro el que apareció de inmediato.

"Ahora dime que no significo nada para ti."

Tragué saliva, y suspiré. Ya no podía engañarme a mí misma.

21

Irene

El ascensor subía con lentitud, como si quisiera alargar un secreto que apenas cabía en sus paredes metálicas. Elena estaba contra el espejo, con la respiración entrecortada mientras chocaba contra la mía. Mi mano, atrevida y sin pudor, se había abierto camino entre el escote de su camisa, buscando la calidez de una piel que ya ardía de deseo. Fui capaz de sentir el leve temblor de sus músculos, el pulso acelerado que la delataba, incluso sin haber dicho palabra.

Ella me sujetó la muñeca con fuerza, pero no para apartarme. Era un gesto ambiguo, como si quisiera resistirse y a la vez pidiera por más. La vi cerrar los ojos un instante, apretar los labios para sofocar un gemido que amenazaba con escapar. Mi boca rozó la suya, sin llegar a besarla, y ese roce contenido me encendió como nunca.

Sin embargo, teníamos que afrontar la realidad.

El ascensor llegó a su destino y las puertas comenzaron a abrirse. Nos separamos en el último segundo, como dos culpables sorprendidas durante un flagrante delito. Nos recompusimos en silencio, arreglando nuestra ropa con movimientos rápidos. No hubo ni una sola palabra. Solo miradas fugaces, cargadas del fuego que habíamos estado a punto de desatar.

—Nos vemos luego —murmuré.

Elena asintió, evitando mi mirada, y salió hacia su despacho con decisión.

Me quedé unos segundos más dentro, respirando hondo. El deseo todavía me atravesaba como un relámpago imposible de evitar. Si alguien me hubiera visto en ese estado, habría leído en mi rostro toda la verdad: quería volver a besarla, quería arrastrarla a un rincón y devorarla entera.

Pero no había tiempo para fantasías. Teníamos que sacar adelante un producto que pendía de un hilo.

Cuando entré en mi despacho, encontré a Sara esperándome con el portátil abierto frente a ella. La luz de la pantalla iluminaba sus facciones cansadas, y entonces me di cuenta de algo que había estado ignorando durante días. Tenía unas ojeras profundas, imposibles de disimular con el mejor maquillaje. No era solo el agotamiento físico; era la tensión acumulada de tantas horas de trabajo bajo esta presión constante que Elena nos había entregado —aunque ahora no podía odiarla—, de tantas noches pegada al teclado, luchando contra plazos imposibles.

—Necesitamos revisar un par de errores más —anunció sin rodeos, apenas levantando la vista hacia mí. Su voz era clara, firme, pero había un deje de frustración que no se le escapaba a nadie.

Me acerqué a la mesa y me incliné sobre la pantalla. El código se desplegaba en líneas interminables de símbolos y comandos que parpadeaban como si quisieran burlarse de nosotras. Sara me señaló una sección en particular y empecé a seguir con la mirada las pruebas que había ejecutado.

—Desde que Paula integró la nueva interfaz —continuó—, han surgido inconsistencias en los accesos de usuario. Algunos perfiles no logran identificarse correctamente y, en ciertos casos, el sistema abre permisos que no deberían estar disponibles para según qué tipo de cliente.

Tragué saliva. Lo que estaba diciendo no era un detalle sin importancia; era un agujero que un cliente experimentado detectaría al instante.

—Míralo, aquí está —añadió, desplazando la pantalla con los dedos —. El sistema duplica accesos, y en otras ocasiones bloquea usuarios legítimos. No es algo que pase todo el tiempo, pero lo suficiente como para arruinar una primera impresión.

Me pasé una mano por la frente. Tenía razón. Aquello no era un simple fallo estético ni un retraso menor: era un defecto de base que podía poner en cuestión toda la fiabilidad de nuestro software. Y ahora, me arrepentía de no haber trabajado en una respuesta antes, de no haber hablado yo misma con ese cliente para que estuviera en todo el proceso de veteo, como suele ser habitual.

La guerra con Elena me había cegado, y aquí estaban las consecuencias.

—¿Cuánto tiempo necesitamos para corregirlo? —pregunté, aunque me daba miedo lo que pudiera decir.

Sara soltó un bufido y se llevó las manos al cabello, enredando los dedos en un gesto de exasperación.

—Un par de días, si todo va bien. Pero ya sabes cómo funciona esto, los códigos no están perfectos si no se les dedica su tiempo.

Me crucé de brazos, mirando el reflejo cansado que devolvía la pantalla de su rostro.

—¿Y podemos permitirnos esos días?

—No —respondió con crudeza, sin un ápice de consuelo en su voz—. No podemos. Martín ya nos avisó. Pero no podemos entregar la versión definitiva con estos fallos.

El silencio se instaló en el despacho. Solo se escuchaba el zumbido constante del aire acondicionado y el tecleo ocasional de Sara arreglando el código. Sentí la presión en el pecho, como si me faltara el aire. Cada nuevo fallo descubierto reducía aún más el margen que teníamos, un margen que ya era casi inexistente.

—Martín convocará una nueva reunión muy pronto —me dijo Sara—. Quizá mañana mismo, o como mucho pasado. Y no será para escuchar excusas. Querrá soluciones definitivas.

—Perfecto, Sara. Haz lo que tengas que hacer, pero asegúrate de que quede impecable. No podemos permitirnos nada menos.

Ella me miró durante un segundo, como si quisiera decirme algo más, como si buscara un destello de humanidad en mí antes de volver a hundirse en su trabajo. Al final, se limitó a esbozar una leve sonrisa cansada, más un gesto de cortesía que un verdadero alivio. Cerró el portátil, lo abrazó contra su pecho y salió del despacho sin añadir nada más.

La puerta se cerró tras ella, y el silencio me golpeó como una ola.

Me dejé caer en la butaca y apoyé los codos sobre la mesa, hundiendo el rostro entre las manos. El peso del proyecto, del equipo, de los plazos imposibles, estaba pudiendo conmigo. Pero no era eso lo que más me atormentaba. No. Mi mente insistía en desviarse hacia un territorio prohibido, peligroso y abrasador.

El recuerdo del ascensor me atravesó con fuerza. El calor de Elena bajo mis dedos, la forma en que su cuerpo se había movido apenas un milímetro, el temblor en su respiración, como si luchara contra sí misma

para no dejar escapar un gemido. Aquella sensación seguía prendida en mi piel como el fuego. Me mordí el labio, incapaz de apartar esa imagen de mi cabeza.

Era un peligro, sí. Y más cómo estaban las cosas con el software.

Unos golpes en la puerta me arrancaron de golpe de esa ensoñación.

—¿Sí? —pregunté, intentando recomponerme en un segundo.

La puerta se abrió y apareció Álex. Su sola presencia bastó para arrancarme una sonrisa automática. Siempre salvándome la vida. Verlo en mi despacho, me devolvió por un instante una calma que apenas me duró un par de segundos.

—¿Tienes un minuto? —preguntó, con un gesto serio que rara vez veía en él.

—Claro, pasa.

Cerró la puerta tras de sí y se acercó despacio, con un aire que ya me hacía presentir que iba a joderme la mañana. Álex rara vez titubeaba, pero esta vez había un brillo distinto en sus ojos, una mezcla de preocupación y lealtad que me incomodó incluso antes de escucharlo.

—Quería que lo supieras por mí —empezó, y esas primeras palabras bastaron para tensarme como una cuerda a punto de romperse—. El cliente alemán… está a punto de cerrar un trato con mi empresa.

Me quedé atónita, como si el mundo se hubiera congelado en ese instante. Ni siquiera intentó suavizarlo con rodeos o explicaciones largas. Lo soltó de golpe, como si prefiriera arrancar una tirita de golpe. Lo miré, intentando asimilarlo. El cliente alemán. El mismo por el que llevábamos días, incluso semanas, dejándonos la piel. El que podía definir nuestro futuro. Y ahora, por lo visto, hundirlo por completo.

Tragué saliva y, con un esfuerzo casi sobrehumano, forcé una sonrisa. Crucé el espacio que nos separaba y lo abracé.

—Así son las cosas, Álex. Rivales en los negocios, siempre lo hemos sabido.

Él me sostuvo con fuerza, como si temiera que aquella confesión pudiera romper nuestra amistad.

—No quería que lo supieras por la prensa. Merecías escucharlo de mí.

Asentí contra su hombro, conteniendo la rabia que sentía. No era solo una derrota profesional lo que estaba en juego; era la confirmación de que el tiempo se nos acababa de escapar de las manos, y de que la línea entre la

lealtad personal y la competencia empresarial se desdibujaba peligrosamente.

Cuando se marchó, cerrando la puerta tras él, el despacho volvió a quedar en silencio. La sonrisa se borró de golpe de mis labios. Me dejé caer de nuevo en la butaca y me quedé mirando el vacío, incapaz de ordenar el torbellino que me consumía. TechNova no estaba solo en riesgo. Estábamos a punto de entrar en una guerra abierta.

Y lo peor era que yo ya tenía demasiados frentes abiertos: el deseo insaciable que me consumía por Elena, la tensión creciente con el equipo, y ahora… la sombra de Álex convertido en mi rival más directo.

Me pasé la lengua por los labios, aún con el sabor de la boca de Elena, y supe que, de un modo u otro, todo estaba a punto de explotar.

22

Elena

La reunión convocada de urgencia fue un mazazo desde el primer segundo. Martín entró en la sala con la expresión pétrea, y un gesto de mando que solo adquiría cuando la situación era realmente crítica. No había rastro de ese jefe amigable que todos conocíamos. Se sentó en la cabecera de la mesa y dejó que su mirada recorriera a cada uno de nosotros como si quisiera asegurarse de que estábamos preparados para el golpe que iba a dar.

—El cliente alemán va a adquirir un software de una empresa rival —anunció sin rodeos, y un murmullo inmediato recorrió la mesa.

Sentí mi garganta cerrarse de golpe. No necesitaba que dijera el nombre; ya lo sabía. Al menos, por expresión que tenía Irene. Se trataba de la empresa donde yo sabía que Álex, su mejor amigo, trabajaba.

Martín continuó, implacable:

—Sabemos que nuestro producto no está terminado. Sería una locura ofrecérselo ahora en las condiciones en las que se encuentra sin haber hecho un veteo. Pero tampoco podemos permitirnos que el cliente firme sin haber intentado nada. Irene, Elena, quiero que vosotras busquéis una solución inmediata. Lo que sea. No importa si es una estrategia comercial, una demo parcial o una propuesta temporal. Pero no podemos perderlo. ¿Está claro?

El silencio que se hizo estuvo lleno de incredulidad. Ni siquiera yo misma podía creer que lo estuviera proponiendo.

—¿Ahora? —disparé sin piedad, dirigiendo mi mirada hacia Irene—. ¿Después de haber estado dándole largas, ahora quieres que salgamos a venderle humo? Me parece que aquí ya no hay solución.

Martín me sostuvo la mirada.

—Pues os estoy ordenando que encontréis una —se limitó a decir—. Y la quiero ya.

Mi pulso se aceleró, y el enfado me subió por el cuerpo como una oleada. Porque yo había estado trabajando en este proyecto meses, incluso

antes de que se empezara a desarrollar, y cuando tomé la decisión de cerrar un rato, la propuesta fue frenada una y otra vez, rechazada por las mismas personas que ahora pretendía que improvisáramos un milagro.

"Claro, ahora que se ha visto con la soga al cuello".

La reunión terminó sin un plan concreto, solo con esa espada de Damocles apuntándonos directamente hacía el corazón. Salí de la sala de reuniones furiosa, con pasos rápidos y firmes, incapaz de contener el torbellino que me sacudía. Necesitaba respirar, gritar, descargar la rabia que me estaba consumiendo.

Algo para no terminar por volverme loca.

—¡Elena! —escuché la voz de Irene tras de mí, pero no frené el paso.

Ella me alcanzó justo cuando entré en mi despacho. Abrí la puerta con fuerza, quizá más de lo necesario, y me giré hacia ella con una rabia que ya no podía contener.

—¿Vas a decirme ahora que tenemos que luchar por este trato? —escupí, sin poder controlar el tono de mi voz.

Irene cerró la puerta tras de sí con calma, como si quisiera compensar mi arrebato con esa serenidad que a veces me sacaba de quicio.

—Voy a decirte que lo que ha pasado es consecuencia de no haberme escuchado a tiempo. Teníamos que haber esperado, reforzar las fases de la creación del software. Permitir que lo veteara, y no ofrecérselo antes de tiempo. Ahora estamos pagando esas prisas por querer impresionar al cliente.

Sentí un latigazo golpearme de lleno en el corazón.

—¿Mis prisas? —di un paso hacia ella, encarándola—. Yo propuse presentar el software cuando ya estaba lo bastante avanzado para enseñar algo sólido, cuando aún teníamos su atención. ¿Y qué hiciste tú? No querer presentarle una versión básica. Poner pegas absurdas. Hablar de riesgos y más riesgos hasta que lo hemos llevado directamente a la puta empresa donde trabaja tu amiguito.

—No es cuestión de pegas, Elena, ¡es cuestión de responsabilidad! —El tono de su voz subió, exasperándome—. Tú solo piensas en ganar, en tener la última palabra, en mostrarte invulnerable. Pero esto no es un concurso de egos, es la empresa entera lo que está en juego.

Me ardían las mejillas, y sentía el corazón salírseme por la boca.

—Ah, claro. Ahora es cuestión de egos, pero tú no admites tu error —le recordé—. ¿Y qué propones, entonces? ¿Esperar a que todos nos pasen por encima? ¿Entregarlo dentro de un año cuando ya no le interese a nadie?

—¡Propongo que dejemos de actuar como si todo dependiera de tu instinto! —replicó, clavándome esa mirada intensa que siempre conseguía hacerme tambalear—. No puedes seguir arrastrándonos a todos con tu soberbia.

La palabra me atravesó como un cuchillo. Soberbia. Ya me lo había dicho antes, en instantes donde miraba sus labios y quería besarla. Pero aquí, en mi despacho, con el eco de nuestras voces rebotando contra las paredes, sentí sus palabras de otra manera. Con un dolor que se instaló muy dentro de mí.

—Al menos yo tengo el valor de decidir algo. De ser valiente —escupí.

—¿Valiente? —rio con amargura—. No confundas el valor con la necesidad de demostrar que siempre tienes razón.

Nos miramos, con la respiración agitada, tan cerca que podía oler el perfume tenue que llevaba ese día, mezclado con el calor que emanaba de su cuerpo. Era una cercanía peligrosa, demasiado cargada de sentimientos que giraban y giraban dentro de mí.

Y entonces las palabras se me escaparon, venenosas, como un disparo que no pude contener ni un segundo más.

—Jamás tendría que haber cometido el error de cruzar esa línea personal contigo, ni mucho menos, permitir que nos acostáramos.

El silencio que siguió fue brutal. Pude escuchar el latido ensordecedor en mis oídos, el vacío que de pronto llenó el despacho. Irene no parpadeó. No se movió. Solo me miró, y en esos segundos supe que había dicho algo que no tenía marcha atrás.

Ella apretó los labios, como si contuviera un torrente de palabras que no quería soltar. Sus ojos brillaban, pero no eran de lágrimas.

—Gracias por dejarlo tan claro —dijo, con el tono tan cortante como un cuchillo—. Ahora sé exactamente qué esperar de ti.

Se giró hacia la puerta y la abrió con rabia. La madera golpeó suavemente contra la pared, y el aire frío del pasillo irrumpió en la estancia. Yo permanecí inmóvil, de pie, con la rabia y la culpa entrelazadas en el pecho, mientras la veía marcharse sin volver la vista atrás. Cuando la puerta

se cerró tras ella, me dejé caer en mi butaca. El despacho me pareció demasiado grande, más vacío. Pasé una mano por mi rostro, intentando contener el temblor que me recorría.

Sabía que había ido demasiado lejos. Que esas palabras no habían sido un simple exabrupto, sino un puñal que podría haber acabado con todo lo que había entre nosotras, por mínimo o confuso que fuese. El problema era que una parte de mí lo sabía desde antes de pronunciarlo. Tenía miedo. Porque la deseaba. Porque la odiaba. Porque Irene se había convertido en mi mayor rival y, al mismo tiempo, en la única persona capaz de amarme. De amarme de verdad.

23

Irene

El golpe de la puerta al cerrarse tras de mí se mantuvo en mi cabeza cuando me encontré sola en el pasillo. No miré atrás. No lo hice porque sabía que, si lo hacía, corría el riesgo de volver a entrar en ese despacho y gritarle cuatro cosas, o de caer en un bucle que nos habría destrozado a las dos. Elena había dejado claro lo que pensaba, y yo, aunque me doliera reconocerlo, lo había entendido perfectamente.

Ahora, era momento de actuar. De salvar este maldito contrato.

No podía permitirme quedarme anclada en el daño que me hicieron sus palabras. No en ese momento, no cuando TechNova estaba a punto de precipitarse hacia un abismo que nos afectaría de cara al futuro. El cliente alemán estaba a un paso de firmar con la empresa de mi mejor amigo, y aunque nuestra amistad se convirtiera en cenizas, yo no iba a ser quien dejara que el proyecto muriera sin luchar por él.

Lo hacía no solo por TechNova, o por mí, sino porque en parte, debía reconocer que Elena tenía razón. Que había ganado esta batalla.

Respiré hondo, me obligué a centrarme y caminé hacia la sala de desarrollo. Allí encontré a Sara y a Paula, cada una sumergida en sus pantallas, rodeadas de vasos de café vacío, cables enredados y una tensión eléctrica que flotaba en el aire cada vez que el tiempo corría en nuestra contra.

El resto de programadores y personas del equipo, también estaban enfrascado en un trabajo que esperaba diera sus frutos.

—No vamos a esperar un segundo más —anuncié, con una determinación que no admitía réplica.

Sara levantó la mirada, con el ceño fruncido.

—¿Hablas de preparar ya una demo?

Asentí.

—Sí. Si esperamos a tenerlo perfecto, vamos a perder al cliente —informé sin miedo a decirlo en voz alta—. Y Martín ha sido muy claro. Necesitamos una solución, una versión sólida, funcional, aunque sea limitada. Algo que podamos mostrarle y que le convenza de que aún vale la pena trabajar con nosotros.

Paula dejó caer el bolígrafo que giraba entre sus dedos y suspiró, exasperada.

—Eso significa trabajar contrarreloj, arriesgándonos a cometer más errores. Lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé. —Mi voz sonó segura, aunque por dentro sentía el vértigo de esa apuesta. Era todo al rojo, sin mirar atrás—. Es nuestra única opción.

Ellas intercambiaron una mirada silenciosa, esa comunicación muda que solo existe entre quienes comparten tantas horas de trabajo. Aunque después de unos segundos, asintieron.

Me senté junto a ellas y abrí mi portátil. Durante las siguientes horas, el mundo se redujo a los códigos que tenía frente a mí, errores que parpadeaban en rojo y discusiones rápidas para decidir cómo resolver cada obstáculo. Sara, con su capacidad para detectar inconsistencias, iba corrigiendo las duplicaciones en los accesos de usuario. Paula, que dominaba mejor que nadie la integración de la interfaz, ajustaba cada módulo para que los tiempos de carga no fueran eternos.

Yo coordinaba todo ese trabajo. Lo revisaba, proponía atajos, y las motivaba cuando veía que el cansancio empezaba a doblegarles el entusiasmo. La oficina se convirtió en un campo de batalla silencioso, iluminado solo por las pantallas y el reflejo azul sobre nuestros rostros.

Mientras tanto, cada cierto intervalo, miraba el móvil. Un mensaje, otro, otro más. Ninguno respondido. Elena no contestaba. Sabía que estaba dolida, que la había empujado demasiado en esa discusión, pero no podía dejar que su silencio paralizara lo que estaba en juego.

Quizá al día siguiente me odiara más por no haberla esperado, por haber tomado yo esta iniciativa. Quizá me echara en cara que había tomado decisiones sin contar con ella. Pero, ¿qué alternativa tenía? Rendirme, cruzarme de brazos, mirar cómo Álex se llevaba el proyecto que había sido mío, nuestro, desde el inicio. No. Eso jamás.

Pasada la medianoche, conseguimos dar un paso decisivo. Sara levantó la vista de la pantalla y, por primera vez en horas, sonrió.

—El sistema ya no se cae al conceder algunos permisos —informó sin perder el gesto—. He eliminado las inconsistencias.

Paula, casi al mismo tiempo, anunció:

—Y yo he optimizado la interfaz. La comparativa de tiempos ahora es estable.

—Enséñamelo —pedí, acercándome más.

La demo se abrió en el monitor principal. Era sencilla, todavía con algunos retoques que mejorar en su aspecto, pero mostraba lo esencial: un flujo de trabajo ágil, intuitivo, sin los errores que nos habían estado frenando. En una comparativa con dos productos rivales, el nuestro tardaba apenas segundos en procesar la información que a los otros les llevaba el doble. No era perfecto, pero era rápido. Eficiente. Visualmente claro.

Sentí una chispa encenderse en mi interior.

—Esto es lo que necesitamos. —No pude evitar sonreír, aunque la tensión aún me atenazaba por dentro—. Quizá no tengamos la versión final, pero esto puede convencerlos de que TechNova aún tiene algo que ofrecer.

Sara se dejó caer contra el respaldo, agotada.

—No es más que una demo…

—Sí, pero es nuestra carta más fuerte. —Me giré hacia ella—. Y ahora tenemos que jugarla.

El silencio se instaló unos segundos en la sala. Las dos me miraban, como si esperaran que titubeara, que me derrumbara después de tantas horas sin descanso. Pero no lo hice. Sentía el cansancio en cada músculo, sí, pero también una convicción férrea.

Me levanté, recorrí la sala con pasos lentos y dejé que mis dedos rozaran el borde de la mesa, como si necesitara anclarme a algo tangible.

—Elena dirá lo que quiera cuando lo descubra. Puede que me odie más de lo que ya lo hace. Pero no voy a quedarme quieta mientras esto se nos va de las manos. Este software nació para ser algo grande. Y voy a demostrarlo.

No añadí más. No hacía falta.

Sara volvió a girarse hacia su pantalla, Paula hizo lo mismo, y en ese silencio compartido hubo algo parecido a un pacto. Éramos tres contra el tiempo, contra las circunstancias, contra cualquier error que pudiera surgir. Y no íbamos a rendirnos.

Tras terminar una demo lo bastante fiable, con el sistema corriendo sin fallos graves, el reloj de la sala daba las tres de la madrugada. La oficina estaba desierta, las luces de los pasillos apagadas, el murmullo lejano de la ciudad apenas llegaba desde los ventanales. Cerré el portátil con un cansancio que me pulsaba en las sienes.

—Lo conseguimos —susurré.

Era solo un primer paso, lo sabía. El verdadero reto sería convencer al cliente de que aún podían confiar en nosotras. Pero esa noche, por primera vez en semanas, sentí que no todo estaba perdido. Me recosté en la silla, dejé que mi cuerpo se relajara y, contra toda lógica, pensé en ella. Elena. En sus labios, en su furia, en la forma en la que me había mirado, incluso con el odio latente en sus ojos.

Sabía que cuando descubriera lo que había hecho, la tormenta sería inevitable. Pero había algo que me resultaba incluso más aterrador: darme cuenta de que, en el fondo, necesitaba que ella estuviera ahí, que viera lo que habíamos conseguido. Me pasé la lengua por los labios, como si pudiera invocar su sabor todavía grabado en mi memoria y decidí mandarle un mensaje.

Irene:
Reúnete conmigo mañana a primera hora. Tenemos la demo. Espero que no me odies todavía más.

—Mañana —dije para mí misma—. Mañana sabré si todo esto sirve de algo.

Y con ese pensamiento, cerré los ojos unos segundos, dejando que el cansancio y la esperanza, consiguieran mezclarse en un pulso único que lograría mantenerme en pie.

24

Elena

Me desperté con la sensación de que la noche no había sido más que un paréntesis mal cosido entre dos días interminables. El techo blanco de la habitación de invitados de Raúl me resultaba familiar, como tantas otras veces en las que, tras un golpe demasiado duro, él se había convertido en mi refugio improvisado. El olor a café recién hecho me llegó desde la cocina y, por un instante, deseé que esa normalidad me envolviera, que todo lo demás dejara de existir.

Tomé el móvil con cierta reticencia, temiendo lo que pudiera encontrar. Tenía la sensación en el estómago de que iba a encontrar algo que no me gustaría. Y ahí estaba, un mensaje de Irene, cargado de esa seguridad que siempre había exhibido incluso en medio del caos. Algo que yo intentaba pintar con orgullo, pero que en realidad solo dejaba ver mi vulnerabilidad.

> **Irene**:
> Reúnete conmigo mañana a primera hora. Tenemos la demo. Espero que no me odies todavía más.

Me quedé mirando la pantalla durante unos segundos, como si las letras pudieran revelarme más de lo que decía el mensaje. Tenía que fuera por haber dormido unas pocas horas, pero el recuerdo de los últimos días seguía palpitando en mi cabeza: la reunión con Martín, la furia, las palabras que jamás debí pronunciar… y, por encima de todo, ella. Siempre ella.

—Ya te has despertado —la voz de Raúl interrumpió mis pensamientos. Se asomó por la puerta con una taza en la mano y esa sonrisa cansada que me ofrecía sin condiciones.

Me incorporé despacio.

—Gracias por dejarme quedarme aquí otra vez.

—Sabes que no tienes que darme las gracias. —Entró y me tendió la taza—. Pero lo que sí tienes que hacer es dejar de hacer estas cosas, como si

pudieras controlarlo a base de orgullo.

Bufé, llevándome la taza a los labios.

—Ya empezamos…

—Sí, ya empezamos. —Se sentó al borde de la cama, mirándome con seriedad—. Llevas semanas creyendo que puedes resolverlo todo sola, que nadie más entiende cómo deben hacerse las cosas. Y mientras tanto, ¿qué pasa? Que terminas ahogándote, que te cierras en esa coraza tuya y empujas a todos los demás lejos de ti.

—Raúl… —intenté cortar, pero él levantó una mano.

—Déjame hablar —me interrumpió—. Eres brillante, Elena, pero también eres cabezota hasta la exasperación. Irene te lo ha demostrado mil veces. Y, aun así, sigues empeñada en hacer como si nada de lo que ocurre entre vosotras tuviera importancia.

El nombre de Irene en sus labios me atravesó como una descarga. Bajé la mirada hacia el café, intentando encontrar refugio en el vapor que ascendía.

—Te creerás que para mí es fácil —murmuré.

Raúl suspiró, inclinándose hacia mí.

—Claro que no lo es. Nunca lo es cuando se trata de querer a alguien.

La palabra se quedó suspendida entre nosotros. *Querer*. Tragué saliva, notando un nudo formarse en la garganta.

—No puedo evitarlo, Raúl. —Mi voz salió tan débil que apenas podía reconocerla—. Por mucho que discuta con ella, por mucho que me irrite, la quiero. Y no se me pasa. No se me va de la cabeza.

Él no sonrió, ni me ofreció palabras dulces. Solo asintió.

—Entonces deja de fingir lo contrario. Porque lo único que consigues es hacerte daño, a ti misma y a ella.

Me revolví, incómoda.

—Es que no es posible. Lo nuestro… no tiene futuro. No hay más que ver la guerra que hemos desatado en TechNova.

—Eso lo dirás tú. —Se puso en pie, recogiendo su taza vacía—. Pero, si realmente crees que no es posible, al menos ten la valentía de admitirlo de frente. No la castigues con tu maldita soberbia.

Sus palabras me quemaron por dentro. Yo sabía que tenía razón, aunque admitirlo me resultara insoportable. Bebí el café de un trago,

buscando apagar el incendio interior, y me obligué a vestirme. Tenía que enfrentarme al día, a Irene, a todo lo que había quedado pendiente.

Cuando llegué a la oficina, la tensión flotaba en el aire como un humo invisible. Todos trabajaban más rápido de lo habitual, con la mirada fija en sus pantallas, conscientes de que cada segundo contaba Me dirigí a mi despacho, pero Irene me interceptó antes de que pudiera entrar. Vestía de negro, sobria y elegante, y sostenía una carpeta en la mano. Sus ojos me buscaron con una intensidad que me hizo obligarme a tragar saliva.

—Necesito que vengas conmigo —dijo sin rodeos.

La seguí hasta su despacho. Cerró la puerta y, sin perder un segundo, colocó la carpeta sobre la mesa y encendió el proyector. En la pantalla aparecieron gráficos, tablas y un simulador que reconocí al instante.

—Esto es lo que hemos conseguido —explicó—. Sara y Paula trabajaron conmigo toda la noche. Hemos corregido los accesos de usuario y optimizado la interfaz.

Me crucé de brazos, intentando mantener la compostura, aunque por dentro sentía que ese orgullo quería interponerse.

—Sin mí.

—No respondías a mis mensajes. No podía esperar más.

El silencio se estiró entre nosotras. Debería haberla reprendido, debería haberle dicho que era una irresponsabilidad tomar decisiones sin mí. Pero, en lugar de eso, me descubrí admirando la seguridad con la que hablaba, la firmeza con la que me mostraba cada detalle.

—Mira. —Señaló la comparativa en la pantalla—. Nuestro software procesa en la mitad de tiempo que el de la competencia. La interfaz es más clara, más intuitiva. Puede que no sea la versión final, pero es suficiente para convencer al cliente de que aún tenemos margen. Lo siento por Álex y sus jefes, pero no pienso perder esta batalla.

Tragué saliva, resistiéndome a dejar escapar una sonrisa. Era evidente que lo habían logrado. Contra todo pronóstico, lo habían hecho. Irene se volvió hacia mí. Sus ojos brillaban con un destello de vulnerabilidad que rara vez mostraba.

—Sé que debería haberte esperado. Y lo siento. —Las palabras sonaron sinceras, casi dolorosas—. Pero no podía dejar que todo se viniera abajo sin intentarlo.

Me quedé mirándola, atrapada entre la furia por su atrevimiento y el orgullo por lo que había conseguido.

—¿Y qué esperas de mí ahora?

Ella tomó aire y me tendió la carpeta.

—Quiero que seas tú quien hable con el cliente. Te lo mereces. Siempre has sido la cara visible de TechNova, y este proyecto también es tuyo.

El gesto me dejó sin aliento. Abrí la carpeta y repasé los documentos, pero apenas podía concentrarme en las cifras. Lo que me golpeaba era el hecho de que Irene, después de todo lo ocurrido, se apartara y me dejara a mí lo más importante. Lo que podría elevar su nombre por encima de muchas personas.

—¿De verdad harías eso? —pregunté con incredulidad.

—Sí. —Su voz no titubeó—. Porque, por encima de nuestras diferencias, quiero que esto salga adelante. Y porque sé que tú puedes conseguirlo.

Me quedé en silencio, incapaz de apartar la vista de ella. En su firmeza había un trasfondo que no podía negar: confianza. Confianza en mí, en nosotras, en que aún era posible.

Guardé la carpeta con cuidado, como si contuviera algo más frágil que cifras y códigos.

—Está bien —susurré—. Hablaré yo con el cliente.

Irene asintió, y por un instante, nuestras miradas se encontraron con la intensidad de quien se reconoce al borde de un precipicio compartido. Yo sabía que aún había heridas abiertas, palabras que no se borraban tan fácilmente. Pero también supe, en ese instante, que no todo estaba perdido. Que quizá, de algún modo, aún teníamos una oportunidad.

25

Irene

Llegué a la oficina antes del amanecer. El cielo todavía conservaba ese tono grisáceo que precede al sol, y las luces de la ciudad titilaban en la distancia como faroles cansados que se resistían a apagarse. Aparqué el coche en mi plaza habitual y fui directa a la puerta. Al entrar en el edificio de TechNova, el silencio fue tan absoluto que el eco de mis pasos por los pasillos se convirtió en un recordatorio incómodo de cómo habían acabado las cosas. Llegaba sola, y esa soledad, en otros tiempos, me habría reconfortado. Pero hoy, lo sentía muy distinto, como si hubiera dejado escapar una oportunidad maravillosa.

Y no estaba pensando en el ámbito profesional.

Empujé la puerta de mi despacho y encendí la luz. En el escritorio me esperaban varios informes y mi portátil abierto, mostrando los últimos informes de la última demo del software en el que había trabajado con Sara y Paula. Me senté, entrelazando los dedos con fuerza sobre mi regazo, antes de atreverme a mirarlos de nuevo. Lo que veía no era más que el resultado de días sin dormir, de discusiones, de renuncias, de un esfuerzo más que titánico. El software no era perfecto, ni mucho menos, pero yo sabía que tenía el suficiente potencial para impresionar al cliente. Una demostración clara de que TechNova no había trabajado en vano.

Me quede unos segundos contemplando los gráficos, las pruebas de rendimiento, los registros que comparaban nuestro producto con otros del mercado… Lo habíamos conseguido. Y, sin embargo, una punzada de derrota me recorrió el pecho; porque yo no sería quien lo defendiera ante el cliente, a pesar de que no me dolía que fuese Elena la que lo hiciera. Era otro tipo de sentimiento, el de haber estado a punto de tirar toda mi carrera por la borda.

Pedirle a ella que lo hiciera, era lo justo. Lo que debía hacer. Pero no podía engañarme, también era mi manera de reconocer que me había

equivocado en tantas cosas. Y no solo en esta lucha empresarial que habíamos batallado durante días —más bien meses—.

Pasaron los minutos y me obligué a repasar el trabajo, aunque cada gráfico, me parecía ya demasiado conocido. Mis pensamientos vagaban sin control hacia Elena, hacia la tensión del ascensor, hacia las palabras hirientes que habíamos intercambiado. Una y otra vez me repetía que no era el momento para pensar en ella, pero su mera presencia lo ocupaba todo. Incluso cada rincón de mi alma.

Unos golpes suaves en la puerta me arrancaron de mis pensamientos.

—Adelante —dije.

Martín entró primero, con su bendita serenidad habitual, y tras él apareció Raúl, con una sonrisa leve que parecía estar hecha para calmar cualquier tipo de situación. El contraste entre ambos era tan evidente que no pude evitar esbozar una mueca cansada.

—Madrugando otra vez ¿Eh? —comentó Martín, sentándose poco después en una de las sillas que había frente a mi escritorio—. Casi siempre eres la primera en llegar.

—Quería repasar todo una vez más—respondí, cerrando la tapa del portátil—. Por si el cliente recula y nos quiere de nuevo.

Raúl me miró con escepticismo, como si intuyera que mis palabras eran solo una excusa. Y lo eran. Lo cierto es que no había nada más que pudiera hacer por el software en ese momento. Todo corría a manos de Elena. Me levanté y me apoyé contra la mesa. Tenía que decirlo, aunque me costara.

—Creo que Elena merece ser quien defienda este producto. Yo no he hecho más que poner piedras en el camino, y aunque he trabajado como nadie para que el software estuviera listo, prefiero quedarme aquí.

Martín me sostuvo la mirada, evaluando mi tono, como si quisiera comprobar hasta qué punto hablaba sin querer arrepentirme de ello.

—¿Estás segura? —me preguntó—. Porque todavía te da tiempo a ir para reunirte con ellos.

—Sí. —Mi voz no dudó, aunque por dentro, el cómo me sentía, era otro tipo de historia—. Y quiero disculparme. Sé que, en este último mes, mis miedos y mis decisiones han podido afectar al proyecto… incluso al futuro de la empresa.

Martín negó lentamente con la cabeza.

—No lo veas así. Todos hemos cometido errores. Lo importante es que hemos llegado hasta aquí, con un producto que tiene posibilidades. En este trabajo no siempre se gana tú lo sabes muy bien —comentó, conocedor de donde trabajaba mi mejor amigo—, y aunque duela, lo esencial es mantenerse en pie y esperar la próxima oportunidad.

Sus palabras no eran un consuelo vacío. Venían cargadas de experiencia, y me reconfortó escucharlas, aunque el nudo en mi estómago no desapareció del todo. Raúl, que había permanecido en silencio, se inclinó y me observó detenidamente.

—Eres una de las personas más entregadas que conozco. Nadie puede dudar de eso. —Se detuvo un segundo, y su expresión se suavizó—. Lo único que lamento es que con Elena no hayan funcionado las cosas como esperábamos.

Sé que esa última frase iba con segundas intenciones, y noté el calor en mis mejillas. Apreté los labios y asentí sin poder decir nada. Raúl no insistió. Me dio una palmada ligera en el hombro, y junto con Martín salió del despacho.

Cuando la puerta se cerró tras ellos, el silencio volvió a ocuparlo todo. Un silencio distinto al de minutos anteriores, porque los nervios ante la espera, eran inmensos. Me resultó inevitable no pensar en lo que pasaría en la reunión, en si el cliente se decidiría por nosotros al final. Intenté concentrarme en trabajar. Respondí algunos correos, actualicé tablas y organicé carpetas. Movimientos mecánicos, casi automáticos, que no conseguían acallar la tormenta que llevaba dentro. Cada pocos minutos miraba el reloj, observando cómo las manecillas parecían arrastrarse con una lenta crueldad. La reunión se acercaba, y con ella, el momento de la verdad.

A unos cuarenta minutos de que tuviera lugar, un golpe firme en la puerta me sobresaltó.

—Adelante —dije, intentando que mi voz sonara serena.

La puerta se abrió y, para mi sorpresa, apareció Elena. El corazón me dio un vuelco. No la había visto venir a través del cristal. Su presencia llenó el despacho de una manera que nada más podía hacerlo. Llevaba un vestido oscuro, elegante y sobrio, pero en ella adquiría una fuerza magnética. Su porte, su mirada… todo en irradiaba perfección.

—Elena… —su nombre se escapó de mis labios como un susurro—. ¿Qué haces aquí?

Cerró la puerta tras de sí y avanzó despacio hacia mí. La tensión era tan palpable que me puso y me quedé de pie, incapaz de moverme. Había algo en su rostro que me dejó sin respiración; no era la frialdad de los últimos días, ni la furia, sino una intensidad contenida que presagiaba que iba a decir algo crucial.

—Quiero decirte algo importante. —Su voz era casi solemne, y sin embargo sus ojos brillaban con un matiz que arrasó conmigo en cuestión de segundos.

Se acercó hasta mi mesa y se detuvo frente a mí, lo bastante cerca para que pudiera percibir el calor de su cuerpo. Su proximidad era un recordatorio brutal de todo lo que habíamos vivido, y de lo que aún ardía entre nosotras. Me quedé inmóvil, tragué saliva, y antes de que pudiera siquiera articular palabra. Ella me besó.

26

Elena

Su boca aún ardía en la mía cuando dejé escapar el aire que llevaba contenido en mis pulmones. No sé cuánto duró ese beso, ni qué instante exacto marcó el fin; solo recuerdo que mi frente se quedó apoyada en la suya, como si aquel contacto fuese la única manera de seguir respirando. El calor de Irene me envolvía, su pulso golpeaba contra mi propio pecho, y por un momento tuve la convicción de que todo lo demás —la empresa, el cliente, las discusiones— podía esperar.

Mis dedos, temblorosos, se deslizaron hasta su cuello. Acaricié la piel suave que encontraba bajo la línea de su mandíbula, y sentí cómo un leve estremecimiento recorría su cuerpo. Era como tocar una pieza musical secreta donde sonaban nuestros nombres y nada más.

La miré a los ojos, con la respiración aún entrecortada, y sonreí. Por primera vez en mucho tiempo noté cómo los nervios me hacían mirar hacia el suelo, antes de volver a sus ojos.

—No pienso acudir a esa reunión si no es contigo. —Mi voz salió convencida, derrumbando cualquier muro que pudiera haberse interpuesto entre nosotras—. Y me da igual lo que nos estemos jugando.

Sus ojos se abrieron como platos, sorprendidos. Pude ver cómo la réplica se formaba en su mente, cómo su boca se entreabrió buscando las palabras adecuadas, pero no le di tiempo.

—Escúchame, Irene —proseguí, acariciándole la mejilla con suavidad, obligándola a mantener la mirada en mí—. He pasado demasiado tiempo creyendo que podía con todo, que el control y la soberbia eran la única forma de sobrevivir dentro de este mundo, y me equivoqué. Lo sé. Por eso te debo una disculpa.

Ella frunció el ceño, como si no terminara de creérselo, pero no se apartó. Su silencio era el permiso que necesitaba para continuar.

—Perdóname por las veces en las que intenté ponerme por encima de ti, por no escucharte, por despreciar tus advertencias. La verdad es que más de una vez tuviste razón, y me negué a admitirlo por puro orgullo. —Tragué saliva, sintiendo un nudo en la garganta—. No merecías que te tratara así.

Vi cómo su expresión cambiaba lentamente. El recelo inicial dejó paso a una duda vulnerable, como si no supiera si creerme o no. Tenía miedo de que pensara que mis palabras eran una estrategia, un recurso más para llevar la situación a mi terreno. Pero no lo eran. Porque hablaba desde un lugar de honestidad absoluta.

Respiré hondo y solté lo que llevaba escondiendo demasiado tiempo y me negaba a admitir.

—Estoy enamorada de ti. —Las palabras salieron con una claridad que incluso me hicieron cosquillas en los labios. Y en el corazón—. No ha pasado un solo segundo desde nuestro primer beso en el que no haya pensado en ti. He intentado negarlo, disimularlo, incluso pelear contra ello… pero no puedo más.

Sus labios temblaron ligeramente, como si quisiera responder y no pudiera. Yo continué, incapaz de detener el torrente de sentimientos que habían tomado el control de mis acciones.

—Me he descubierto siendo una mejor empresaria gracias a ti. Porque tu manera de trabajar, tu forma de luchar, me ha obligado a mirarme en un espejo incómodo y reconocer que no tenía todas las respuestas. Me has hecho mejor, aunque a veces lo haya vivido como una guerra. Y ya no quiero enfrentarme a esta reunión sin ti a mi lado. No quiero enfrentarme a nada sin ti.

El silencio que se formó entonces fue tan intenso que casi dolía. Afuera, en el pasillo, se escuchaba el murmullo distante de teléfonos y pasos apresurados, pero dentro de su despacho parecía que todo el mundo hubiese desaparecido. Estábamos solo nosotras, dos mujeres con demasiadas cicatrices compartidas, y una realidad imposible de ignorar.

—¿Vendrás conmigo?

El tiempo pareció detenerse. Irene me miraba con una mezcla de incredulidad y ternura. Entonces, con un gesto que me dejó temblando, se inclinó hacia mí y me besó.

Fue un beso breve, pero cargado de significado. Sus labios rozaron los míos con una dulzura inesperada, tan distinta de la urgencia con la que nos

habíamos buscado otras veces. Como si temiera que alguien nos estuviera observando desde las paredes de cristal. Y, sin embargo, era suficiente para arrancarme el aire.

Cuando se apartó, sus mejillas estaban ligeramente sonrojadas.

—Sí —murmuró, con un brillo en los ojos que jamás olvidaré—. Voy contigo. Vamos a luchar por ese software… y por nosotras. Hasta el final.

Me quedé inmóvil, procesando sus palabras. Una risa nerviosa se me escapó de los labios, seguida de un suspiro que llevaba demasiado tiempo conteniendo. Era como si de pronto, tras semanas de tormenta, un rayo de luz hubiese atravesado las nubes. La abracé con fuerza, hundiendo el rostro en su cuello. Cerré los ojos, sintiendo cómo el perfume de su piel se mezclaba con mi respiración y me quedé ahí, el tiempo suficiente para saber que eso era lo que quería mantener a partir de ahora.

—Vamos —le dije, sujetando su mano con fuerza—. Tenemos que demostrar que juntas podemos comernos el mundo.

Salimos juntas de su despacho. El murmullo de la oficina se detuvo apenas un instante, como si nuestra aparición hubiese alterado la rutina habitual. Caminamos lado a lado, seguras, con paso firme, conscientes de que estábamos a punto de enfrentarnos a un momento decisivo. A lo lejos, vimos a Raúl. Estaba de pie junto a la mesa de Sara, revisando unos documentos, pero en cuanto levantó la vista y nos vio, una sonrisa tranquila se dibujó en su rostro.

Fue una sonrisa de pura felicidad, del apoyo que nos había —que me había— demostrado desde que pusimos un pie en TechNova. Porque había elegido estar de nuestro lado. Irene le devolvió una leve inclinación de cabeza, y yo sentí cómo esa complicidad silenciosa me otorgaba todavía más fuerza.

El aire fresco de la calle nos recibió al cruzar la puerta principal del edificio. Frente a la entrada, mi coche nos esperaba, listo para llevarnos a nuestro destino. El brillo metálico del capó reflejaba el sol de media mañana, y por un segundo tuve la sensación de que todo estaba alineado para que aquel instante marcara un antes y un después.

Abrí la puerta del copiloto para Irene, y ella subió con esa mezcla de serenidad y expectación que solo ella sabía transmitir. Rodeé el vehículo y me senté al volante. El silencio que se instaló en el habitáculo se volvió de mis favoritos.

Mientras me ajustaba el cinturón, giré el rostro hacia ella. No necesité pensarlo demasiado. Me incliné y besé sus labios otra vez. Irene respondió con la misma naturalidad, y esa pequeña entrega me encendió por dentro de una manera distinta, más luminosa, más segura.

Cuando nos separamos, ambos cinturones ya estaban sujetos y la llave aguardaba en el contacto. Sonreí, y esta vez la giré con la seguridad de alguien que había tomado una decisión irrevocable.

—Convéncete de esto, Irene —le comenté, sin dejar de sonreír—. El futuro de TechNova, y el nuestro, va a cambiar a partir de hoy.

Giré la llave y el motor rugió. El coche avanzó despacio por la avenida, y mientras la ciudad se desplegaba ante nosotras, supe que había elegido el código perfecto para llevar el juego a nuestro favor. De enemigas a amantes, quién lo diría. Sonreí al pensarlo y me aseguré en cada momento, de que Irene, también lo hiciera mientras conducía hacia un nuevo destino.

Epílogo

Elena

Un año después, Berlín nos recibía con un ambiente distinto al de cualquier ciudad que hubiese conocido. El frío se colaba entre los edificios modernos, pero en lugar de incomodarme, me hacía sentir despierta, consciente de que estábamos en un punto maravilloso. TechNova no solo había sobrevivido; había crecido. Nuestro software se había convertido en una referencia, y la apertura de la nueva sede en esta ciudad era la prueba más sólida de todo lo que habíamos logrado.

Aun así, mientras los brindis se multiplicaban a mi alrededor, lo único que ocupaba mi mente era ella. Irene. Su risa suave llegaba hasta mí incluso entre el murmullo de los directivos, y cada vez que la miraba, veía en su expresión esa mezcla de seguridad y vulnerabilidad que me había atrapado desde el principio, incluso cuando fingía odiarla.

Me sorprendí recordando todo lo que habíamos pasado: las discusiones encendidas, los silencios hirientes, las miradas que no queríamos sostener por miedo a lo que pudieran revelar. Había sido un camino plagado de espinas, pero allí estaba ella, con la copa en la mano, brillando como si todo lo demás se hubiese desvanecido.

Me acerqué a su lado. Nuestros brazos se rozaron, y ese contacto mínimo bastó para recordarme que ya no tenía que ocultar nada. Que no había más paredes de cristal donde las dudas se filtraban. Ahora podía sentirme plena a su lado, sin miedo a que el mundo se derrumbara.

—Quien diría que ha pasado un año —murmuré, apenas para que solo ella me oyera.

Irene se giró hacia mí y sonrió.

—Sí, quién lo diría.

Irene

Tenía la copa entre los dedos, el cristal frío que contrastaba con el calor que me invadía al verla tan cerca. Elena estaba hermosa esta noche, con un vestido negro que delineaba cada curva sin esfuerzo y con una expresión en el rostro que solo yo conocía: la mezcla de orgullo y ternura que reservaba para los momentos en que bajaba la guardia.

Bebí un sorbo y, mientras lo hacía, la observé con detenimiento. Su mandíbula firme, el brillo en sus ojos, la forma en que me buscaba con disimulo aunque ya no hubiera nada que esconder. Una corriente de deseo me recorrió, sutil pero intensa, como siempre ocurría cuando el mundo parecía difuminarse y solo quedábamos nosotras.

—Pero ahora deberíamos de brindar, ¿no crees? Por lo que empezó como un odio profundo —dije, alzando la copa con una media sonrisa—. Y se convirtió en amor.

Elena arqueó una ceja, divertida, y chocó su copa con la mía. El tintineo resonó más fuerte de lo esperado, como si también la sala quisiera celebrar esas palabras.

—Por nosotras —respondió ella, y sus ojos me atraparon de nuevo.

Elena

No era solo un brindis. Era un recordatorio de lo lejos que habíamos llegado. Sentí que las emociones me envolvían de manera tan abrumadora que necesité apartar la vista un instante para recuperar el control. Pero Irene no me lo permitió. Su mano buscó la mía con determinación, entrelazando los dedos bajo la mesa, como si supiera que en aquel gesto sencillo estaba toda la seguridad que podía ofrecerme.

—¿Te das cuenta? —pregunté en voz baja, inclinándome hacia ella—. Estamos en Berlín, con una sede que parecía un sueño imposible hace un año. Y lo hemos hecho juntas.

Ella me sostuvo la mirada sin vacilar, y en ese instante comprendí que nada de lo vivido había sido en vano. Cada discusión, cada herida, cada lágrima había pavimentado el camino hasta aquí. A un final más que perfecto.

Irene

La fiesta seguía su curso. Con los directivos brindando, y los empleados comentando varias cosas en diferentes idiomas, risas que se confundían con el sonido de la música ambiental. Pero todo eso me parecía un decorado secundario. Mi verdadera celebración estaba en la mujer que tenía a mi lado.

Apoyé mi copa en la mesa y me incliné hacia ella.

—Siempre supe que lo harías —susurré, con una seguridad aplastante.

—¿Yo? —preguntó, alzando las cejas—. No lo habría logrado sin ti.

Me estremecí. Hubo un tiempo en que esas palabras eran impensables en su boca. Elena, la soberbia, la que no permitía que nadie la contradijera. Y, sin embargo, ahí estaba, reconociéndome como parte esencial de todo aquello. No solo como socia, no solo como trabajadora. Sino como su novia.

—Me alegra que al fin lo digas —le respondí, intentando disimular la emoción que se agolpaba en mi garganta.

Quise besarla. En ese instante, con todos alrededor, quise tomar su rostro entre mis manos y demostrarle lo que significaba para mí. Pero me contuve. Había aprendido a esperar, a elegir los momentos, a saborear el deseo en la calma, como una forma más de amor.

Me levanté, arrastrándola conmigo hacia una de las terrazas de la sede. El aire frío de Berlín nos envolvió en cuanto se abrió la puerta. La ciudad brillaba bajo la noche, luces infinitas que parecían susurrar promesas de futuro.

Nos apoyamos en la barandilla, muy cerca, respirando ese silencio compartido que decía mucho más que cualquier palabra que pudiéramos pronunciar.

—¿Sabes qué es lo que más me emociona? —le pregunté.

Ella me miró, intrigada.

—¿Qué?

—Que, pase lo que pase con la empresa, sé que te tengo a ti. Y no quiero nada más.

Mi corazón dio un vuelco. Era la confesión más sincera que había dicho desde que empezó todo. Yo, la que siempre hablaba en términos de

metas, cifras y resultados, estaba allí, mirándola con una vulnerabilidad que se reflejaba en sus ojos.

—Y yo a ti —me respondió sin dudar—. No hay Berlín, ni TechNova, ni futuro sin ti.

Sonreí y me incliné hacia ella, encontrando mis labios con los suyos. El murmullo de la fiesta quedó lejos. La noche, en cambio, se hizo nuestra. Sus labios eran el lugar donde todo encajaba, donde cada herida sanaba y cada miedo encontraba respuesta. Al separarnos, apoyé mi frente en la suya, recordando aquel primer gesto un año atrás, cuando aún dudábamos de si podíamos dar un paso hacia adelante.

Ahora no había dudas. Había un camino increíblemente largo. Y lo recorreríamos juntas.

Respiré hondo, guardando ese momento en lo más profundo de mí. Berlín era más que un inicio, era el reflejo de que todo lo que habíamos construido seguiría creciendo, siempre que siguiéramos de la mano. Al volver al interior, las copas seguían alzadas y las conversaciones fluían. Pero yo sabía que lo esencial ya se había escrito, en un pasado que también era increíble.

Brindaríamos de nuevo, trabajaríamos, discutiríamos, reiríamos y volveríamos a empezar, una y otra vez. Y lo haríamos juntas. Porque lo que comenzó como odio, como un código enemigo se había transformado en amor. Y ahora, en un futuro que quería compartir con ella para siempre.